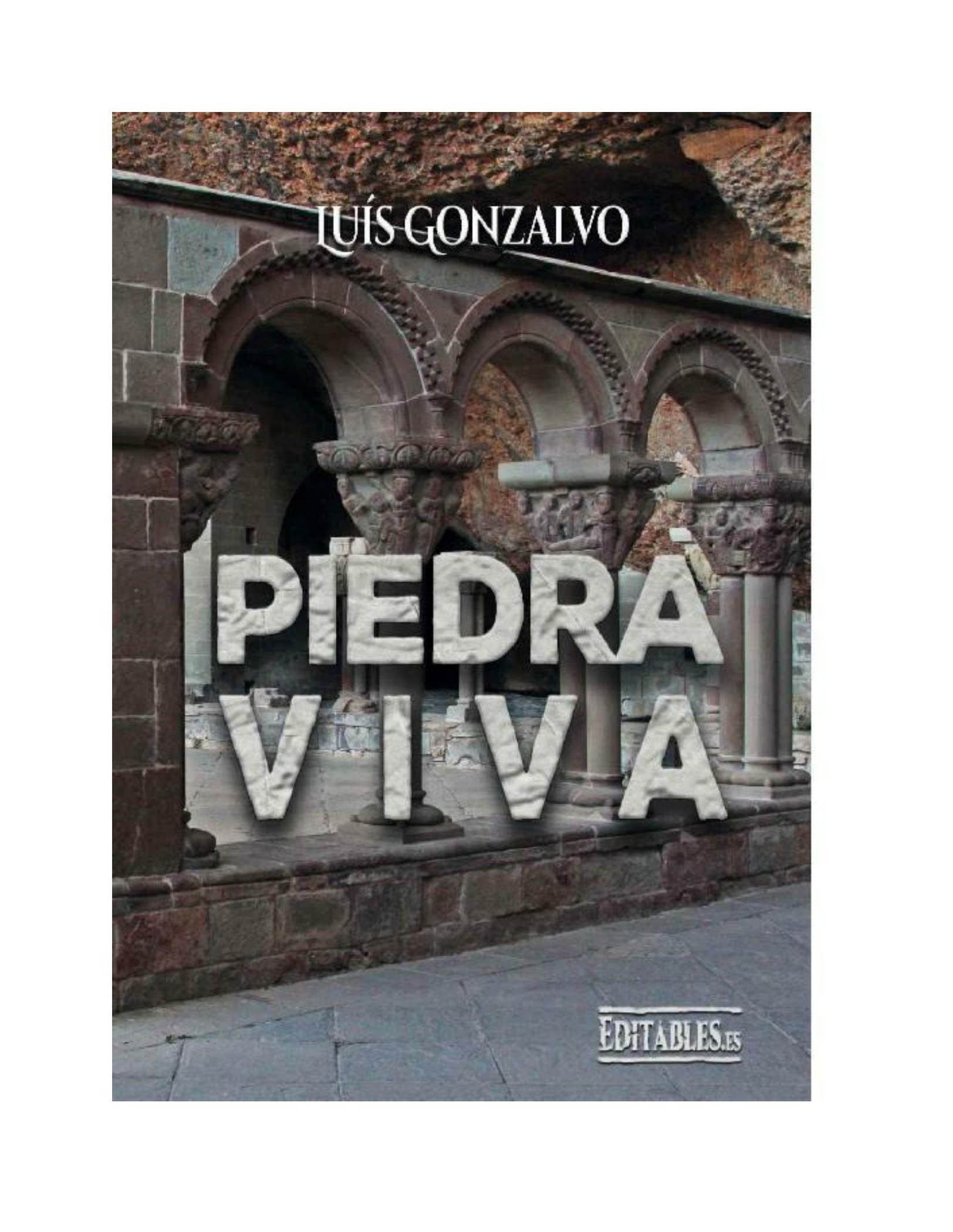


LUÍS GONZALVO

PIEDRA  
VIVA

EDITABLES.ES



LUÍS GONZALVO

PIEDRA  
VIVA

EDITABLES.ES

Primera edición: diciembre 2017

© Luis Gonzalvo Flores, 2017

© Editables SL

C/ Borrell, 35—37, 1º 6ª

08172 Sant Cugat del Vallès (Barcelona)

Tel. 93 583 66 66

[www.editables.es](http://www.editables.es)

[info@editables.es](mailto:info@editables.es)

ISBN: 978-84-17018-34-4

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A mi padre  
A mi mujer  
A mi hija

## AL ROMÁNICO

Tu oración,  
tu gozo,  
tu esperanza.  
Tu serenidad y tu cordura,  
tu brillo de oro, tu textura  
y el fervor de la piedra que te encierra.  
Tu arquitectura y tu contexto,  
tu afición de escultura,  
tu pretexto  
para poder hacer de todo arquitectura.  
Llévame de la mano por tus piedras,  
cuéntame ahora tu memoria.  
Grítame, grítame  
grita a la historia  
que Aragón te esconde,  
que te encierra  
para que el mundo no sepa desde dónde  
se puede entender que el cielo es tierra

*José Luis Gonzalvo Monterde*



Vista panorámica del Monasterio de San Juan de la Peña

# Prólogo

Hay en Aragón un monasterio escondido entre las montañas del Pirineo. Se construyó dentro de una cueva, unos dicen que para esconderse de los moros<sup>1</sup>; otros, que para esconder el Santo Grial, y también cuentan que dos nobles zaragozanos, San Voto y San Félix, un día, yendo de caza, hallaron aquí el cadáver incorrupto de un eremita y, en honor a él, erigieron el monasterio de San Juan de la Peña.

Esta Santa Cueva, como la llamaban los monjes que aquí vivían, fue el corazón del Reino de Aragón. En ella tenían lugar los enterramientos de los reyes y la nobleza más destacada. Incluso está documentado<sup>2</sup> que es donde se guardó el Santo Grial. Al parecer, el Papa tuvo noticias de que el Emperador romano quería enajenar los bienes de la iglesia, así que llamó a San Lorenzo, que era el tesorero, y le encargó vender todos estos bienes y repartir el dinero entre los pobres. San Lorenzo así lo hizo, pero el cáliz lo envió a Huesca, su patria, al monasterio de San Pedro el Viejo, hasta que se trasladó al monasterio de San Juan de la Peña. De allí fue a parar a la Catedral de Valencia, donde hoy se conserva.

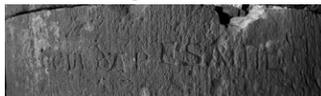
Todos los reyes le hicieron cuantiosas donaciones, tanto en oro como en tierras. El monasterio de San Juan de la Peña era posiblemente el más poderoso del reino hasta que el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, al casarse con Doña Petronila, hija del rey Ramiro II, decide celebrar los enterramientos reales en el monasterio de Poblet, abandonando poco a poco este enclave y enriqueciendo el de la Cuenca de Barberá.

El claustro del monasterio de San Juan de la Peña es, según muchos autores, de los mejores románicos del mundo. Pero curiosamente, no tiene rúbrica. En aquella época, los tallistas, arquitectos y hasta los simples canteros firmaban sus obras en latín, siempre en algún lugar visible. En el caso de los canteros, simplemente hacían un signo, un pequeño dibujo, ya que cobraban por los sillares que tallaban. Sin embargo, los tallistas o arquitectos, trabajadores mucho más cualificados y mejor remunerados, escribían su nombre y a

continuación las palabras *me fecit* («me hizo»). Así pues, es sumamente extraño que un tallista que hubiese recibido el gran honor de trabajar en el claustro de este monasterio no dejase constancia de su nombre. Se le conoce como «el tallista de Agüero» o «el tallista anónimo de San Juan de la Peña». Se pueden hallar trabajos suyos en muchos otros sitios e incluso llegó a crear una escuela; sin embargo, jamás firmó, ni él ni sus discípulos, una sola obra. Bueno, en realidad, «jamás» es mucho decir. Sí firmó una. Solo una. En una iglesia que no se terminó. Sólo se construyó el ábside y el arranque de la nave central, aunque posteriormente se cerró con una burda pared frente al ábside, realizada con las piedras sobrantes que no se llegaron a colocar. En uno de sus costados, en el pórtico, se puede observar parte de la obra de este tallista con su famosa bailarina. Es la iglesia de Santiago de Agüero. En el fuste de una columna, dentro de la iglesia, podemos leer: «*Deia d'Aresa me fecit*».



Capitel de la bailarina (Iglesia de Santiago de Agüero)



Firma del tallista (Iglesia de Santiago de Agüero)

Como aficionado al románico en general y más concretamente al aragonés, me he esforzado en buscar una explicación al hecho de que este tallista no pusiese su «*me fecit*», y de que en el único sitio donde aparezca sea en una iglesia que se abandonó antes de ser finalizada.

En una de las muchas tardes que pasé en el claustro de San Juan de la Peña, dándole vueltas a este hecho, de repente se me ocurrió una posible explicación. Imaginé a un joven aprendiz, Luño Deia d'Aresa, y empecé a encajarlo dentro de una sociedad medieval, con sus

rígidas estructuras sociales y sus jerarquías gremiales. Comencé a imaginar su vida y el porqué de este absoluto anonimato. Escribí en un viejo cuaderno estas ideas, más como notas y posibles líneas de investigación que como un relato, pero en un momento dado, Luño decidió andar por sí mismo. Yo me limité a plasmar la historia que él me contaba.

Todas y cada una de las iglesias de las que se hablan en esta novela existen realmente, con las típicas tallas de Luño y su escuela. Son: San Salvador, en Luesia; San Gil, en Luna; San Nicolás, en El Frago; San Felices, en Uncastillo; Santiago, en Agüero; San Miguel, en Biota; San Salvador, en Ejea y los claustros de San Juan de la Peña, en Santa Cruz de las Serós, y San Pedro el Viejo, en Huesca.

Pero en el monasterio de San Juan de la Peña, entre otros muchos misterios y secretos perdidos, hay uno realmente extraño: Su tesoro («la gota», como la llamaban los monjes), que lo convirtió en el más rico y poderoso del Reino de Aragón, jamás ha sido hallado.

Luis Gonzalvo

---

<sup>1</sup> Aunque hoy en día la palabra «moro» tenga otras connotaciones, en este libro se utilizará en el sentido de persona musulmana que habitó en España desde el siglo VIII hasta el XV (R.A.E.).

<sup>2</sup> Ver [www.catedraldevalencia.es/el-santo-caliz-historia.php](http://www.catedraldevalencia.es/el-santo-caliz-historia.php).

# 1. El aprendiz de tallista

Cerca de Jaca, año 1133

Las esquirlas saltaban a su cara cada vez que su viejo maestro golpeaba con la maza y el cincel sobre la piedra, todavía sin vida, que en su momento sería uno de los capiteles de la pequeña iglesia que se estaba construyendo. Recordaba que, desde muy niño, le había maravillado que, dentro de cada piedra, de cada tronco, hubiera algo que sacar: un animal, una virgen o un simple motivo geométrico, siempre había algo.

Recordaba cuando, en la puerta de la casa de sus padres, modelaba el barro que se formaba cada vez que llovía. Y, sobre todo, daba vueltas en su mente aquella vieja sensación de ser un pequeño dios, con la innata capacidad de crear algo simplemente del barro.

Observó al viejo maestro una vez más. Conocía casi hasta la saciedad su expresión, con la lengua estúpidamente asomada entre los labios, los ojos perdidos en la figura que estaba tallando, retorciéndose para buscar la posición que le permitiera acceder mejor a la caliza que cincelaba.

— ¡Sujeta bien, que se mueve!

Y de nuevo, le volvió a dar un ligero golpe con el cincel en los dedos, que rápidamente retiró y empezó a soplar, como si con ello realmente se desvaneciera el dolor. Nunca le golpeaba excesivamente fuerte, lo justo para que le doliera, pero no para inutilizar una mano que, por otro lado, se volvía cada vez más útil, ya que era el joven aprendiz quien terminaba las piezas una vez que el maestro Vincent había tallado las figuras.

Un largo trueno resonó a lo lejos y, poco después, un fuerte viento impregnó el olfato del aprendiz del aroma a tierra mojada, ese olor que se le antojaba a madre, a vida, a creación primigenia.

Empezó a llover, era una de esas tormentas de verano de gotas

gruesas. Luño, el aprendiz, sonrió al ver las primeras rebotando en la calva de su maestro. Éste se levantó despacio, estiró poco a poco las piernas y soltó un suspiro de alivio cuando notó de nuevo correr la sangre por sus venas.

– Luño, tapa la piedra, nos vamos dentro.

Ambos buscaron en el interior del taller una vieja lona tan agujereada que casi era una broma el hecho de que pudiera proteger algo. Con ella, el aprendiz tapó el capitel mientras su maestro se quedaba a cubierto.

Observó la figura que aparecía ya claramente en la piedra: un Cristo todavía joven en actitud de bendecir. La técnica era realmente buena. Los golpes de cincel, que todavía se percibían en la roca, eran extraordinariamente precisos, las proporciones casi perfectas, pero tan carente de vida como la misma piedra en la que estaba trabajado. Era una figura tallada con la mente, no con el corazón.

La lluvia chorreaba por su espalda, por su cabeza y se escurría por su nariz. Este hecho, de pronto, pareció despertarle. Comenzó a tapar el capitel y advirtió que el maestro Vincent había olvidado su cincel. Lo recogió, como tantas veces había hecho, y al sentir el hierro en la mano, notó de nuevo aquella vieja sensación de ser un dios, de poder crear, casi de poder dar vida. También sintió impotencia al saberse solamente aprendiz.

¿Cuándo consideraría el gremio que ya era tallista? ¿Realmente existía la necesidad de que alguien, quizás menos capacitado, dijese si podía o no crear? Recordó las caras de los miembros del Tribunal gremial. Las mismas desde hacía años, con sus expresiones aburridas, idénticas figuras repetidas hasta la saciedad.

Buscó una piedra y se metió bajo la lona que tapaba el capitel. Comenzó a golpearla con el cincel. Ya no existía nada más. La roca, él y la divina música que producía el hierro al ser percutado por la piedra. Vio cómo, golpe a golpe, aquel Cristo muerto iba cobrando vida, cómo su expresión se hacía más dulce, su cuerpo más flexible. Fuera de la lona seguía lloviendo, pero dentro, en aquel pequeño universo, solo corrían las gotas de sudor por el cuerpo del joven Luño y alguna otra de lluvia que se colaba por los agujeros de la maltrecha

tela.

Empezó a toser. El fino polvillo de piedra se le metía en los pulmones, le escocían los ojos. ¿Cuánto tiempo hacía que le sangraba la mano? La piedra se le quedaba adherida con la sangre que brotaba de las numerosas erosiones. Sin atreverse a soltar la improvisada maza, levantó la lona y salió al exterior. Estaba anocheciendo, había dejado de llover y la fresca brisa secó su sudor. Contempló los furiosos tonos rosados del cielo y se maravilló una vez más de la grandeza de Dios. Sonrió pensando en su estúpida comparación con Él. Nunca podría tallar un atardecer. Quizás nunca fuese capaz de reflejar todo lo que sentía dentro, tal vez jamás llegase a ser un maestro, pero sentía la imperiosa necesidad de seguir sacando lo que escondía la piedra.

Miró el capitel y no le gustó. Había conseguido darle más vida, más expresión, más movimiento, pero no era lo que él quería.

Apretó los dientes en un gesto de rabia, lo cubrió de nuevo y se fue al bosque que rodeaba la incipiente construcción.

Instintivamente, se dirigió a su rincón favorito, un pequeño claro donde corría cantarín un riachuelo de montaña, y se sorprendió a sí mismo en aquel lugar. Observó de nuevo el tronco caído, oscurecido por el tiempo y la humedad sobre el que habían crecido algunas grandes setas blancas. Levantó la vista hacia un árbol y pudo vislumbrar el agujero donde vivía la ardilla que a veces se atrevía a comer de su mano. Normalmente llevaba alguna fruta para ella, pero hoy no. Hoy había retocado la pieza de su maestro. Sin quererlo, le había desafiado abiertamente, y con él, a todo el gremio de tallistas del Reino de Aragón. Se percató de repente de que todavía tenía en la mano la piedra adherida con sangre. Se tumbó boca arriba junto al riachuelo y la metió dentro para que el agua la despegase. El contacto con el agua fría le alivió y empezó a notar cómo la inflamación comenzaba a remitir. Él, un simple aprendiz, había desafiado al gremio, pero no era eso lo que más le preocupaba. La idea que rondaba por su cabeza era la de que no había conseguido lo que quería reflejar, pero ¿qué era eso realmente?

Se sintió incapaz de pensar en ello, al menos no en aquel momento,

no en aquel lugar, y se limitó a mirar las estrellas saboreando el frescor de la clara noche pirenaica.

Despertó de pronto, notó el jubón y las calzas mojadas por la humedad del bosque, estaba aterido de frío recordando todavía todas aquellas caras de piedra que le pedían nacer. Se miró las manos y recordó la piedra incrustada en su piel, sorprendiéndose de que no estuviese ya allí, y la buscó con la mirada; descansaba mansamente en el lecho del riachuelo. No había en ella restos de sangre, pero se veían claramente las marcas producidas por el cincel, y en su mano, las producidas por la piedra. De repente, cayó en la cuenta. Era de día. El maestro Vincent le estaría buscando, seguramente furioso por haber retocado el capitel. De pronto, todo volvió a su mente. ¡El gremio! Nadie nunca había desafiado de esa manera al gremio. Salió corriendo con la más sincera intención de pedir perdón a su maestro para que la historia no trascendiera.

Lo encontró mirando su trabajo, con el ceño fruncido y la expresión más furiosa que nunca le hubiera visto. Se arrodilló a sus pies, agachó, una vez más, la cabeza y pidió perdón del modo más sincero que supo.

—Maestro, no pretendía inmiscuirme en tu obra... Solo..., solo vi el cincel y me dejé llevar, no me di cuenta de lo que hacía.

Tras un largo silencio, estalló toda la furia del viejo maestro.

—¿Cómo te has atrevido a retocar mi obra!? ¡Tú, el más infeliz de los aprendices! ¡Tú, que solo ayer eras un simple siervo! ¿Qué serías sin mí? ¡Yo soy tu maestro! ¡Yo soy quien te viste! ¡Yo soy quien te alimenta! ¡Yo soy quien te enseña un digno oficio para que no tengas que volver a tu casa a cuidar cerdos y recoger lechugas! Yo soy tu maestro, ¿me oyes, desgraciado? ¡Tu maestro!

Una larga lluvia de golpes y patadas cayó sobre él, y cuando se cansó, comenzó a criticar su trabajo.

—¡Además, estás muy lejos de ser un tallista! ¡Las superficies están muy rugosas, mal acabadas! ¿Y esos ojos? ¡Si un cura viese esos ojos, te declarararía hereje sin dudar! ¡Parecen de saltamontes! ¡Por no hablar de la postura! ¡Es como si estuviera bailando! ¿Y tú quieres ser tallista? ¿Tú pretendes acercar a los hombres a Dios con tus ridículas

figuras?

Por fin, cuando se cansó de sacarle faltas a toda la obra del aprendiz, le ordenó que sujetara la piedra.

Las esquirlas volvieron a saltarle a la cara. Observó la satisfecha sonrisa del maestro cuando se fijó en su mano, magullada y tumefacta. El viejo maestro sabía por qué estaba así, ya que la maza era la única herramienta de la que nunca se separaba, debido a que era entregada con el mandil a modo de diploma por el Tribunal del gremio. Los golpes resonaban en sus oídos, y con cada golpe, Luño sabía que estaba matando de nuevo la figura que él había resucitado.

Pero dentro de lo que cabía esperar, no había salido tan mal librado, ya que su maestro no había mencionado el gremio. Quizás no lo denunciara; quizás se diera por satisfecho con haber descargado sobre él todas sus frustraciones. Recordó la ocasión en la que el viejo Vincent le preguntó cómo había conseguido el volumen de unas rosas que estaba tallando y, cuando el todavía ingenuo aprendiz se lo explicó, le contestó que aquella técnica la había descubierto él hacía muchos años. Recordó esa y muchas ideas más que el viejo maestro le había robado descaradamente.

Se preguntó de nuevo de dónde saldría aquella enfermiza obsesión por crear belleza. Admiraba la belleza quizás por contraste consigo mismo. Se miró en uno de los charcos que se habían formado la tarde anterior y de nuevo se encontró con su rostro. Moreno, con los ojos de un color marrón tan oscuro que casi parecía negro, la cara demasiado cuadrada, y aunque su cuerpo estaba bien proporcionado, su estatura era más bien escasa. Esto, unido a que pasaba muchas horas tallando los adornos de las piezas que su maestro llevaba a cabo, hacía que pareciese aún más pequeño, dándole, además, una peculiar forma de caminar. ¿A todo eso se debía su obsesión por la belleza? Recordó a Beatriz, la hija del maestro constructor Johan. Recordó sus increíbles ojos azules, su perfecta sonrisa, sus largos cabellos dorados y su perfecto cuerpo, que parecía tallado en la más cálida de las maderas. De nuevo se preguntó por qué había accedido a concederle sus favores. Recordó también a su hermana, una auténtica bruja que desde el principio se había opuesto a aquella relación.

Sentimentalmente ya la había olvidado, pero seguía admirando su casi perfecta belleza.

La belleza, su locura. Buscar, crear, sentir, admirarla allí donde se encontrara. La belleza podía hallarse en cualquier parte: en un castillo o en un simple árbol, en una roca o en un atardecer. La belleza no comprometía a nada, se veía o no, se disfrutaba o no, se creaba o no.

Un agudo dolor en la mano herida le devolvió de nuevo al mundo real.

— Sujeta, Luño, se mueve.

— Sí, maestro.

Se abrazó fuertemente al capitel y observó cómo su maestro terminaba de matar su figura. Cuando acabó, se levantó, dio un par de pasos hacia atrás y admiró su obra.

— Mira, Luño. Mira qué superficies tan lisas, observa la majestad de la expresión, la limpieza de la talla, los ojos, ajenos al mundo de los hombres.

Siempre hacía lo mismo. Se hinchaba como una vejiga regodeándose en sus mediocres obras. De todos los errores, sacaba virtudes y se decía a sí mismo lo que nunca opinarían los que contemplaban su trabajo.

En aquel momento, comprendió que aquel hombre no podía enseñarle nada más. El viejo maestro no daba más de sí, pero le seguía necesitando para conseguir su maza y su mandil.

Sonrió pensando que, efectivamente, los ojos estaban ajenos al mundo de los hombres, al mundo de los vivos, estaban muertos.

— ¡Esto es un capitel, inútil, no lo que habías hecho tú! ¿Y ahora, a qué esperas? Haz los adornos de la cornisa.

— Sí, maestro.

El joven Luño envolvió su mano en un trapo para protegerla de la maza que le había dejado Vincent, y con el viejo cincel comenzó a picar sobre la piedra formando una guirnalda de círculos. Estaba harto de repetir siempre los mismos motivos geométricos o vegetales. Se juró a sí mismo que, si un día conseguía pasar el examen de

maestro, nunca, nunca más volvería a hacer algo parecido.

Sin embargo, notaba de nuevo la sensación de locura que se apoderaba de él cada vez que de la roca muerta conseguía sacar algo.

Dejó la guirnalda a medias cuando llegó el mediodía y fue a buscar al maestro Vincent para pedirle permiso para comer. Éste se lo concedió y entró en la borda que hacía de casa de las benedictinas hasta que se concluyera la iglesia conventual. Buscó con la vista a Sor Josefa de Loarre, monja de noble familia con la que hablaba a menudo de arte, arquitectura o historia.

Le gustaba aquella monja menuda, inquieta y vivaracha. Poco o nada tenía que ver con las demás, pues aunque era cristiana vieja, no limitaba su vida a rezar y a llevar las labores que le asignaba la Orden, sino que, en cuanto tenía un poco de tiempo, se dedicaba a agrandar sus conocimientos, ya de por sí extensos.

La encontró saliendo de la cocina. Sor Josefa le sonrió y se giró en redondo hacia las marmitas para volver casi al momento con un plato de sopa caliente.

—Hola, Luño, ven, siéntate a la mesa.

Le acompañó hasta la larga madera que hacía de refectorio en la comunidad y se sentó con él mientras comía.

La hermana reparó en la herida de Luño.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Estuve tallando una piedra... ayer, cuando estalló la tormenta. Mi maestro me mandó tapar el capitel, y no sé qué me pasó... Me volví loco, me metí bajo la lona y retoqué su figura. Como aún no tengo maza, usé una piedra y...

Sabía que se podía confiar a la monja con más tranquilidad que a un cura en confesión. La monja salió entonces y, al poco rato, volvió con un aceite de hierbas. Se lo untó en la mano y le entregó el pequeño recipiente de barro.

—Esto te curará. Solo tienes que volver a ponerte el aceite cada vez que se seque. Te ayudará a cicatrizar las heridas.

—¡Gracias, Sor Josefa!

Cuando Luño acabó la sopa, la monja le había traído ya manjar

blanco, un plato hecho a base de pechugas de pollo con leche y miel.

– ¡Manjar blanco! ¡Qué rico! ¿A qué se debe este lujo, Sor Josefa?

– Esta tarde viene el Obispo de Jaca para bendecir las obras y se quedará a dormir. Hemos matado unos pollos y le hemos preparado este plato. No notará que faltan un par de pechugas, y si lo hace, le echaremos la culpa a la pobreza de la Orden.

Luño comió saboreando cada bocado y sonriendo a la monja. Sor Josefa causaba en él el mismo efecto que su claro del bosque. Le tranquilizaba y le hacía olvidar por un rato todo lo que hervía en su cabeza. Cuando acabó de comer, la religiosa le trajo una infusión de hierbas y un tarro de miel. Sor Josefa sabía que Luño era goloso, por lo que dejó el tarro y dio una pobre excusa para desaparecer durante un momento, lo justo para que el aprendiz se pusiese toda la miel que quisiera. Al instante, volvió:

– Bueno, Luño, ¿qué tal van las obras?

– Bien, bueno, ya sabe que a mí no me gustan las figuras del maestro, pero necesito trabajar para él para conseguir mi maza. Cada día me parece que aprendo menos cosas nuevas, pero no puedo hacer nada más que esperar a que él decida presentarme ante el gremio para hacer el examen... En fin, que no me queda más remedio que aguantarle. Pero no se preocupe. Cuando estén acabadas, quedarán bonitas, y ¡por fin tendrán su convento, con iglesia y todo! Además, he visto los planos y está proyectada una habitación oculta, en la base de la torre, por si atacasen de nuevo los moros, para que se puedan esconder. ¿Qué más pueden desear?

Estuvieron un buen rato charlando sobre la marcha de las obras y sobre todo, de la evolución de las tallas. De pronto, la voz del viejo Vincent resonó dentro de la borda. Otra vez estaba furioso. ¿Cuánto tiempo había estado hablando con Sor Josefa? Sonrió pícaramente a la monja y sacó de su jubón un cincel recién afilado que siempre llevaba encima para casos como este. Cuando el maestro llegó donde él estaba, ya la monja había escondido el tazón vacío de la infusión, y como ajena a todo, limpiaba la larga mesa. Luño explicó a su maestro que había entrado en la cocina a afilar el cincel y salió con él afuera, donde se encontraba el capitel.

Comenzó de nuevo a picar la piedra tallando los repetitivos círculos. Le aburría esa tarea, pero cada vez que acababa una forma, se asombraba del aspecto blando de la durísima roca.

Había acabado dos de las caras del capitel y estaba comenzando la tercera, cuando un ruido de caballos le hizo levantar la cabeza.

La guardia del Obispo de Jaca llegaba escoltando el coche episcopal. Todo era espectacular. Las relucientes cotas de mallas, los fogosos caballos, los estandartes al viento, pero sobre todo la majestuosidad del Obispo. Uno de sus sirvientes le colocó la mitra nada más bajar del coche y otro le entregó el báculo de oro, plata y marfil.

El joven aprendiz se quedó un rato embobado observándolo todo. Las monjas hacían fila para besar el grueso anillo de oro y ámbar y, al final, se colocaban todos los maestros que participaban en la construcción, entre ellos, Vincent.

Cuando le llegó el turno, Luño observó la rastrera forma de arrodillarse de su maestro, la falsa reverencia que mostraba. Cruzaron un par de palabras y el viejo Vincent rio falsamente alguna de las gracias del Obispo. El cochero azuzó los caballos y, al partir el coche episcopal, dejó al descubierto otro vehículo más austero, pintado de negro, del que salieron varios ancianos de severo aspecto. El Consejo de Gremios.

Cada uno de los maestros fue a saludar a su respectivo representante y Luño observó que el maestro Vincent hablaba largamente con el viejo maestro Bellido, del gremio de tallistas del Reino de Aragón. En un momento dado, ambos se volvieron hacia el aprendiz.

Luño agachó la cabeza como si aquello no fuera con él y siguió trabajando, como si no existiese en el mundo nada más que aquel capitel. Deseó con todas sus fuerzas que su maestro no lo denunciase, pero tenía el íntimo convencimiento de que el maldito viejo no dejaría escapar la ocasión de quitarse de encima un posible competidor.

De repente, se dio cuenta de que el Obispo estaba tras él mirando su trabajo. Se acercó para contemplar mejor las formas que metódicamente Luño sacaba de la roca, y de pronto, la nariz del aprendiz se llenó de un insoportable olor a pies.

A los ojos de Luño, el Obispo había perdido toda su majestuosidad.

El joven aprendiz dejó de picar, temeroso de que alguna esquirra alcanzase al prelado, y se echó un par de pasos hacia atrás. De reojo, contempló al maloliente Obispo y se lo imaginó desnudo. Sin la casulla bordada en oro, sin la mitra, sin el rico báculo de oro, plata y marfil se convertía en un hombre más bien bajito, sudoroso, y sobre todo, gordo. Imaginó las gruesas y blandas lorzas que le debían caer, pliegue sobre pliegue, a lo largo del cuerpo. El maestro llegó junto a él en el momento en que el religioso recriminaba a Luño haber tallado un Cristo tan falto de expresión.

— Nuestro Señor debe de ser fuente de luz, de amor y de poder, joven — decía el obispo —. No puede tener esa expresión tan muerta. Debe recordar a los hombres que tienen que honrarle y amarle. Tus figuras tienen que hacer que el pueblo se entregue a Él por completo. Si todas tus imágenes son así, poco podremos hacer para salvar sus almas...

Luño miró al maestro Vincent y vio cómo éste le devolvía la mirada con los ojos encendidos de rabia.

El prelado continuó mirando las obras, las bendijo y se metió en la espaciosa borda. El joven aprendiz continuó tallando hasta que se le acercaron los maestros Vincent y Bellido.

Bellido se encaró con Luño:

— ¿Tú eres el arrogante aprendiz que se atreve a retocar las piezas de su maestro? ¿Pretendías enseñarle el oficio que él te enseña?

— No, maestro, yo solo...

— ¡Calla! — Y volviéndose a Vincent —: ¡Sí que es arrogante, por Dios, además de desagradecido!

Y de nuevo se dirigió a Luño.

— En tres días irás al Tribunal del gremio, a Jaca. Allí estudiaremos lo que has hecho y tomaremos una decisión. ¡Ya veremos qué hacemos contigo!

Tras esto, ambos maestros entraron en la borda para seguir visitando las obras con el Obispo.

Luño siguió tallando las cornisas, pero esta vez más despacio,

recreándose en cada golpe de maza, como si quisiera fijarse en cada movimiento que hacía, como si quisiese grabarlo en su memoria, porque estaba convencido de que, dentro de tres días, el gremio le prohibiría para siempre volver a tallar.

## 2. La sentencia

Cuando el joven Luño salió del tribunal, iba cabizbajo, triste. No se podía plantear su vida si no le permitían crear. No conseguía entender nada si no le acompañaba la música de la maza al golpear sobre el cincel.

Era día de mercado. La ciudad estaba bulliciosa. Numerosos puestos se arracimaban alrededor de la plaza vendiendo frutas, cacharros de barro o animales, pero para Luño aquello no existía.

Solo resonaba en su cabeza la sentencia del Tribunal prohibiéndole de por vida volver a inmiscuirse en las artes del gremio.

Odiaba a su maestro. Aquel maldito viejo sabía lo que significaba para Luño tallar. No era una forma de vida, sino un motivo para vivir, el gran, el único motivo.

Sentado en el suelo, apoyado contra la pared de una de las casas, no pudo evitar tocar la piedra. La acarició como quien siluetea a la más amorosa de las novias y se preguntó qué o quién estaría dentro de aquella fría piedra.

Alguien le arrojó una moneda y, aunque su primera reacción fue devolverla, comprendió que ahora, sin el alimento ni la casa del maestro, no podía andarse con remilgos. La recogió y la guardó en la vacía bolsa dentro de su jubón, pensando que no quería vivir de la caridad.

Se levantó y empezó a caminar hacia donde las montañas eran más altas, hacia el país de los francos.

El sol estaba ya muy alto cuando se acercó a beber del río. Se sentó en la orilla y observó el agua. ¿Cómo podía ser tan lisa y pulida en los remansos para volverse tan áspera en los rápidos? ¿Cómo podía ser aquí de un azul tan intenso, casi negro, para volverse de un blanco tan puro solo medio metro más allá?

Antes de darse cuenta, estaba modelando el barro de la orilla en forma de río. Sus siluetas, sus texturas, sus volúmenes.

Modeló con furia, con pasión, con toda la rabia del injusto castigo. De nuevo, aquella febril sensación se apoderaba de él. Todo había desaparecido. La prohibición, su preocupación, su tristeza. Nada

existía. Solo el río, el barro y sus manos.

Cuando acabó, miró su obra. Las texturas eran casi las mismas, las formas, los volúmenes, pero no era igual. No tenía la fuerza del río. No reflejaba su vida ni su grandeza ni su furia ni su paz. El joven Luño no era Dios.

Destrozó el pequeño río de barro a patadas, lo pisó, arrojó todo lo lejos que pudo los últimos montones de tierra mojada que poco antes había moldeado con auténtico fervor. Cayó al suelo de bruces y comenzó a llorar. Lloró el juicio, lloró su prohibición, lloró sus limitaciones humanas, lloró, lloró, lloró, como si no lo hubiese hecho antes, como si nunca más pudiera volver a hacerlo, como si quisiera convertirse en parte del río que poco antes no se había dejado copiar.

Cuando por fin se calmó, se dio cuenta de que ya era noche cerrada. Notó su hambre, pues no había comido nada en todo el día, y recordó a sor Josefa de Loarre, que a cualquier hora le sacaba de la pobre cocina de la borda alguna cosa con qué alimentarse. Pero ahora estaba lejos. Buscó una roca plana y, mirando al cielo, arrullado por el sonido del agua, se quedó dormido.

Era de día cuando despertó. Se sobresaltó pensando que el maestro Vincent le estaría buscando, pero cayó en la cuenta de que el maldito viejo no le necesitaría nunca más.

Un sentimiento indescriptible se apoderó de él. Era la libertad.

Estuvo un buen rato dejando que el sol lo calentara, y cuando empezó a sudar, buscó una poza donde hiciera pie y se metió dentro despacio. Se dijo a sí mismo que aquel baño sería como un nuevo bautismo. Un bautismo de libertad. Una celebración. Dejó que la corriente se llevase todo aquello que le atormentaba. En aquella sumersión, había desaparecido el viejo Vincent, el gremio, su preocupación por conseguir la maza. Luño no sabía si era buen tallista o no, si su obra gustaría o no, pero tenía muy claro que tenía algo que decir a través de su escultura. Algo que no sabía si era interesante, si a alguien le pudiese importar, pero que tenía que expresar.

Nada ni nadie le prohibiría seguir tallando. Nada ni nadie haría callar a sus manos. Donde fuese, como fuese, al precio que fuese, seguiría haciendo hablar a la roca.

Caminó hasta Castiello. Aún le quedaba una moneda y tenía hambre. De camino al horno, escuchó los rítmicos golpes que dos herreros daban contra el yunque. Se asomó a la casa de donde salía aquel sonido y observó durante un rato el trabajo de los dos artesanos.

El calor era casi insoportable. Olía a sudor, a hierro, a carbón. El mayor de los herreros era un hombre viejo, delgado, con menudos pero vivarachos ojos azules. Desnudo el torso, se le veía fibrado e increíblemente fuerte para su edad. El otro, el más joven, estaba algo más gordo, pero sin llegar a la obesidad. Los dos hombres parecían hablar a través de sus repiqueteos sobre el yunque. Luño observó que, tras tres golpes seguidos del hombre mayor, entraba el joven con un cuarto golpe sobre la pieza que estaban forjando, y que cuando el viejo daba dos, se paraban para calentar de nuevo el hierro.

Sonaron los dos golpes seguidos, y mientras el joven movía el fuelle, se le acercó el artesano.

—Hola, soy Pericho, ¿qué se te ofrece?

A Luño la moneda le quemaba en la bolsa.

—Hola, bueno, yo soy Luño... Quería una herramienta... Es un poco especial, pero la necesito...

Girando la cabeza, Luño echó un vistazo por la herrería y vio una maza gruesa y robusta.

—Esa maza ¿cuánto vale? —preguntó.

—Tres sueldos jaqueses —respondió el herrero.

—Es más de lo que tengo —dijo Luño—. ¿Qué me podrías dar por esto? —Y le entregó su moneda.

Pericho la observó. Poco hierro le podía dar por tan poco precio, pero sonrió y le ofreció la cabeza de una maza.

—Tú mismo tendrás que ponerle el mango. Lo mejor es que lo hagas con madera de boj. Es la más dura y por aquí abunda. Si la aseguras pegándola con resina de pino, tendrás una maza duradera y fuerte, aunque, eso sí, un poco pequeña...

—¡No importa, golpearé más fuerte! —exclamó el aprendiz.

Luño siguió con la vista la moneda mientras desaparecía en la bolsa del herrero.

No le importó quedarse sin ella. Sabía que el río estaba lleno de truchas y en el bosque había visto una hierba llamada «lengua de buey», con la que podía hacer una exquisita sopa. Miró la maza, no era de tallista, con forma casi cilíndrica, pero si una simple piedra le había servido para superar al maestro Vincent, cualquier maza le haría la misma función.

Con la cabeza de su herramienta dentro del jubón, tintineando contra el cincel que siempre llevaba encima, el estómago vacío y unas ganas locas de empezar a tallar, bajó de nuevo hacia el río.

Cuando llegó, fue otra vez consciente de su hambre, así que se quitó el jubón, anudó las mangas y el cuello, y se arrancó una de las costras de sangre seca que aún quedaban en su mano herida, la metió dentro del jubón y dejó correr algo de sangre sobre unas hierbas que introdujo también en la bolsa. Luego sumergió la improvisada red en el río de cara a la corriente. Al olor de la sangre, no tardó en introducirse una trucha que Luño se apresuró a sacar y volvió a meter el jubón en el agua. Esta vez, con la sangre más diluida, tardó algo más, pero al rato capturó otra pieza.

Hizo una hoguera, y cuando el fuego aún estaba vivo, colocó sobre ella una piedra plana que dejó calentar. En diez minutos, las dos truchas se estaban asando sobre ella, y en otros diez, estaba Luño comiendo.

Cuando acabó, se tumbó a la sombra y cayó en un profundo sueño.

Al despertar, la vio. La tarde estaba muy avanzada y el sol se reflejaba en el río, entre ella y él, lo que hacía que pareciese una visión.

La cara algo redonda, pero dulce, como la más apacible de las brisas; el pelo oscuro, no demasiado largo; la nariz pequeña y respingona... pero lo que más llamó su atención fueron sus ojos. Eran grandes, del verde más intenso que jamás hubiera visto, jalonados de pequeñas chispas doradas que de repente le hicieron pensar en un bosque en otoño, cuando algunas hojas habían ya perdido su color y otras no.

Todavía sin terminar de despertarse, Luño solo fue capaz de pronunciar un «hola».

—Hola —contestó la chica—. ¿Qué haces aquí?

—Dormía —contestó el aprendiz—. Bueno, en realidad, solo dormitaba. Necesitaba una herramienta y se la he comprado a Pericho, el herrero.

— Ah, sí, le conozco... ¿Herramientas para qué?

— Soy tallista... Bueno, solo aprendiz, pero me hacía falta una maza. Iba a comprar algo de comer, pero al pasar por la puerta de su herrería, decidí gastar el dinero en ella. Al fin y al cabo, la maza me proporcionará más dinero, pero la comida no me hará conseguir una maza. Como cuando venía, vi truchas en el río, decidí pescar un par de ellas.

— Ten cuidado, todas las truchas, caza, campos y frutos, pertenecen al Señor de Grosín<sup>3</sup>. Si sus gentes te ven, te pueden prender. ¡Y no hablan nada bien de sus mazmorras...! Oye, dijiste que eras tallista, eso es lo de hacer las figuras de las iglesias, ¿no? —mientras hacía la pregunta, la muchacha se puso a lavar una camisa.

— Sí, pero solo las de la parte de afuera de las iglesias, las de piedra. Y no solo eso, también hacemos los capiteles, los modillones, los frisos... En fin, todo lo que tiene decoraciones.

— Debe ser bonito — dijo la chica. A luño se le iluminaron los ojos.

— ¡No te imaginas cuánto! —le contestó—. Muchas veces, al acabar las piezas, te preguntas si realmente las has hecho con tus manos. Y sientes el orgullo de que adornen las casas de Dios y que todos las vean y digan «¡qué bonito!» ¡Y además te pagan por ello! Para mí no hay nada igual... Amo mi trabajo. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí a estas horas? —Luño la observaba mientras se afanaba con la ropa—. Creía que lavabais por la mañana.

— Mi prometido, Aimonio —dijo—, es muy bueno y me quiere mucho, pero cuando bebe, le gusta pelear. A veces gana sus disputas, pero normalmente suele recibir y aquí estoy yo, en el río, lavando la sangre de su camisa. Hoy le han dado un buen puñetazo en la nariz. Oye, y ¿es difícil eso que haces?

— ¿Lo de tallar? No —respondió—, solo laborioso. A veces se te pone difícil alguna pieza, pero bueno, no todo va a ser maravilloso. Entonces te toca retocarla o hacerla de nuevo. Me imagino que es como todo... A veces sale bien y a veces hay que insistir, pero para mí

no existe nada igual.

– Me tengo que ir – dijo ella – . Esto ya está bastante limpio.

– Espera – gritó el aprendiz – . ¡Me llamo Luño!

– Yo soy Quissilo – respondió la chica mientras se alejaba.

La vio marcharse, esperó a que se perdiera de vista y subió la ladera del monte.

Llegó a un pequeño llano, lleno de árboles, pinos y sabinas en su mayoría. Un poco más allá, había un cortado de piedra en el que asomaban multitud de raíces y que estaba en gran parte cubierto de musgo. Le pareció un lugar agradable y se tumbó a esperar que llegase la noche.

Desde luego, nadie le impediría tallar. No le importaban las consecuencias de sus actos. Solo contaba con su habilidad y con su propia vida, por lo tanto, poco tenía ya que perder.

¿Qué era lo peor que le podía pasar? ¿Que el gremio consiguiese que el Justicia ordinario de Jaca lo condenase a muerte? Pero si no podía tallar, ¿no era eso peor incluso que morir?

Quissilo. Aquellos ojos se le habían clavado hasta las entrañas. Parecía simpática, pero ¿y ese tal Aimonio? ¿Sería lo de la taberna un caso esporádico o cotidiano?

De repente, se dio cuenta de que no tenía derecho a pensar en ella, pues nada podía ofrecerle. No tenía un oficio, ni siquiera un sitio donde dormir, pero nunca había visto nada más hermoso.

La cabeza le hervía, los pensamientos saltaban del odio más feroz hacia el maldito Vincent a las maravillosas ideas que deseaba fijar en la piedra; del desprecio más absoluto hacia un gremio incompetente, que se había limitado a repetir durante siglos los mismos viejos diseños, a la más absoluta admiración por los ojos de Quissilo.

Le despertó el sol. Era todavía temprano. No había dormido bien, pero tampoco tenía sueño. Se sentó en el suelo, y desde allí, vio un palo largo. Debía haberse caído del árbol hacía bastante tiempo, ya que había perdido su corteza y se presentaba liso. No sabía por qué, pero llamó su atención. De repente, lo recordó. ¡La maza! Rápidamente buscó la cabeza de hierro en su jubón y recogió el palo.

Lo probó y vio que quedaba ancho, por lo que desgastó el extremo contra una roca hasta que la pudo ajustar en él. Cuando hubo terminado la operación, midió con cuidado la longitud e intentó partirlo de un golpe seco. Al tercer intento lo consiguió, lo que bien mirado, garantizaba de alguna manera la resistencia del mango. Limó contra la misma roca las astillas, comprobó su trabajo y entonces sacó del jubón el cincel.

Despacio, se acercó a la pared de roca. Con auténtica reverencia, apoyó el cincel y, midiendo sus movimientos, dio un golpe seco. El agudo sonido metálico penetró en sus oídos, resonó contra su cerebro, corrió por sus venas como el más loco de los caballos de combate y se reflejó en su cara con una simple sonrisa, pero notó cómo todo su cuerpo era recorrido por un largo escalofrío.

Mientras tallaba, se preguntaba de nuevo qué o quién estaría dentro de la roca. No quería sacar cualquier cosa, quería dejar hablar a la piedra, que fuera ella misma la que fuese desarrollándose. No quería mandar en el mineral, quería ser su cómplice, su amigo, quería ser uno con él. Poco a poco, los rasgos de una figura femenina se empezaron a adivinar en la roca. Luño sudaba, estaba cansado, pero no quería parar. Se quitó el jubón y sintió cómo todo su cuerpo se refrescaba. Se miró las calzas, estaban llenas de polvo de piedra, pero no le importaba, solo quería seguir tallando, golpe tras golpe, hasta conseguir ver qué era lo que quería decir aquella fría roca.

Paró cuando una gota de sudor entró en uno de sus ojos. La figura no estaba acabada, pero parecía una Virgen con el niño en brazos. Se miró y vio su torso cubierto de polvo de roca, al igual que sus calzas. Se sacudió un poco y decidió ir al río a lavarse y refrescarse un poco. Sería casi la hora de comer, pero no tenía hambre. Cuando llegó a la orilla, vio a unas mozas del pueblo secando la ropa al sol, extendida sobre las rocas. Escuchó sus risas y sus comentarios, pero no hizo caso. ¿Qué sabían ellas de crear? Nadie podía entender su obsesión. Caminó despacio, sin bajar la vista, y cuando estaba a punto de llegar al agua, distinguió a Quissilo. Ella se acercaba a Luño cruzando por encima de unas rocas planas, saltando con una gracilidad que la hacía parecer más irreal todavía, más lejana, más imposible. Cuando llegó

junto a él, al verlo con ese aspecto, comenzó a reír y le dijo:

—¿Te has peleado con un oso? —Luño rio de buena gana la ocurrencia de la joven.

—No, solo estaba cortando piedra para un granero. Ya ves, mi trabajo es muy bonito, pero el polvo que sale es muy sucio.

No se atrevió a decirle que estaba tallando. Luño se metió en el agua y dejó que la helada corriente se llevase la suciedad de su torso y sus calzas. Cuando salió, se quedó todavía un rato hablando con Quissilo. Sus compañeras ya se habían ido.

—Yo suelo acabar a esta hora —le dijo a Luño, pero el joven aprendiz solo podía ver sus ojos. En ese momento, cuando el sol estaba en medio del valle, adquirirían cientos de tonalidades verde y oro. Luego, de repente, dijo que era tarde y que debía irse y Luño la vio marchar entre la vegetación del camino que subía hacia Castiello.

El joven se dirigió de nuevo al llano y siguió tallando, esta vez mucho más tranquilo, más calmado. Aquella angustia, aquella obsesión por esculpir se habían adormecido. Seguía queriendo trabajar, aún tenía la inquietud y el deseo, pero ya no sentía esa rabia febril con la que martilleaba el cincel hacía un rato.

Ahora sus golpes eran más medidos, más serenos. Era más consciente de su obra. Se recreaba en ella.

La Virgen perdió la corona y el niño, y en el lugar de ellos, apareció un pliego de tela.

Cuando acabó, al caer la noche, la figura se parecía increíblemente a Quissilo.

La miró. De nuevo le asaltó esa sensación, sí, se parecía a ella, pero no era ella. Le faltaba el brillo de los ojos, la sonrisa, le faltaba la vida. ¿Por qué no era capaz de tallar algo que le satisficiera plenamente? Hizo una hoguera y, a la luz de las llamas, siguió tallando, retocando la figura; cuanto más golpeaba la roca, más se alejaba del parecido. De nuevo estaba allí la locura que se apoderaba de él. La oscilante luz le engañaba. Cada vez que creía tener la expresión perfecta, otro cambio de las sombras le mostraba que estaba equivocado. No lograba el resultado deseado y el material era cada vez más escaso. Seguía

intentándolo, pero llegó un momento en el que la cabeza era ya grotescamente inferior al cuerpo. Luño jadeaba y un par de lágrimas de impotencia corrieron por sus mejillas. Tiró el cincel y comenzó a dar martillazos a toda la figura, destruyendo la cara, el cuerpo, y por último, el pliegue de ropa. No era capaz de tallar lo que él quería, no era tallista, era el más infeliz de los aprendices. Quizás debería simplemente ir a una cantera a sacar piedra.

La hoguera se apagó quedando solo un rescoldo que daba calor y un mínimo de luz, por lo que Luño se tumbó a su lado mirando las estrellas.

---

3 Efectivamente, el castillo que da nombre a Castiello es el de Grosín, señor de la villa hasta que Alfonso I la vendió.

### 3. Quissilo

No durmió aquella noche. Estuvo pensando que quizás sería mejor ir a una cantera a trabajar, y cuando apuntó el día, desanduvo el camino recorrido desde Jaca para llegar a una ladera de caliza en la que varios hombres se afanaban sacando bloques de piedra. Preguntó por el maestro cantero y le señalaron una pequeña choza de madera. Luño recordó que los canteros estaban organizados en logias masónicas, por lo que usó el tres, número perfecto, para llamar a la puerta. Tras dar esos golpes, abrió y se acercó al maestro dando tres pasos. El maestro cantero sonrió y preguntó a Luño:

– ¿Qué es lo que necesitas?

– Busco trabajo. Sé trabajar la piedra, sé usar las herramientas. Sé cómo cortarla, alisarla y pulirla.

El maestro cantero sonrió de nuevo y le contestó:

– El caso es que nunca van mal dos brazos más. Y ahora tenemos que sacar más piedra de lo normal para la catedral de Jaca... Al parecer, le están dando un nuevo empujón. De acuerdo. Sube a la cantera caliza.

Aquel fue un periodo desahogado para Luño. Nunca faltaba una moneda en su bolsillo y el maestro tenía mucha gente a la que controlar, por lo que todos los días, cuando el sol estaba alto, en el centro del valle, se podía escapar para charlar diez o quince minutos con Quissilo y volver corriendo antes de que notaran su ausencia.

Pero poco a poco se fue hastiando. Solo manejaba la cuña para partir la roca, y lo que era peor, cada vez que sacaba un bloque de calidad suficientemente grande, sufría sabiendo que no sería él quien lo tallase. Había guardado algunos sueldos jaqueses y no soportaba el hecho de no poder crear, por lo que se despidió de la cantera y volvió de nuevo al llano en mitad de la montaña.

Allí se encontraba aún la figura de Quissilo destruida. Palpó la bolsa, esta vez bien provista de monedas, y fue a visitar al herrero de Castiello.

– Hola, Pericho. ¡Esta vez tengo dinero! Necesitaré unas herramientas, pero te las dibujaré para que sepas exactamente lo que quiero – dijo muy alegre.

Cogió un pedazo de carbón y, sobre la sucia pared, le hizo un dibujo de las herramientas que deseaba. Comenzó con un hacha de doble filo, explicando que debía ser más gruesa y más pequeña que una normal. Luego dibujó otra parecida, pero con un solo filo dentado. A continuación, un puntero y después otro, pero con la punta aplanada y dentada.

El viejo Pericho había reconocido de inmediato el tallante, el trinchante, el puntero y la gradina. Sonrió y le dijo a Luño:

—Esas herramientas solo puedo forjarlas para el gremio de tallistas. Pero, en fin, te las haré si juras no decir nunca de dónde han salido... Y otra cosa, a mí me gustan las figuras que hacéis, así que, si de vez en cuando me permites ver tu trabajo, tendremos un trato.

—¡De acuerdo! Pero ya sabes que no puedes decir nada a nadie, me juego el cuello.

—No te preocupes. ¡Te doy mi palabra!

Luño le compró además una olla de cobre y subió al monte esperando que pasase pronto la semana que Pericho tardaría en hacer sus herramientas.

De camino, había ido recolectando lengua de buey y guardándola en la olla recién comprada y, cuando llegó a su llano, encendió la hoguera, lavó la hierba en un pequeño riachuelo cercano, llenó de agua la olla y la puso al fuego, esperando que se hiciese pronto la sabrosa sopa.

Aquella semana se dedicó a holgazanear. No quería tocar ninguna roca hasta tener sus utensilios. A mediodía bajaba al río para ver a Quissilo y hablar con ella. Poco a poco, le había dado a entender que no estaba muy convencida de casarse con Aimonio.

—No sé qué hacer —le contaba a Luño—. Muchas veces es violento y en realidad sólo es un labrador. Sé que me ama, estoy segura, pero no sé qué hacer —repetía.

Sus conversaciones habían ido pasando de ser totalmente banales a profundizar en temas mucho más serios e interesantes. Hablaban de arte, de ciencia, de la vida. Un día, Luño le contó su historia.

—El gremio me ha prohibido tallar. Soy tallista, pero no puedo

trabajar por culpa de un maestro mediocre y desalmado. Si el gremio supiese que estoy trabajando, aunque solo fuese por distracción, me harían ahorcar.

Ella pareció asustarse.

—Me da miedo... —dijo Quissilo—, pero también me dan miedo otras cosas...

—¿El qué? —preguntó Luño.

—Me he enamorado de ti.

—Y yo de ti —contestó el aprendiz dulcemente—, pero eso ya lo sabíamos, ¿no? Aun así, sigues prometida a Aimonio.

Quissilo no quiso dar ninguna respuesta, y de repente, le entraron aquellas prisas de todos los días. Luño se quedó mirando cómo se iba, como tantas veces, y se tumbó en el río pensando en lo que pasaría con Quissilo. De pronto, se dio cuenta. Había pasado una semana. El herrero debía tener ya sus herramientas, así que fue a Castiello y se quedó en la puerta esperando a que el viejo Pericho terminase de comer.

Cuando por fin llegó el herrero, halló a Luño dormido. Lo despertó y estuvo un rato hablando con él. En un momento dado, el viejo Pericho preguntó al joven por su historia.

El herrero había incumplido las reglas de los gremios al hacerle las herramientas, así que Luño no vio inconveniente en contarle la verdad:

—Un día me volví loco. Eran tantas las ganas que tenía de tallar... Bueno, ese día se puso a llover y mi maestro se fue, así que no se me ocurrió mejor idea que retocar el capitel que él estaba tallando sin pensar en las consecuencias. En principio solo quería hacer un pliegue más en los ropajes de la figura, pero me dejé llevar. El Tribunal del gremio me ha prohibido tallar para siempre, pero estoy decidido a no acatar la sentencia. Voy a seguir haciéndolo. No sé cómo lo conseguiré, pero necesito tallar. Mi vida no es nada si no puedo seguir creando.

—Intentaré ayudarte —contestó Pericho—. De momento, coge tus herramientas y sigue practicando.

Empezó a bajar la calle principal y pensó en comprar un par de huevos, pues hacía tiempo que no los probaba. Preguntó a un aldeano, que le indicó una de las casas. Cuando llamó a la puerta, fue Quissilo quien abrió. Estaba con su familia y no dio muestras de reconocerlo, pero se puso a temblar como una hoja. Luño se dio cuenta y siguió el juego, tratándola como si tampoco la hubiera visto nunca. Quissilo no tenía nada que temer, pero se la veía sumamente preocupada. Salió un joven, Aimonio, para preguntar por qué tardaba tanto, y en ese momento, a Quissilo le empezó a temblar también el labio inferior. Luño se dijo que ya hablarían otro día, pagó los dos huevos y se fue.

Cuando llegó al llano, miró por enésima vez la piedra donde había estado la figura de Quissilo. Buscó el tallante dentro del saco y empezó a alisar la piedra. Le aburría esta tarea; en general, le aburrían todas aquellas que no fuesen las de tallar, pero era un paso necesario, así que procuró no pensar demasiado y, antes de darse cuenta, la roca presentaba una superficie aceptablemente lisa.

Llevaba bastante tiempo sin trabajar, por lo que le daba algo de miedo haber perdido la técnica, pero en cuanto dio el primer golpe, todo empezó a rodar. No solo no había olvidado nada, sino que el periodo de la cantera parecía haberle madurado. La pasión era la misma, la locura, el amor por la piedra, pero ahora pensaba más los golpes. Ya no daba aquellos martillazos de los que después se arrepentía aunque pudiese arreglarlos. Ahora sus impactos eran más seguros. Más precisos. Eran más firmes que nunca. Se sentía uno con la roca. Ahora sabía que su vida sería la talla. Ahora Luño sabía que ya era maestro.

Se apartó por enésima vez de la roca. En ella vivía Quissilo con su pliegue de ropa. Se sentó a dos o tres metros para observarla. Se había enamorado de la joven. Era el suyo un amor salvaje, primario, obsesivo. Solo cuando tallaba, se olvidaba de ella. Parecía comprenderle, y sobre todo, le maravillaba la dulzura que rebosaba por todos y cada uno de los poros de su piel. Ella, solo ella, podía ser la novia, la mujer, la hermana, la madre y la amiga.

Quissilo... Solo pronunciar su nombre le hacía sonreír. Quissilo y la

piedra. ¿Existía algo más en el mundo?

Durmió bien aquella noche. Un sueño profundo y reparador se apoderó de él. Las caras de piedra que le pedían obsesivamente nacer ya no estaban allí. Desapareció el miedo al gremio. No había absolutamente nada. Solo sueño y, tras mucho tiempo, auténtico descanso.

Al despertar, lo primero que vio fue la imagen de su amada. Sonrió. Por primera vez, le satisfacía contemplar una obra terminada. Si bien no estaba viva, sí tenía la viveza de la chica. Trasmitía su encanto, su dulzura.

Fue hasta el pequeño riachuelo, llenó la olla de agua, encendió el fuego y cocinó los dos huevos. En aquel momento, se dio cuenta de otra de las cosas que le faltaban cuando trabajaba en la cantera: la libertad. ¿Cómo alguien podía vivir sin ella? Compadeció a todos aquellos que debían cumplir un horario, sin poder disponer de sí mismos más que los días de fiesta que cada uno de los gremios daba a los obreros. ¿Valía la pena tener una cierta estabilidad económica a costa de perder la propia autonomía? Fue entonces cuando vio claramente la trampa de la sociedad, pues era ella la que, de alguna manera, obligaba a casarse, tener hijos y dedicar toda la vida al trabajo para mantenerlos primero y seguir viviendo después.

Se comió los huevos tranquilamente, disfrutando el tiempo que empleó en hacerlo y sabiendo que en la cantera llevarían ya más de tres horas trabajando.

Se quedó mirando un árbol grueso y se preguntó si sería capaz de tallar madera. Se fue a buscar sus herramientas, el tallante y el cincel, y empezó a alisar la superficie del tronco. Se dio cuenta de que era mucho más blanda que la piedra y que debía dar los cortes siempre de acuerdo con la veta. Con el cincel le pasaba lo mismo. Talló la caricatura del maestro Vincent, y para ridiculizarlo más todavía, le puso unos prominentes cuernos.

Se alejó a mirar su obra terminada y de nuevo sintió una sensación de vacío. Era el maldito viejo, pero no había sido capaz de tallar su maldad, su odio, su prepotencia, su mezquindad.

Le dio una patada al árbol y bajó al río a buscar a Quissilo.

Cuando ya veía el agua entre los árboles, distinguió a la joven que, visiblemente preocupada, miraba hacia la dirección por donde siempre Luño aparecía, recogía apresuradamente su ropa y salía corriendo hacia Castiello.

El mundo se le cayó encima. ¿Cómo podía huir de él? Nunca le había pedido nada. Solo, y pese a todo lo que sentía por ella, se limitaba a hablar sin querer comprometerla. Luño podía comprender los sentimientos encontrados de Quissilo, era consciente de que quizás, en otro momento, en otro lugar, la suya podía haber sido una historia maravillosa, pero ahora no podía ofrecerle nada, tan solo su amor, sus manos y un bello sueño. Recordó cuando Quissilo se acercó tanto a él, que estuvo a punto de besarle; el joven entonces se apartó, diciéndole que, si lo hacía, quizás se arrepintiese algún día y no quería que ella lamentara nada.

En el fondo, lo que Luño quería era que ella tomase una decisión por sí misma. Sabía que Quissilo se había dejado arrastrar por las circunstancias, y si bien era cierto que sentía algo por Aimonio, no era lo suficientemente fuerte, ya que había confesado estar enamorada de él. Quizá todo era mucho más simple. Tal vez solo deseaba que fuera Luño quien tomase la decisión por ella. Pero él no quería, no podía decidir algo cuando no estaba seguro ni siquiera de si comería mañana.

Triste y cabizbajo, comenzó a caminar hacia el llano. Estaba dolido. Aquella huida había supuesto una auténtica cuchillada en su corazón. Se repetía a sí mismo que Quissilo no necesitaba huir de él, bastaba con haberle dicho algo y no la hubiese vuelto a ver. Siempre la había respetado, es más, cuando ella discutía con Aimonio, era a él a quien se lo contaba, y siempre procuraba tomar una actitud objetiva. En aquellos momentos, le habría resultado fácil ponerla en contra de su pretendiente, pero nunca lo hizo. Siempre aceptó todas sus decisiones. Entonces, ¿por qué había actuado así?

Llegó al claro y cogió el cincel. De nuevo la locura se apoderó de él. En la pared de roca, dos dragones devoraban un cordero. Las esquiras seguían saltando, y de repente, un centauro aparecía pisoteando una rosa. Luño tallaba como un loco. Necesitaba sacar

toda la ira que tenía contenida.

Continuó golpeando la roca hasta que la falta de luz le impidió seguir.

A la mañana siguiente, dos caballeros se dejaban entrever en la piedra. Luño siguió trabajando, uno de ellos cortaba la cabeza del otro. De repente, vio la talla de Quissilo. Dejó la maza y la gradina y se sentó frente a ella, mirándola. Nunca supo cuánto tiempo pasó así, en el suelo, observando la imagen. A su lado, las otras tallas eran malas. Aunque en aquellas se podía intuir la rabia, en la de Quissilo se veía el amor.

Bajó al río a esperarla. Cuando la chica vio a Luño, se dio cuenta de que no podía escapar, así que se acercó a él.

—¿Por qué huiste ayer de mí? —le preguntó Luño—. Sabes que nunca te he pedido nada más que verte de vez en cuando. Nunca he querido hacer nada que pudiese dañarte o perjudicarte. Es más. Solo con que me lo pidas, no volveré a venir, pero, por favor, no huyas de mí. Eso duele... —A Luño esta promesa le sería difícil de cumplir, pues no podía imaginar nada si no veía el otoño en los ojos de la chica, pero estaba decidido.

—Lo siento, no lo volveré a hacer.

Quissilo se fue a realizar sus quehaceres y él se dirigió a Castiello. Deseaba charlar con Pericho.

Al verle, el herrero le sonrió y dejó lo que estaba haciendo inmediatamente.

—Estaba a punto de subir a buscarte por la montaña —le dijo—. Verás, conozco a un maestro de reconocido prestigio. Hace unos días vino a pedirme herramientas y le hablé de ti, sin decirle quién eras, por supuesto. Le gustaría conocerte y ver tus trabajos. Quizá podrías trabajar bajo su nombre. Es el maestro Migne y tiene su taller en la calle del Zoco, en Jaca.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Luño—. ¡Se me estaba acabando el dinero! ¡Me veía de nuevo en la cantera! Esto hay que celebrarlo. Baja al río esta tarde, donde se ponen a lavar las mozas. Te estaré esperando y te subiré al claro en el que trabajo.

Cuando Pericho vio las tallas de Luño, se quedó maravillado. Había conseguido más flexibilidad en las figuras, más realismo, pero lo que más le gustó fueron las expresiones. Los ojos casi salidos de las órbitas proporcionaban a las figuras una intensidad que nunca antes había visto. Las garras de los dragones realmente sujetaban al cordero, y pese a no estar terminada aún, se adivinaba la estupefacción en la cabeza cortada del caballero. Cuando el herrero observó la figura de Quissilo, la reconoció de inmediato y estuvo largo rato mirándola. Al notar que Luño se sentía incómodo, se apartó de ella y comenzó a hablar con el joven.

—Eres bueno —le dijo—. Tienes un estilo peculiar, pero excelente. Me gustan tus figuras. ¿Y dices que te han prohibido tallar? No entiendo que quiera tu maestro prescindir de ti o, mejor dicho, sí que lo entiendo... Un tallista como tú le quitaría trabajo a él. Las figuras tienen mucho más movimiento que lo que había visto hasta ahora.

—Gracias, Pericho —contestó Luño—, pero, desgraciadamente, aun estando bien, no es lo que yo quiero... y eso me desespera. Necesito más. De aquí, la única que me gusta es la de la chica. Las otras... no sé. El problema es ese, que no sé. No sé qué les falta o qué les sobra o qué hacer para que parezcan vivas. No es un problema de técnica. La técnica la tengo controlada y puedo dar cualquier forma y aspecto a la piedra... No. El problema está aquí —decía mientras se daba palmadas en la frente—, aquí, en mi cabeza...

A Luño le agradó la crítica de Pericho, pero íntimamente sentía que debía tallar mucho todavía para lograr lo que él quería, pues no se le quitaba de la mente que, excepto la talla de Quissilo, ninguna otra le satisfacía plenamente.

Pasó hablando con el herrero el resto de la tarde, y a la mañana siguiente, se fue a Jaca para ver al maestro Migne, del que ya conocía su reputación y la influencia que tenía dentro del gremio.

—Hola —dijo al entrar—, soy Luño, me manda Pericho, el herrero de Castiello.

—¡Ah, sí! —contestó Migne—. Verás, no me gustaría dejar escapar a ningún buen tallista, los quiero para mi taller, pero antes de nada, necesitaría ver alguna de tus esculturas. Tampoco quiero malos

artesanos. Si tu trabajo me gusta, te ayudaré y te asignaré a alguna de las obras que estoy haciendo..., pero lo primero es eso: ver tu trabajo.

Luño había previsto esa petición, así que había sacado una de la figuras de la pared de roca y la había llevado consigo.

—Esta es una de mis tallas —contestó Luño enseñándole la escultura—. No es muy grande, la tallé por distracción, pero para que vea cómo lo hago, creo que bastará.

Cuando Migne vio su trabajo, su expresión siguió siendo totalmente neutra. El maestro era perro viejo en el oficio e intuyó al momento que podía sacar un gran partido del joven, pero no le quiso dar a entender que su obra era una pequeña revolución dentro de las corrientes artísticas de aquellos tiempos.

—No me desagrada —respondió seco—. Bien, te haré algunos encargos, pero en tus circunstancias, no trabajarás aquí. Los harás donde puedas y me los entregarás acabados, listos para colocar en la construcción. Usarás mi nombre como marca, y por supuesto, nadie debe de saber que trabajas para mí.

A Luño no le importaba, él solo quería tallar, le traía sin cuidado el reconocimiento o la admiración de los demás. Además, no podía firmar sus tallas, por lo que realmente poner o no su rúbrica carecía de importancia.

—Te daré una piedra y te prestaré uno de mis rastrones. Lo primero que necesito es un capitel para una iglesia que está construyendo un caballero del Temple, río abajo, cerca de Ayerbe. Mis trabajadores ya han hecho parte de la obra y tu estilo será algo diferente, pero seguro que al caballero no le importa cambiar de tallista.

Bajó a Luño a su propio taller, situado en la planta baja de la casa, y le entregó una caliza de la mejor calidad. Pocas veces Luño había visto una piedra tan compacta, tan lisa, tan falta de defectos. Los aprendices de Migne le ayudaron a subirla al rastrón que le había prestado el maestro, pero le dijo que la próxima vez debería traer el suyo propio.

Despacio, siendo consciente de la calidad de la piedra que transportaba, se la llevó a Castiello, y una vez allí, pidió ayuda a Pericho para subirla al llano.

Cuando dejaron la piedra donde más sol daba, Luño ofreció al herrero una infusión de hojas de pino y estuvieron hablando hasta que llegó la noche. Reflexionaron sobre el simbolismo de las tallas.

—Sí —decía el herrero—, conozco el simbolismo, pero no lo entiendo, o sea, no entiendo el porqué... Que la lechuza simbolice la sabiduría, lo puedo comprender porque siempre tiene los ojos muy abiertos y parece observarlo todo, pero no sé por qué el lobo simboliza el conocimiento interior.

A Luño le divertía en cierto modo que a Pericho le resultase difícil de entender.

—Eso fue lo primero que me enseñó el maestro Vincent, lo más importante: el simbolismo. Tenemos que hablar al pueblo desde nuestras tallas, por eso cada figura representa algo. A veces, como en el caso de la lechuza, por su aspecto, pero otras no tiene mucho que ver, aunque el lobo, bueno, el lobo solitario pasa su vida fuera de la manada, con lo que tiene tiempo de conocerse a sí mismo...

—Sí, ¿pero el grifo? ¡El grifo es un monstruo! ¡Mitad león y mitad águila! ¿Por qué simboliza todo lo bueno, lo valiente y lo noble?

—Porque el águila es la reina de las aves y el león el rey de los animales. Ambos, como reyes, tienen el corazón noble...

—No lo entiendo, Luño, no lo entiendo... Sigue siendo un monstruo, da miedo.

Luño lo dejó por imposible. Era tarde cuando el viejo herrero se fue y el aprendiz se echó a dormir.

Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue limpiar las herramientas. Las había untado con grasa de cerdo para evitar que se oxidasen, pues cuando fue a Jaca, no sabía cuánto tiempo tardaría en volver. Limpió la piedra y sacó el esquema que le había hecho el maestro Migne, el cual mostraba dónde estaría colocado el capitel en el pórtico, por lo que solo debería tallar dos de las caras. Comenzó la ingrata labor de darle forma. Luño se aburría y se distraía con cualquier cosa. La labor de preparación de las piedras era lo que más odiaba. Para colmo, si bien era cierto que solo debía tallar dos caras, no lo era menos que tenía que dar la forma a la parte de la piedra que

estaría dentro del muro, para que encajase en la construcción. Afortunadamente, era esta una labor que se realizaba totalmente con el tallante, lo que permitía que el acabado de las piezas no fuese perfecto, y era, por lo tanto, más rápida.

A mediodía, como siempre, bajó al río a ver a Quissilo. Esta vez la muchacha estaba contenta, radiante.

— ¡Me caso, Luño, me caso! ¡Padre ha consentido! ¡Le ha entregado mi mano!

Luño sintió que se le partía el corazón. ¿Cómo podía casarse con el joven si había confesado amarle a él? Entonces se dijo a sí mismo que, desde luego, era lo mejor, ya que ella tendría una vida tranquila y segura, pero no podía evitar rebelarse contra todo. Sentía una gran tristeza, pero también una rabiosa locura. No podía entender nada y ese era un sentimiento que nunca había podido controlar. La situación escapaba de sus manos. Cuando tallaba y no conseguía lo que deseaba, era culpa suya y podía solucionarlo con más horas de talla. Pero aquella era una situación en la que él no podía hacer nada, solo mirar, ver cómo Quissilo se le escurría entre los dedos.

En el fondo, sabía que ella se terminaría casando, pero no pensó que fuese tan pronto, y lo cierto es que, también en el fondo, pensaba que en la silenciosa lucha contra Aimonio terminaría venciendo él.

Lo que más rabia le daba era el hecho de que no podía dejar de alegrarse al ver a Quissilo tan radiante de felicidad. Ella por fin había tomado una decisión, y desde el principio, Luño sabía que en ese juego podía perder, como de hecho había sucedido, así que felicitó a la chica y subió al llano.

No podía tallar. No se quitaba de la cabeza la noticia. Tomó la decisión de no volver a verla. Ella había elegido su camino y él debía respetarla y no meterse en medio.

Se sentó frente a la figura de la chica y pasó la tarde mirándola y recordando los pocos pero intensos momentos que había pasado con ella. Comenzó a llover y Luño se resguardó en el cobertizo que había construido junto a la pared de roca.

Le maravillaba la lluvia. Se decía a sí mismo que el día lloraba con él, y pese a que la tristeza le llenaba el alma, se recreaba mirando cómo

el paisaje se tornaba más verde. El bosque se lavaba y todo quedaba más limpio y puro. Los pájaros habían dejado de cantar y solo se oía la lluvia. Luño lloró. Lloró mansamente, por la boda de Quissilo y por toda la belleza que le rodeaba. La belleza. De nuevo estaba allí su loco amor. ¿Se había enamorado de Quissilo o solo de su belleza? Sí, desde luego, la belleza era importante y la chica era preciosa, pero Quissilo era uno de esos casos en los que la pura hermosura física iba acompañada de un maravilloso atractivo interior. Y ahora la había perdido.

Para siempre.

Por la mañana, se lavó, besó la talla de Quissilo, y con el tallante, la destrozó. Lo hizo despacio, como si temiera hacerle daño a la chica. No era el suyo un acto de venganza ni de rabia. Era solo la imperiosa necesidad de borrar de su mente el sueño más improbable que jamás había tenido.

Volvió al capitel y empezó a tallar aquellos dos leones que devoraban un cordero, pero esta vez, la pieza se convirtió en una cabra. Lo hizo para evitar que la Iglesia pudiera hacer interpretaciones erróneas, y así, además, se adaptaba al simbolismo establecido. Lo más noble del corazón de los hombres devoraba al diablo y, con él, al pecado. Sobraba algo de piedra, por lo que, sobre los leones, talló tres hojas de acanto.



Capitel en la iglesia de Fruya (Agüero, Huesca)

Al maestro Migne le gustó, pero como de costumbre, no dejó que ninguna expresión dejara traslucir lo que pasaba por su cabeza.

— Estaba pensando... — dijo —. ¿Por qué no vas a trabajar a Agüero? Por lo que me ha contado Pericho, tallas en un claro en el bosque. Puedes hacer lo mismo, pero allí. Tú te evitarías llevar y traer las piedras y yo transportarlas hasta Agüero.

No había nada que lo retuviese allí, por lo que no le importaba ir a cualquier sitio.

—De acuerdo —dijo Luño—, pero necesitaré un par de días para recoger mis cosas.

El joven subió a Castiello y de allí a su claro del bosque. Envolvió sus herramientas, miró las tallas de la pared de roca y se acercó donde había estado la de Quissilo. Ahora solo quedaba una piedra lisa, donde se intuía que algo había sido tallado, pero que jamás nadie, excepto el herrero, sabría qué fue.

## 4. Santiago de Agüero

Salió de Jaca y se encaminó hacia Ayerbe. Al pasar por el desvío del camino real hacia Berdún, recordó a Sor Josefa de Loarre y decidió ir a la iglesia conventual para saludarla y, de paso, ver cómo iban las obras.

— ¡Luño, qué alegría! — exclamó la monja al verlo—. Ven, mira cómo están las obras, ¡ya tenemos la iglesia y el cenobio! ¡Solo falta acabar la torre, rematar las tallas del claustro y adecuar y bendecir la construcción para poder celebrar misas! Hasta hemos decidido la advocación, será el convento de La Santa Cruz. ¡Comerás aquí, claro! No hay discusión al respecto, pero cuéntame, ¿qué haces por estos lares?

— Tengo un encargo como tallista — respondió Luño.

— ¿Como tallista? ¡Pero si el Tribunal del gremio te prohibió tallar!

— Sí — contestó él —, pero en realidad, aunque me paguen, trabajo en secreto para el maestro Migne. Firmaré mi obra con su *me fecit*, como si no lo hiciese yo, pero a mí lo que me gusta es tallar, no me importa...

Tras una abundante vianda, Luño continuó:

— ¿Sería posible, hermana, ver el capitel que me acarreó tantos problemas?

— Claro que sí, ven, ¡y además, verás el claustro! — Sor Josefa lo llevó afuera, a la parte del edificio en el que estaba ya puesto el capitel. En el otro extremo, en un rincón, se veía la figura encorvada del viejo maestro Vincent, que seguía tallando más piezas con un nuevo aprendiz. Se acercó para ver en qué estaba trabajando y el anciano levantó la cabeza. Al ver a Luño, se le avinagró la cara.

— ¿Tú? ¿Qué diablos haces aquí? — le espetó a Luño—. No te dije que...

En aquel momento, se interpuso la monja.

— ¿He oído nombrar al maligno en mi convento? ¿Eres consciente de que esta es una casa de oración? Espero que no se repita jamás, porque si vuelve a suceder, tendré que informar a la abadesa, y ella se lo comunicará al abad de San Juan, y ya veremos cómo acaba la

cosa... Además, señor, Luño es un invitado de la comunidad y se le debe el más absoluto respeto y amabilidad. Límitese a su trabajo y procure acabar lo antes posible, sus constantes martilleos desasosiegan a las hermanas y las distraen de sus obligaciones.

El maestro Vincent resopló, pero no le quedó más remedio que callar y seguir con lo que estaba haciendo.

Cuando Luño partió, llevaba en su zurrón varios ricos manjares, además de un tarro lleno de miel. Le alcanzó la noche en el camino y buscó un claro donde dormir. Cenó copiosamente, bendiciendo a la monja y, de postre, con los dedos, se comió parte de la miel.

A la tarde siguiente, llegó a Agüero, cerca de Ayerbe, donde se estaba construyendo la nueva iglesia. Le recibió un caballero con la cruz del Temple en el pecho, pero sin la presencia de otros símbolos de la Orden. Al contrario: sucio, con las manos llagadas, delgado como un muerto. Se llamaba Fruya.

– Buenos días – saludó Luño –, me envía el maestro Migne.

– ¿Tú eres el nuevo tallista? Bien. He hecho la promesa a Dios, Nuestro Señor – explicó mientras se santiguaba – de construirle una iglesia con mis propias manos para redimir mis muchos pecados, pero en una sola vida me es imposible y he contratado a algunos canteros para que me ayuden. Sin embargo, las tallas... Eso me queda muy lejos.

– Las haré lo mejor que pueda, y más con tan noble propósito, señor – respondió Luño.

– Eso es lo que se espera de ti. Piensa que esta, que será una gran iglesia, no es solo para mí, sino para la Orden del Temple, por eso he elegido la llave del Templo de Jerusalén como mi marca de cantero. Supongo que sabrás lo que significa eso.

Luño asintió, conocía de sobra el poder de la Orden.

– Y no solo eso – continuó Fruya –, sino que ha sido el mismísimo Príncipe de Aragón, Ramon Berenguer, quien nos ha hecho llamar y nos ha dado dinero para que fundemos aquí monasterios templarios<sup>4</sup>.

El sitio estaba cuidadosamente escogido, pues siendo la principal misión del Temple guardar los caminos de peregrinación, estaba en

un promontorio que dominaba todo el valle del río Gállego por el que acudían los peregrinos de Santiago a Zaragoza para visitar a la Virgen del Pilar, ya que ésta, según la tradición, se le apareció en carne mortal al apóstol. Así, muchos de los peregrinos se desviaban para ir desde allí a Pamplona y continuar su viaje hasta su tumba en Compostela. Estaba levantado parcialmente el goat, el andamiaje de madera y gran parte de los tres ábsides que tendría la iglesia, incluyendo unos frisos historiados que debía haber tallado el maestro Migne o alguno de sus discípulos.

A Luño le gustó Fruya. Le agradaba que todo un caballero de la Orden del Temple se bajara de su caballo y se mezclase con los canteros para construir la iglesia.

—Lo primero que debes hacer —le indicó Fruya— son los signos herméticos de la Orden, pero no quiero que estén en los capiteles, sino en los canecillos. Así será más discreto, ¿no crees?

—Sí —respondió el tallista—, pero se verán menos...



Marca de cantero de Fruya (Iglesia de Santiago de Agüero)

—No me importa —replicó el caballero—. Quien debe reconocerlos, los reconocerá. Sobre el dintel de la puerta debe haber un caballero mirando hacia abajo, señalando que la Orden vigila. No me importa cómo lo hagas, pero debe estar allí. Quiero además un león, simbolizando la bravura y la nobleza; un águila, representando la nobleza del corazón de los hombres; un dragón que simbolizará el pecado al que hemos de vencer; un lobo, que es el conocimiento interior y, como concesión a mí mismo, quiero una doncella, pero tiene que estar con su ama, para que quede bien clara su virginal condición.

—Señor, con todo respeto, ¿quién es la doncella? —preguntó Luño con curiosidad—. Necesitaría una descripción para poder representarla mejor.

Fruya llevó a Luño aparte.

—Es Talesa, a la que amo como jamás haya amado a nadie. Sigo secretamente enamorado de ella, pero hace ya años que ingresé en la Orden, y por lo tanto, que hice mi voto de castidad. Tuve que alejarme de ella, pero precisamente por eso, el mío es el más puro y noble de los amores. No te diré más que su nombre, ya que es de noble familia, pero es rubia y suele hacerse una larga trenza, sus ojos son del color de la miel, y como la miel, dulcísimos, y ella... Ella es la más exquisita de las damas, la más amorosa de las mujeres, la más tierna...

Luño sonrió, pues aunque podía pintar la piedra con el color del pelo y de los ojos, era imposible tallar dulzura, castidad, amor o cualquier otra cualidad.

—Pero, señor —interrumpió el tallista—, no se pueden reflejar en la piedra cualidades del alma ni del corazón. —Pero a estas alturas, Fruya no le escuchaba. Seguía hablando de su enamorada como si no hubiese otra cosa en el mundo. El joven tallista le dejó desahogarse, y de repente, el caballero dejó de hablar de Talesa y se dirigió de nuevo a él.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

Luño le contestó de nuevo.

—Señor, soy el tallista que envía el maestro Migne para decorar vuestra iglesia y...

—¿Te gustan las estrellas? —le espetó Fruya.

—Claro —dijo Luño—, son bellísimas y suelo mirarlas, pero sólo soy un tallista, un humilde artesano y no sé mucho de ellas.

—Esta misma noche yo te enseñaré todo lo que hay que saber sobre el firmamento.

Luño pidió permiso para organizarse, pues acababa de llegar. El caballero se lo concedió y el joven se construyó, como mejor pudo, un pequeño cobertizo en el que dormir a cubierto o tallar si llovía, ya que no se le permitía entrar en la logia, la caseta donde trabajaban todos los canteros del gremio.

Era tarde cuando acabó. Lo que menos le había costado era montar el

cobertizo. Le había resultado más difícil encontrar un sitio más o menos alejado, pero suficientemente cerca, y sobre todo, que fuera bello, donde respirar armonía, donde su alma pudiese de alguna manera hacerse partícipe de la paz del bosque y sentir tranquilamente una soledad que, por otro lado, le resultaba cada vez más agradable.

Ordenó sus herramientas y salió del pequeño chamizo. Se tumbó en el claro que había escogido y miró al cielo. Había pasado ya el atardecer que tanto le gustaba, pero disfrutó de ese momento entre el ocaso y la noche, en el que todo es de color azul oscuro, pero tiene una luminosidad sobrecogedora. Hacía frío, por lo que, sobre el jubón que llevaba, se puso otro, colocó algo de paja dentro de las abarcas para evitar que se le enfriasen los pies y se fue hacia la obra para ver al caballero.

Fruya estaba de rodillas, con la espada frente a él y las manos apoyadas en los gavilanes rezando de cara a lo que sería el ábside central de la iglesia. Luño, respetuoso, se alejó un par de pasos para no molestarle, pero él le hizo una seña con la mano para que se acercase. Cuando Luño estuvo a su lado, el caballero levantó el brazo, le aferró por el hombro y le arrodilló sin dejar de rezar. El joven oró un rato junto a Fruya hasta que por fin éste se santiguó y se levantó. Guardó la espada en su funda, le pasó el brazo sobre el hombro y comenzó a caminar con él.

—Dime, ¿quién eres y qué haces aquí?

—Señor, soy Luño, el nuevo tallista que manda el maestro Migne desde Jaca. Vos me mandásteis venir aquí al caer la noche...

—Luño... —dijo para sí el templario—. Y dime, Luño, ¿te gustan las estrellas?

—Sí, mucho, aunque no las conozco por sus nombres.

El templario le llevó colina arriba, hasta encontrar un repecho. En él, Fruya había marcado un círculo en el suelo y había colocado gruesas piedras en los cuatro puntos cardinales.

Con su espada, empezó a señalarle las constelaciones.

—Ursus Major, Ursus Minor, Cetus, Draco, Lybra, Scorpius,

Pegasus... Hay más, muchas más, pero no siempre se ven, depende de la época del año, pero siempre pasan por el mismo sitio, continuamente son las mismas...

A Luño siempre le habían fascinado las estrellas, pero ahora veía una nueva dimensión de ellas que jamás había imaginado. Aquellos pequeños farolillos en el cielo, de alguna forma, le recordaban que realmente existía Dios.

¿Cuántas noches había pasado mirando al cielo? Le sobrecogía su brillo, su titilar y se sentía más pequeño aún.

El templario le enseñó a reconocer cada una de las constelaciones, sus astros principales y los poderes que tenía cada uno de los signos. Se les hizo de día.

Fruya fue directamente a trabajar, pero Luño no estaba acostumbrado, por lo que, al pasar por la iglesia en construcción, recogió un canecillo sin tallar y se fue a su pequeño cobertizo. Despertó a la hora de comer y comenzó a tallar la figura de Talesa, la enamorada de Fruya, con el ama al lado, como estaba convenido.

¿Por qué no podía evitar un escalofrío en el momento de empezar a tallar? ¿Por qué todo desaparecía cuando golpeaba con el cincel?

Cuando se quiso dar cuenta, era noche cerrada. A la luz del pequeño farolillo de aceite había dado los últimos toques a Talesa. Se alejó para observarla. Como de costumbre, no le terminó de gustar, pero cumplía perfectamente los deseos del caballero. Tenía una larga trenza que le cruzaba el pecho y las manos castamente cruzadas sobre el vientre. La cabeza girada hacia la izquierda, mirando a un ama que, de momento, solo era un bulto en la piedra.



Detalle de canecillo con la imagen de Talesa y su ama (Iglesia de Santiago de Agüero)

Sonaron unas ramas y apareció Fruya, espada en mano, los ojos inyectados en sangre, temblando de ira.

– ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Luño, muerto de miedo, se arrodilló ante él.

– Soy Luño, señor, soy el tallista. Anoche estuve con vos mirando las estrellas, señor, oramos juntos ante la cruz de vuestra espada.

El templario se calmó y cayó de rodillas en el suelo; con una mano se frotó la frente.

– Perdón, Luño... Yo... ¡¡Talesa!! ¡¡Talesa!! Tantas batallas... Jerusalén, la guerra, esa maldita cruzada... ¡Madre! ¡Madree!

Cayó de bruces y empezó a llorar llamando a su amada y, de vez en cuando, a su madre. Luño se acercó a él, le levantó del suelo y le llevó hasta la talla de Talesa.

– Aquí tenéis a Talesa, señor, es vuestra amada.

Fruya se abrazó a ella como si no existiese nada más. Luño se dio cuenta de golpe. El caballero estaba loco. Quizás había participado en demasiadas batallas, quizás tenía demasiada sabiduría, quizás demasiado amor.

De repente, Fruya sacó de su bolsa un buen pedazo de resina de pino, cortó un trozo con su daga y se lo ofreció al tallista. Luño lo aceptó y ambos comenzaron a masticar aquella sustancia gomosa de tan agradable sabor. Tras un largo silencio, el caballero se dirigió de nuevo a Luño.

– Dime, ¿te gustan las estrellas?

– Sí, señor, me gustan mucho –respondió un tanto consternado–, anoche estuve con vos mirándolas y me dijisteis sus nombres y sus poderes.

– Sí..., anoche te lo expliqué... Estuvimos juntos...

Fruya hizo ver que se acordaba, pero no pareció recordarlo en absoluto.

– Esta noche –continuó– te enseñare más. Ven a cenar a mi tienda, luego iremos a ver el firmamento...

El resto de canteros comenzó a mirar al joven tallista de mala manera. Luño se dio cuenta, pero no le quedó más remedio que entenderlo, ya

que era él quien se había apartado de todos nada más llegar y solo hablaba con el caballero. Por otro lado, Luño sabía que poco podían aportarle, así que le daba igual. Recordó la temporada en la que estuvo trabajando en la cantera. Toda aspiración en la vida de aquellos trabajadores era sacar piedra y conseguir unos sueldos para poder gastarlos en la taberna el mismo día de cobro o bien en prostitutas. Por un lado, les compadecía, y por otro, les despreciaba.

Tras cenar, ambos fueron a pasear por los alrededores de la iglesia, y de repente, Fruya comenzó a contarle a Luño una verdad que nadie sabía sobre las cruzadas.

—Las cruzadas... ¡qué bonito suena desde aquí! Luchar por Dios y nuestra fe... Pero no sabes las muertes y los sufrimientos que cuestan. He visto heridos agonizar durante días, gritando de dolor; he visto el campo de batalla lleno de cadáveres pudriéndose al sol del desierto, he olido su hedor. ¡Dios, cómo apestaban! He visto a la Orden saquear, asesinar, torturar, violar... No, no es ese el comportamiento que cabe esperar de unos caballeros al servicio de Dios, y yo lo discutí con el Maestro de mi encomienda, pero no me escuchó. Me contestó que solo eran sarracenos, infieles a los que había que eliminar, que a Dios le agradaba..., pero yo insistía en que, según la Biblia, todos éramos hijos de Dios y se rio en mi cara.

Conforme iba hablando, se iba exaltando más. Su voz se quebró en un llanto nervioso.

—Un día, no sé en qué ciudad que habíamos tomado y estábamos saqueando... No sé. No sé qué me pasó... Entré en una de las casas, para buscar algo de valor, y allí... allí había una joven sarracena sentada en un rincón, mirándome aterrorizada. Me dejé llevar, le arranqué el *kaftan* y comencé a violarla. Su madre vino a defenderla, y... y yo... saqué la espada y la maté. Cuando acabé con la joven sarracena, le corté la cabeza, pero pronto comenzaron mis remordimientos. Cuando busqué consuelo en mis hermanos, me dijeron que no sólo era lícito, sino que además era del agrado de Dios, pero todos... todos somos hijos de Dios..., incluso ella. Desde aquello, poco a poco, me fueron relegando, no me volvieron a permitir entrar en combate y me enviaron al reino de Aragón.

Luño calmó como pudo al caballero y regresaron a la tienda. Fruya estaba como hipnotizado. Tenía los ojos fijos y caminaba dando tumbos, arrastrando los pies y tropezando.

El tallista pensó que era su propia nobleza la que le reducía a ese estado. Cuando se calmó, sacó el trozo de resina que siempre llevaba encima, cortó un trozo con su daga y comenzó a masticarla pensativamente. Luego se escurrió despacio, dejando al caballero solo con sus remordimientos y sabiendo que, dentro de un rato, no recordaría nada de lo ocurrido.

A la mañana siguiente, cogió el rastrón y fue a la iglesia para bajar una de las piedras que estaba preparada para los capiteles. Talló a Fruya luchando contra un sarraceno.



Fruya luchando contra un sarraceno (Iglesia de Santiago de Agüero)

Cuando el caballero lo vio, le dijo:

– Admito ser tallado en el capitel, pero a condición de que, en otro, plasmes a la sarracena a la que tan cruelmente maté. Si bien es cierto que le quité la vida, también es cierto que en mi iglesia la haré vivir por los siglos de los siglos.

Luño se vio metido en un compromiso, pues la iglesia le podía acusar de herejía. ¿Cómo podía reflejar a una joven sarracena sin que le acusaran a él de no ser cristiano viejo? Pensó en el Obispo e imaginó lo que diría si lo viese. Desde luego, no le iba a gustar. De repente, recordó el pasaje bíblico de Salomé, y sabiendo que nadie le diría nada por tallar un pasaje de la Biblia, comenzó a dar forma a la piedra. Mientras trabajaba, recordó a Quissilo. ¿Qué habría sido de ella? ¿Sería feliz con Aimonio? Era curioso, por fin él había conseguido lo que quería. Su obra salía a la luz. Era tratado como si fuera un auténtico maestro, se codeaba con un caballero de la Orden

del Temple, y sin embargo, le faltaba algo. No quiso pensar más en ello y siguió con su labor.

Cuando se cansó, se tumbó en el bosque y se quedó ensimismado observando los árboles. Sin saber por qué, uno de ellos le llamó la atención y lo miró directamente. Se dio cuenta de golpe. Aquel árbol, aquel nudo se parecía al Obispo. Sonrió, afiló el cincel y se dirigió hacia él para terminar lo que la naturaleza había comenzado. Ahora sí disfrutaba. Sabía de antemano cuál debía ser el próximo corte, casi adivinaba la cantidad de madera que debía quitar para que la figura apareciese en todo su rollizo esplendor. Disfrutaba sacando a ese hombre de su encierro de madera. Sonreía mientras ayudaba a que aflorasen las lorzras de grasa de la prominente barriga. Ahora era de nuevo él mismo. Ahora no había nada ni nadie que le ordenase lo que debía esculpir. Ahora Luño tallaba porque le salía de lo más profundo de su ser, lo que el propio árbol le había pedido que liberase. En ese momento, se dio cuenta de lo que le faltaba. Una cosa era tallar y otra muy distinta ser cómplice, parte de la escultura. Se podía llegar a dar forma a cualquier material: barro, madera, roca, metal, pero la creación solo era auténtica, pura, cuando el material era cómplice. Cuando era la propia pieza la que pedía nacer. Era, en definitiva, la libertad. No sólo la suya, sino la de la creación, la de la madera, la de la roca. La libertad del águila, que volaba por donde quería, sin más limitación que su propia voluntad. El río dejaba de ser río en el momento en que era convertido en acequia, en que era encauzado, en que perdía su caudal natural. Cada piedra, cada trozo de madera llevaba su propia figura dentro. Era, desde luego, maravilloso poder crear, poder sacar casi cualquier cosa de casi cualquier material, pero la sensación de libertad, de grandeza que le producía dejar que fuese el propio material el que se expresase por sí mismo, permitir que fuese su corazón, su alma, quien dictase sus golpes era inigualable. De nuevo, se sentía Dios.

Cuando terminó, se alejó de la figura, la miró sonriendo y la destrozó. No le dolió hacerlo. Sabía que si alguien la veía y reconocía en ella al Obispo, podía tener graves problemas y lo único que deseaba en realidad era disfrutar de ese momento de creación, dejar que, de

nuevo, se apoderase de él la locura, saberse vivo.

Se sentía limpio, puro, nuevo. Sin darse cuenta, había ido dejando que la rutina se apoderase de él. Recordó a los canteros y lo clara que había visto a través de ellos la trampa de la sociedad, por lo que decidió que, al menos aquella tarde, se la tomaría libre porque sí, porque le daba la gana, porque no debía nada a nadie y el mundo, sin embargo, le debía su creación.

No haría nada especial. Quizás se limitase a mirar el atardecer, quizás a escuchar al bosque o simplemente a pensar en Quissilo e imaginar lo que hubiese sido su vida con ella.

El atardecer le sorprendió y los pájaros, poco a poco, iban dejando de cantar y la fresca brisa de la noche montañesa se empezaba a dejar sentir. Luño se envolvió en su jubón y respiró profundamente. Respiró el anochecer, respiró el silencio, el amor que sentía por Quissilo, respiró las dos pequeñas nubes que competían con el sol del ocaso en color y luminosidad, respiró paz.

Los paseos con Fruya se hacían cada vez más habituales y Luño aprendía del templario los secretos de la Orden. El significado del bausán, la bandera templaria a cuadros blancos y negros, la dicotomía del bien y el mal, sus conocimientos herméticos y alquímicos. Sobre todo, profundizaba sobre la simbología. Era como en la talla. Todo, absolutamente todo tenía su significado. Nada existía por casualidad, por estética o porque sí. Todo tenía un porqué. Aprendió de Fruya también el gran secreto de los iniciados y quién era en realidad María Magdalena. Comprendió entonces la veneración de la Orden por la Virgen, como representación no blasfema de la sangre real. La *sangre real*. El Santo Grial. El santo vientre de la esposa de Cristo que transfirió su santa sangre.

El otoño había alfombrado su pequeño campamento con hojas doradas a las que la humedad del bosque mantenía siempre mojadas y a Luño le resultaba muy extraño caminar sobre ellas sin hacer el más mínimo ruido. Casi siempre llovía al atardecer y las noches eran ya realmente frías. Su amistad con Fruya se había consolidado y había aprendido una gran cantidad de cosas, sobre todo sobre estrellas, y muchos de los secretos de la Orden del Temple. Sonrió pensando en

él. Aquel maldito loco le había contagiado la manía de masticar resina y en la bolsa en la que ahora siempre había algunos sueldos jaqueses que el maestro Migne se encargaba de hacerle llegar, no faltaba nunca una bola de goma.

Cargó sobre el rastrón la primera pieza del dintel del pórtico, el modillón, en la que se podía ver un basilisco devorando a un hombre. Sólo tenía un pie dentro de su boca. El león, Cristo en la simbología románica, acababa con su vida. En el segundo modillón, tallaría el mismo león, pero esta vez era el hombre quien salía de su boca. Desnudo, tal y como nacemos, y de cabeza. En los modillones quería representar la muerte y la resurrección.



Modillón de la muerte (Iglesia de Santiago de Agüero)



Modillón de la resurrección (Iglesia de Santiago de Agüero)

Se alejó unos metros para ver el conjunto de piedras ordenadamente colocadas en el suelo, listas para subirlas a los muros de la iglesia. Sonrió. Era su primera iglesia. Ahí estaba su obra, esperando a ser colocada en la construcción. Lista para ser admirada por el mundo pese al maldito Vincent, pese al gremio, pese a todo.

Recogió más piedras de las que se rompían al ser talladas, cargó con ellas el rastrón y bajó sin poder dejar de sonreír a su pequeño cobertizo.

Las colocó en la pequeña chimenea que se estaba construyendo. No hacía falta subirla más, así que tapó con brezos el agujero del techo y se metió dentro para encenderla.

Ahí, en el interior de su pequeña choza, con el fuego crepitando, oliendo a madera quemada, junto al agradable calor y su primera obra esperando a ser colocada, Luño era el hombre más feliz del mundo.

Se tumbó en el catre de brezo y dejó que sus ojos se perdieran en el techo.

De repente, se despertó. Alguien o algo le lamía la mano. Se incorporó de golpe y vio cómo un cachorro de mastín, asustado por el brusco movimiento, se sentaba en el suelo mirándole con los ojos como platos.

Le dio algún resto de comida, que el cachorro devoró ávidamente antes de marcharse.

Cuando despertó de nuevo, no se oía nada. Habían enmudecido los pájaros que habitualmente le hacían abrir los ojos. Extrañado, salió fuera. Había caído la primera nevada del invierno. Al dar los primeros pasos, se sorprendió con el crujido de la nieve bajo sus pies. Cada invierno le sucedía lo mismo y siempre le parecía que aquel manto hacía más ruido que el año anterior. Luego se acostumbraba y casi mágicamente dejaba de sonar. El ambiente era frío, muy frío, pero al no soplar aire, se soportaba bastante bien. A Luño le gustaba el olor del invierno. Ese olor a frío, a humedad, a renovación... Se diría que el bosque, la montaña, el cielo, todo cuanto le rodeaba se cubría con un blanco sudario para volver a nacer de nuevo en primavera. El aire se volvía mucho más limpio, mucho más transparente, no como en verano, que parecía siempre lleno de polvo. Las distancias parecían más cortas y todo tenía el aspecto de estar mucho más sereno.

Limpió de nieve una de las piedras que había traído para la chimenea y se sentó en ella mirando a un bosque que, de pronto, adquiría un tinte solitario y misterioso. De no ser por el verdor de los pinos, se diría que estaba todo muerto.

De repente, un estrepitoso ruido le sacó de sus pensamientos, y al girarse, descubrió el cachorro de mastín que corría hacia él dejando un profundo surco en la nieve. Luño le acarició la cabeza y, sabiendo a lo que venía, lo metió en la choza para darle de comer. Al cogerlo se

dio cuenta de que estaba empapado, por lo que encendió la chimenea para que pudiese secarse.

Aquel cachorro era como la *boira*, aquella niebla de la cima de las montañas que aparecía de golpe y se quedaba en la cumbre hasta que se desvanecía de la misma imprevista forma. Cuando el cachorro terminó de comer, se tumbó junto al fuego mirando directamente a Luño, que le acarició de nuevo y salió fuera para seguir disfrutando de la primera nevada del invierno. De repente, se dio cuenta de que el cachorro también había salido de la casa y estaba junto a él. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Luño no fue capaz de saberlo. Se levantó para subir a la iglesia y vio que el cachorro le seguía. Lo recogió y lo metió dentro de la choza cerrando la puerta tras él y le sorprendió no escucharlo llorar.

Le gustaba el carácter del perro. Se limitaba a vigilar a Luño sin mendigar una caricia. Era un perro independiente y orgulloso. Cuando llegó hasta él, no tenía aspecto de estar mal alimentado, por lo que parecía no necesitar a nada ni a nadie, y lo suyo con Luño tenía más el aspecto de un pacto mutuo que de una adopción.

Cuando llegó a la iglesia, se encontró con el maestro Bellido. Tras él, solapándose, estaba el maestro Vincent.

Le habían visto, ya no tenía posibilidad de esconderse. Pensó que lo mejor sería ir a su encuentro y saludarles. Después de todo, no llevaba el rastrón ni ninguna otra herramienta, por lo que, aunque lo imaginasen, nunca podrían asegurar que estaba tallando.

– Buenos días, maestro Bellido – saludó Luño ignorando a Vincent.

– ¿Qué haces aquí? Se te prohibió inmiscuirte en las artes del gremio – contestó Bellido duramente.

– Y no me he inmiscuido, maestro – respondió el tallista –. Viajo de pueblo en pueblo. Vivo de la caridad de las buenas gentes. Cuando iba hacia Agüero, vi la obra y sentí curiosidad, así que me acerqué a ver cómo iban los trabajos... Eso es todo.

De reojo, Luño pudo ver cómo el maestro Vincent sonreía malignamente. Había visto las tallas y había reconocido de inmediato su peculiar estilo, aunque él no entendía por qué perdía la ocasión de volver a denunciarle.

El maestro Bellido llamó al maestro de obras.

—Soy el maestro Bellido —le dijo—, representante del gremio de tallistas de Jaca. Necesito hablar con el responsable de la construcción.

El maestro de obras fue rápidamente a avisar a Fruya.

Tras una media hora, apareció el caballero. Fruya estaba impresionante. Se había puesto la cota de malla y, sobre ella, la vesta blanca con la cruz roja de la Orden. Llevaba la espada al cinto y una daga metida en él.

—Soy Fruya, caballero de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo o del Temple, si lo preferís, perteneciente a la encomienda de Huesca. Soy el máximo responsable de esta construcción. ¿Qué deseáis?

—Señor, mi nombre es Bellido y soy el representante del gremio de tallistas de Jaca. Detrás de mí, veis al maestro Vincent, mi sucesor. Querriamos saber quién está haciendo las tallas de esta construcción.

En ese momento, Luño movió los ojos de lado a lado indicando al caballero que no lo dijese, rogando al cielo que por esta vez la locura respetase el entendimiento de Fruya.

—El encargado de las tallas es el maestro Migne, de Jaca —contestó el caballero tranquilamente—. Me sorprende que no lo sepáis.

En ese momento, se adelantó el maestro Vincent, que se había mantenido en un segundo plano, y le preguntó con una cínica sonrisa:

—Señor, ¿estáis seguro? Mirad que yo conozco bien el estilo del maestro Migne y no se parece mucho a este.

Fruya se le quedó mirando como si de repente no entendiese nada. Luño deseó con todas sus fuerzas que el caballero mantuviese su palabra, y de repente, comenzó a ponerse rojo. Todo estalló en una fracción de segundo. El templario sacó la espada de su funda y comenzó a perseguirles dando mandobles y gritando como un poseso.

—¿Cómo os atrevéis a dudar de la palabra de un caballero, de un templario? ¿Quiénes sois para cuestionar mis afirmaciones, malditos patanes? ¡Mucho coraje debéis tener para afrentarme de ese modo!

Bellido y Vincent empezaron a correr de un lado a otro, totalmente desconcertados. Bellido, más anciano que Vincent, se fue retrasando hasta que cayó al suelo. Como pudo, giró la cabeza y, al ver que Fruya se le echaba encima, optó por la única salida: arrodillarse y rezar una oración mientras veía llegar a la mismísima muerte en forma de caballero. Fruya llegó hasta él con los ojos desorbitados, sudando a pesar del frío, levantó la pesada espada y descargó sobre su espalda un fuerte golpe con la hoja de plano. De repente, se hizo el silencio. Todos creían que había cortado al anciano por la mitad y hasta él mismo lo pensó, pero al darse cuenta de lo sucedido, se levantó del suelo como pudo y salió corriendo despavorido monte abajo. Cuando los trabajadores y el mismo Luño entendieron lo ocurrido, rompieron a reír, mientras el caballero salía de nuevo tras ellos.

Cuando Fruya regresó, ordenó a todos que volviesen al trabajo y a Luño que fuese a su tienda.

– Dime, Luño. Explícame por qué me he visto obligado a mentir.

– Perdón, señor. El maestro Vincent era mi antiguo maestro y el Tribunal del gremio me prohíbe tallar. Pero el maestro Migne me dijo que lo había arreglado todo, que podía venir a trabajar sin ningún problema... Nunca pensé en crearos el más mínimo conflicto.

Terminada la conversación, Luño bajó a su choza. Se sentía avergonzado por haber puesto a Fruya en esa situación. Realmente no era culpa suya, pero de alguna manera tenía la responsabilidad final. Se sentía mal, pues una de las cualidades que más admiraba en el caballero era su total y absoluta rectitud.

Se consoló pensando que, dentro de muy poco tiempo, el templario no recordaría nada de lo que había sucedido.

---

<sup>4</sup> Al parecer, este y otros privilegios y donaciones los dedicó el príncipe a compensar a los templarios por su renuncia al Reino.

## 5. Un asesinato

Habían pasado algunos días desde el incidente con Bellido y Vincent, y a Luño le había dado tiempo a pensar. Realmente había estado bien ver a los dos maestros correr como alma que lleva el diablo, pero aquello no traería buenas consecuencias. Al fin y al cabo, se trataba del representante del gremio y su sucesor. Eran reconocidos y tenían poder. Además, conocía a Vincent. Había hecho el ridículo y eso no lo perdonaría. Buscaría cualquier artimaña para poder vengarse, como lo había hecho ya, porque estaba seguro de que la visita a la obra había sido eso, una venganza por la reprimenda de Sor Josefa de Loarre.

Subió a ver las obras. Ya estaba levantado el ábside, triple, como correspondía a una iglesia importante. Se acercó para ver el friso, y aunque no era obra suya sino del maestro Migne, le gustó el trabajo. Allí estaba, como el caballero había dispuesto, la leyenda en imágenes. Los búhos simbolizando la sabiduría y el don de la observación; las garzas, hablando del camino, y todo ello conduciendo al pantocrátor, a Dios.

No se cansaba de mirarlo. Recordó al viejo Pericho y su dificultad para descifrar la simbología y no pudo menos que sonreír. Le agradeció su ayuda en silencio. Desde la primera maza que le vendió hasta su contacto con el maestro Migne. Realmente, el balance era ecuánime. Si bien por un lado el maldito Vincent no perdía ocasión para perjudicarlo, por otro había conseguido encontrar a gente dispuesta a ayudarlo en todo lo posible.

El gremio. La maldita estructura social que regulaba absolutamente todos los aspectos de la vida. Y la estúpida sociedad que, como un rebaño de ovejas, seguía todos los caminos que marcaba el pastor. Se sintió solo. Quizá el loco no era Fruya, sino él. Quizá no valía la pena tallar para una sociedad que no merecía que nadie la sacase de su cerrazón. Una sociedad que no se había ganado conocer su trabajo ni disfrutar de él.

Bajó a la pequeña cabaña, dio de comer al perro y se dispuso a tallar una de las piedras que había bajado para la chimenea. Estaba resuelto

a hacerlo porque sí, por el placer de crear. Porque nada ni nadie de ahora en adelante le diría lo que tenía que representar. Porque era ella, la piedra, la que debía decir la última palabra.

Comenzó a golpear y se sorprendió a sí mismo escuchando de nuevo el metálico canto del cincel. ¿Cómo era posible que, tras tanto tiempo tallando, lo sintiese como la primera vez? Había entrado tanto en la rueda, que hasta había olvidado las sensaciones que le proporcionaba la talla. Se había estado conformando con una situación cómoda, y realmente, si miraba atrás y veía su obra, no estaba del todo satisfecho con ella. Recordó las claras noches en que, junto a Castiello, había destrozado esculturas mejores que las que ahora se exhibían en la iglesia de Fruya. ¿Cómo había estado tan ciego? Quizá la vanidad de ver sus obras en una iglesia le había apartado de su camino. No. No se dejaría llevar por la rueda. Daba igual sacar piedra que tallar si el motivo era el mismo. Se había estado conformando con un sueldo y con unas pobres adulaciones y también había luchado contra alguna crítica, pero se había limitado a sacar de la piedra lo que le pedían y no era eso lo que él deseaba. Él quería más. Mucho más. Él quería crear.

Sin darse cuenta, había acabado la pequeña talla. Ni siquiera pensaba en ella cuando golpeaba febrilmente pensando en todo aquello. Miró la figura sorprendido de sí mismo y de ella. Era Quissilo. De repente, volvieron a su mente los ojos de otoño de la muchacha, su nariz respingona y sus casi perfectos labios. Por enésima vez, se repitió a sí mismo que había hecho bien en no inmiscuirse en sus asuntos amorosos pues, de haberlo hecho, en aquel momento solo podría ofrecerle una pequeña choza, un cachorro de mastín y un montón de piedras, pero la echaba de menos. Recordaba con dulzura aquellos ratos a la orilla del río, cuando ella acababa su tarea. Podía ver su sonrisa, sus gestos y tenía en su mente, como si de un tesoro se tratase, el color de sus ojos cuando el sol los iluminaba directamente.

Cuando ya había anochecido, se metió en la cabaña, se aseguró de que el mastín no se quedase fuera, encendió el fuego y se quedó dormido pensando en ella.

De repente, sintió que una mano lo agitaba. Despertó alarmado y vio

a Fruya que le llamaba por su nombre.

— ¡Luño, Luño! Despierta, vístete y acompáñame.

Cuando Luño salió de su pequeña choza, Fruya, sin siquiera mirarle, comenzó a caminar hacia el observatorio. El tallista se adelantó hasta ponerse a su lado y entonces el caballero comenzó a hablar.

— El suceso de los maestros no traerá buenas consecuencias... Hasta puede ser que la Orden interrumpa la construcción hasta que el gremio designe a algún tallista reconocido por ellos. Pero yo he hecho una promesa. El dinero que el príncipe Ramon Berenguer ha donado para la construcción de la iglesia debe de ser solo para eso. Para su edificación.

Le enseñó entonces una bolsa llena de monedas de oro y otra repleta de joyas.

— Esto —le dijo— es lo que aún queda de la donación del Príncipe. Quedará enterrado bajo mi constelación, Cetus. A ti te encargo, si a mí me es imposible, que la iglesia quede terminada.

Llegaron al llano que Fruya había convertido en su observatorio. El caballero levantó la piedra que representaba a Cetus, y haciendo con su daga un profundo agujero, depositó ambas bolsas. Después, colocó de nuevo la piedra y se fueron a dormir.

No era un ruido ensordecedor, sino más bien inusual, como de varios caballos, ocho o diez, que galopasen juntos. Luño se asustó y subió corriendo a la iglesia. Allí estaba Fruya de pie pese a la temprana hora de la mañana.

Luño fue a preguntarle al caballero qué era lo que sucedía, pero él, sin dejar de mirar al fondo del valle, le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. Fruya miró hacia abajo, a lo lejos, y Luño le imitó, descubriendo una nube de polvo de nieve que ascendía desde el pie de la montaña. De repente, lo comprendió todo. La historia con Bellido y Vincent había trascendido y los hermanos templarios de Fruya venían a apoyarle y protegerle. Por fin llegaron. Efectivamente, eran templarios, como lo atestiguaban sus largas vestas blancas con las cruces rojas de la Orden. Venían de lejos sin casi pararse a descansar, a juzgar por la espuma que cubría a los caballos a pesar del frío. El que parecía ser el jefe, se bajó de su montura y se dirigió a

Fruya. Hablaron largo rato, en voz baja, y el caballero movía la cabeza en señal de negación. Un sargento templario, reconocible por su manto negro, y un escudero se colocaron también junto a Fruya, que comenzó a gritar.

—¡Nada, oidme bien, nada ni nadie me impedirá cumplir mi promesa!

Luego se volvió a Luño.

—¡Cetus, nos veremos en Cetus!

Ya no dijo nada más. El sargento templario había enterrado su daga en el corazón de Fruya.

El comandante de la expedición templaria se acercó al maestro de obras, sacó de su cinto una abultada bolsa de monedas, le pagó lo que se debía y le ordenó que abandonasen el lugar lo antes posible y con la máxima discreción, no sin antes advertirle de lo que sucedería si lo que acababan de ver era sabido. Otro caballero fue a buscar el caballo de Fruya, pusieron sobre él el cadáver de su dueño y se fueron tan rápidamente como habían venido.

Se hizo un silencio sepulcral. Todos los canteros comenzaron a recoger sus herramientas, y poco a poco y en silencio, se fueron marchando.

Luño se acercó donde poco antes estuviera su amigo. Solo quedaba una mancha roja que, despacio, era absorbida por la nieve volviéndose de un tono amarillento. Se arrodilló y dejó que sus lágrimas se mezclasen con la sangre de Fruya. Entonces comenzó a nevar despacio, mansamente, como si el cielo quisiera cubrir la sangre del caballero y con ello su ignominiosa muerte.

Al rato, Luño se levantó del suelo y miró la iglesia. Poco se había construido del proyecto del caballero, sólo tres ábsides, el pórtico y una pequeña parte de la pared frontal. Faltaba toda la techumbre, pero estaban los canecillos de sustentación de las vigas. Ni siquiera se había llegado a allanar el suelo y marcar la planta de cruz.

El gremio podía darse por satisfecho. El ridículo de dos inútiles había sido vengado con la muerte de un pobre loco. El gremio, siempre el gremio.

Luño subió al observatorio que había construido Fruya y desperdigó todas las piedras menos la que correspondía a Cetus. Luego bajó a su choza, sacó sus pocas pertenencias de ella y ató al cachorro del cuello. Salió y le prendió fuego, como si con ello destruyese la muerte de su amigo. Fue hasta la iglesia de nuevo y desde allí se dirigió al sendero que conducía al pueblo. El mismo que, solo unos días antes, recorrieran Bellido y Vincent envueltos en el más espantoso de los ridículos.

Cuando llegó al camino de Agüero, giró hacia la izquierda y descendió el valle hacia el río Gállego. Se sentó en la orilla y se limitó a ver pasar el agua. El cachorro se adelantó a beber y Luño dejó vagar sus ojos por las lisas rocas de ambas orillas. Se preguntó cuánto tiempo llevaría el río puliéndolas. Resiguió con la mirada las suaves formas redondeadas que hablaban por sí solas de la historia del río, de sus crecidas, de sus bajadas, de su ímpetu en el deshielo de primavera y de su mansedumbre en el caluroso verano. Descubrió el fantástico color verde del agua y se dejó emborrachar de toda aquella belleza. Al caer la noche, se envolvió en una gruesa piel de cordero y se tendió allí mismo a esperar a que le venciera el sueño.

Fue una noche muy larga. Cada vez que intentaba dormir, volvía a su cabeza la escena de la muerte de Fruya o se despertaba de golpe, sobresaltado, y el sonido del río le recordaba el galopar de los caballos. Ya desvelado, buscó en el cielo la constelación de Cetus y se quedó mirándola, esperando alguna señal del caballero. No la hubo. Nada en el universo parecía haber cambiado por el crimen que se había cometido.

Comenzó a salir el sol y Luño decidió esculpir en la piedra del río el asesinato de su amigo. Sabía que no duraría mucho, pues la corriente lo iría borrando poco a poco, pero también sabía que esa era la única lápida que tendría el caballero.

Cuando acabó, pensó que lo mejor sería dirigirse de nuevo a Jaca para hablar con el maestro Migne, pero no se sentía nada bien. Tan pronto tenía frío como calor. Boira, pues así había acabado llamando al cachorro, le seguía ya sin ningún problema, por lo que había dejado de atarlo. Pensaba en los tres días que había estado tallando en el río.

No le había hecho ningún bien estar tanto tiempo metido hasta la cintura en el agua helada.

Cerca del cruce del camino real con Berdún ya no pudo más. Se dejó caer al lado del camino, decidido a descansar a toda costa.

## 6. San Juan de la Peña

Cuando despertó, inexplicablemente se encontraba bajo techo. O más exactamente, bajo roca. Estaba en una especie de cueva de cuya pared salían unos arcos que soportaban unas bóvedas. Alguien con hábito talar se le acercó. Era un monje cluniacense.

— ¿Qué... qué hago aquí? ¿Dónde estoy? —le preguntó Luño.

— Tranquilo —respondió el monje—, estás en el monasterio de San Juan. Te encontramos en el borde del camino real, enfermo de fiebres, y te trajimos aquí. Llevas aquí tres días bajo mis cuidados. Soy Eximino, el enfermero del monasterio. Pero no te preocupes, ya no corres peligro. Bebe esta poción y descansa. Ahora es lo que más necesitas.

Cuando abrió los ojos de nuevo, allí seguía el monje, con la amarga poción que hizo beber a Luño.

— Bueno —dijo Eximino—. Este es el último cuenco que tendrás que tomar. Ya sé que es amarga, pero es lo que te ha curado. ¿Cómo te encuentras?

— Mucho mejor —respondió—, ya no tiritó, ni tengo aquella desagradable sensación de tener tan pronto frío como calor..., pero me encuentro débil.

Eximino sonrió.

— Es normal —le contestó—. Llevas cuatro días sin comer nada más que un poco de sopa que dejaba caer por tu garganta cuando estabas medio consciente...

Poco a poco, Luño se levantó y notó cómo se mareaba. Eximino corrió a su lado y le ayudó a terminar de ponerse en pie. Cuando se sintió algo más seguro, caminó despacio por el modesto cenobio hasta llegar a dos pequeñas capillas mozárabes, una junto a la otra. En una de ellas había un pequeño agujero por el que manaba agua constantemente y que era recogida para el consumo de los monjes. Cuatro o cinco aspilleras dejaban entrar la triste luz del invierno y Luño preguntó a Eximino si podía salir a respirar algo de aire. El monje le dijo que sí, a condición de que se abrigase, pues todavía estaba muy débil.

Quedó cegado por el resplandor de la nieve nada más salir. Se encontraba rodeado por un tupido bosque del que asomaban varias paredes de piedra que parecían querer tocar el cielo. En las oquedades, había anidado una gran bandada de buitres que volaba en círculos por el cielo de un azul limpísimo. De repente, fue consciente de donde estaba. Bajo esas paredes, en el valle, se encontraba el convento de Santa Cruz.

Algo más repuesto, volvió al claustro.

—Ven —le dijo Eximino—, te mostraré el resto del cenobio... Cuentan que dos hermanos zaragozanos, Voto y Félix, fundaron este monasterio. Al parecer, estaban cazando y perseguían un ciervo herido. El animal cayó por esta roca, el monte Pano, y cuando fueron a buscarlo, hallaron el cadáver de un eremita. No se había corrompido y reposaba en el suelo con una piedra triangular bajo la cabeza en la que él mismo había escrito su epitafio: «*Ego Ioannes, primo in hoc loco, heremita, qui ob amorem Dei, spreto hoc seculo presenti, ut, potui, hac Ecclesiam fabricavi, in honorem sancti Ioannis Baptiste et hic requiesco. Amen*» («Yo, Juan, el primero en este sitio, eremita, que por amor a Dios, despreciando el presente siglo, he fabricado esta iglesia en honor a San Juan Bautista y aquí descanso. Amén»). La construcción fue poco a poco creciendo hasta que el rey Sancho Ramírez donó el monasterio a la orden cluniacense.

Nada más salir de la parte baja, pasaron a un patio en el que la misma pared de roca viva se fundía con la roca tallada para formar unos enterramientos. Luño se quedó maravillado.

—Es impresionante —comentó—, casi no se adivina en qué punto exacto la roca se convierte en pared o la pared en roca... La construcción está perfectamente integrada en la cueva... ¿o la cueva en la construcción? Sería incapaz de decirlo...

Le sorprendió que en el aire flotase un muy agradable olor a pan recién hecho y le preguntó a Eximino, que le señaló un edificio junto a los nichos, la cocina y el horno. Sonrió pensando en el terrible contraste que suponía que, junto a un lugar de muerte, estuviera el horno del monasterio, donde hacían una o dos veces a la semana el pan, fuente de vida.

Vio que a la derecha de los nichos habían allanado el suelo, lo que enseguida tradujo como una nueva construcción y se lo preguntó al monje. Efectivamente, querían levantar una nueva iglesia digna del Santo Grial que se conservaba en el monasterio. Luño abrió los ojos sorprendido.

– ¡¿El Santo Grial?! ¿¿Aquí?? ¿¿En este monasterio?? ¿Podría verlo?  
Eximino sonrió y le contestó:

– Eres nuestro invitado. Nada debemos negarte.

El monje salió hacia una de las habitaciones. En un momento regresó con un pequeño cofre y lo abrió ante Luño. Le decepcionó encontrarse con que era un simple vaso de piedra de color marrón, casi negro, con algunas vetas blancas. Su anfitrión le explicó que era el vaso de lujo que había donado José de Arimatea para la Santa Cena, y le habían añadido el pie y las asas de oro y piedras, pero que Jesús en la tierra, no obstante, nos había enseñado a renunciar a las riquezas que de nada servían al hombre. Luño le preguntó al monje cómo había llegado hasta tan recóndito lugar tan ilustre reliquia. Eximino le contó al tallista la historia del viaje del Santo Cáliz.

– Según cuentan, el emperador romano Valeriano inició una persecución contra los cristianos. Uno de sus objetivos era despojar a la iglesia de sus riquezas, así que el papa Sixto II llamó a San Laurencio, que era entonces el tesorero, y le ordenó repartir estas riquezas entre los pobres. Y... bueno, San Laurencio guardó el Cáliz, y a través de un amigo suyo, lo envió a su patria, Huesca. Al final acabó aquí, y aquí se guarda.

Conociendo Luño las leyendas de vida y juventud eternas que corrían sobre el Santo Grial, le preguntó a Eximino:

– ¿Podría beber un poco de agua en él?

El cluniacense sonrió condescendiente y se lo permitió, conoedor como era de que se trataba sólo de leyendas. Luño dejó escurrir el agua por su garganta, esperando algo especial. No sintió nada. No hubo música celestial ni bellas luces, ni siquiera se sintió mejor físicamente, pero pasado el primer momento, se consideró un privilegiado por haber podido beber en el Cáliz de Jesús. Con el último trago de agua, pidió un deseo: poder, algún día, tallar un

amanecer.

—¿Y esas obras? —preguntó Luño y notó que a Eximino se le avinagraba el rostro.

—No sabemos cómo acabará todo, pero el caso es que hace sólo un par de años que se firmaron las capitulaciones matrimoniales entre Doña Petronila, la hija del Rey Ramiro, y Ramón Berenguer, Conde de Barcelona. Ramiro, a pesar de haber abrazado los hábitos de nuevo, no ha querido renunciar a su dignidad de Rey, y ha abdicado en su hija, pero como es menor de edad, el que de momento gobierna es el Conde y ha decidido dejar nuestra casa en un segundo plano y está construyendo otro monasterio, el de Poblet, al que se está llevando nuestras riquezas.

—¿Puede hacerlo? —inquirió Luño sorprendido.

—Claro —respondió Eximino—. Hasta que la reina no alcance la mayoría de edad, él tiene el título de Príncipe de Aragón y es plenipotenciario. No es que pueda, es que ya lo está haciendo. De hecho, no hace mucho que parte del archivo del monasterio ha salido hacia el condado...

De repente, vio algo corriendo hacia él. Era Boira. Luño se alegró de ver al cachorro. Cuando los monjes encontraron a Luño, habían recogido también a su perro, ya que no podían de ninguna manera separarlo de él, y al llegar al monasterio, lo habían refugiado en la cocina. Tras el cachorro, iba el cocinero, que al ver a Eximino se paró y le explicó que se le había escapado. El enfermero le dijo que ya no importaba, puesto que su dueño había sanado por fin y ahora ya se podría hacer cargo de él. Luño cayó en la cuenta de que todavía no se había preocupado de si era macho o hembra, así que miró el sexo del animal. Era una hembra, había acertado con el nombre.

Según le había recomendado Eximino, dedicó los siguientes días a reponerse, descansando y paseando por los bosques que rodeaban el monasterio o bien entre las ruinas de la ciudad que aún existían en el llano que había sobre la abadía. Supo que estaba curado cuando se descubrió a sí mismo mirando con los ojos entrecerrados una de las piedras de la ciudad destruida y descubriendo en sus volúmenes un león con la pata delantera levantada.

Se acercó a la roca para verla mejor y se llevó un gran susto cuando, tras la piedra, vio salir a alguien corriendo. Dudó en aquel momento de que realmente pudiera ser un moro, ya que no había por allí ninguna cosa que pudiera interesar a ninguno de su religión, pero observó que llevaba un turbante, y al recogerse la chilaba para correr mejor, también pudo distinguir las botas con la punta girada hacia arriba típicas de los de su raza.

Le dejó huir, primero porque no se había repuesto del susto, y segundo porque nada tenía contra él.

Cuando volvió al monasterio, fue a buscar a Eximino

—Hermano —le dijo—, acabo de ver a un moro corriendo por la parte de arriba del monte Pano... Me he asustado y no he hecho nada, pero me pregunto qué hará por aquí... ¿No estaría espiando para que los suyos ataquen el monasterio?

Eximino no contestó, pero Luño vio cómo se ponía rojo como un pimiento. No quiso decir nada más por discreción y dejó estar el tema. Desde el incidente del moro, el enfermero cada vez le evitaba más, hasta que un día, de golpe, Luño decidió dejar las cosas claras de una vez. Abordó en el panteón de los reyes a Eximino, y sin más preámbulos, le preguntó por el moro. Notó que el monje se ponía nervioso y daba rodeos sobre el tema, por lo que Luño decidió ayudarle contándole su historia con el gremio, pero eso no pareció afectarle y, aprovechando que en ese momento sonaban maitines, se fue apresuradamente.

Luño decidió buscar al moro por su cuenta y subió de nuevo a las ruinas de la ciudad, en el llano sobre el monasterio. Volvió al punto donde lo viera por primera vez y siguió sus pasos, que se perdían en el bosque, por lo que ya no pudo rastrearlo más, así que se preguntó dónde iría él si tuviera que esconderse por los alrededores. Enseguida llegó a la conclusión: O buscaría un claro agradable en el bosque o se escondería en alguna de las cuevas que abundaban en los riscos cercanos. Descartó el bosque, pues era un sitio en el que podría ser fácilmente descubierto, así que se centró en las cuevas de lisas paredes de roca. Al tercer día, encontró una oquedad que, realmente, podía ser perfecta. La entrada se situaba a unos tres metros del suelo

y un árbol se encontraba apoyado sobre la pared, de manera que formaba una cómoda escalera que jamás despertaría sospechas. La entrada de la cueva era bastante angosta, por lo que nadie podría pensar que se trataba de un escondite, pero tras un pasillo de unos cuatro metros, se agrandaba de golpe en una espaciosa bóveda natural. La luz era escasa, así que encendió una antorcha que encontró sujeta a la pared. La luz emergió rápidamente, y aunque no había una gran claridad, sí era suficiente para que Luño pudiese ver lo que ocupaba el interior. A su derecha, junto a la pared, había un pequeño lago natural que alguien había canalizado, haciendo hasta la salida un estrecho canal, pero a un nivel algo más alto, de forma que siempre había agua en el lago. Al verlo, recordó lo que Fruya le contaba sobre los jardines de los palacios árabes, en los que el agua se convertía en un elemento indispensable. Sonrió al recordar al pobre loco y se acercó a beber. El agua estaba fría y tenía un sabor neutro, lo que indicaba que habitualmente corría. Un poco más allá, casi al fondo de la cueva, vio un catre si no igual, al menos muy parecido a los del monasterio. A su lado, un cajón de madera de los que se usaban para guardar la ropa, por lo que Luño pensó que ahí estarían sus efectos personales. A partir de allí, parecía salir un pasadizo, pero con esa escasa luz no se veía bien. A la derecha, había una gran mesa con estanterías llenas de frascos de distintas formas y tamaños. Algunos libros abiertos ocupaban casi la mitad de la mesa y el resto del espacio estaba lleno de hierbas secas, algún trozo de panal de abejas y de los objetos más dispares. Se acercó a mirar los libros, y pese a no saber leer, reconoció de inmediato la escritura árabe, y observó que algunos de ellos se parecían a los que estaba acostumbrado a ver en las iglesias y monasterios. Dedujo que el moro hablaría tanto cristiano como árabe y, por todos los objetos de la cueva, debía de ser brujo, alquimista o algo parecido.

De repente, escuchó ruido en el exterior de la cueva, y calibrando sus opciones, apagó la antorcha y se escondió bajo el catre.

Alarmado, se dio cuenta de que de la antorcha recién apagada salía humo, pero eso no era lo peor, sino el intenso olor a resina que desprendía. Confió en que el moro no lo notara, dada la gran altura

de la bóveda, y se quedó callado a la espera de acontecimientos. La poca luz que entraba en la cueva se vio de pronto tapada por la figura de un hombre que apareció en el estrecho pasadizo de la entrada. Cuando estuvo dentro, Luño le escuchó gritar en árabe tres o cuatro veces la misma palabra: «Ibdn». El tallista pensó que estaría invocando a alguno de sus dioses paganos, pero pese a que la iglesia mandaba defender al Dios verdadero fuese donde fuese, no se atrevió a moverse. Desde su posición, ahora lo veía algo mejor. No llevaba el turbante con que lo viera la primera vez, pero se distinguía claramente la chilaba. El moro se acercó a la mesa y cogió uno de los libros, encendió la antorcha que había en la pared junto a la mesa y comenzó a leer. Luño vio allí su oportunidad para salir corriendo y denunciarlo al monasterio. Despacio, sin hacer ruido, se escurrió de debajo del catre, y una vez puesto en pie, salió rápidamente hacia el pasadizo. No le preocupó ya hacer ruido y el moro, al oírlo, corrió también para cortarle el paso. Luño se sintió agarrado justo cuando ya creía escapar. Notó cómo le sujetaban de un pie y tiraban de él hacia dentro de la cueva. Al ver que era imposible deshacerse de aquella férrea mano, Luño tuvo claro que tendría que luchar. Se dejó arrastrar hacia dentro, dejando creer al moro que le estaba venciendo, y una vez en el interior, cuando calculó que se podía poner en pie, lo hizo de un salto y se revolvió contra su captor que, ante la imprevista maniobra, no pudo reaccionar y le puso en el cuello el cincel que por costumbre llevaba siempre encima. Cuando empezó a apretar, escuchó su nombre:

— ¡Luño! ¡Luño! ¡No me mates! ¡Por Dios, no me mates!

Entonces le obligó a ponerse de pie y, sin soltarle la chilaba, le empujó hasta situarlo bajo la luz de la antorcha. Se encontró cara a cara con Eximino. Se dio cuenta de que lo que él creía una chilaba, solo era el hábito del monje. Repuestos ambos tanto de la lucha como del susto, Eximino le contó, por fin, la historia del árabe.

— Su nombre es Ibdn Butlan, es médico en los ejércitos moros, pero ha perdido a sus tropas y se ha quedado aislado, así que se ha escondido en los riscos de la zona... El caso es que un día, en el bosque, estando yo recogiendo hierbas para mis pociones, me

encontré con él cara a cara. Llevaba algo en la mano, unas hierbas que creía venenosas, y como yo también había recolectado manzanilla y algo de tomillo para destilar su aceite, ambos llegamos a la conclusión de que éramos médicos. Él me proporciona sus conocimientos y yo le transmito los míos. De hecho, la poción que te curó era un remedio que me enseñó Ibdn. Sin ella, posiblemente estarías muerto. Ahora estudiamos juntos y experimentamos nuevas fórmulas, pero de ninguna manera debe saberse en el monasterio. Si alguno de los demás monjes supiese algo sobre Ibdn, quién sabe lo que podría pasar...

–Pero –dijo Luño confundido–, ¿es del agrado de Dios que me haya curado con un remedio de un infiel?

–Ibdn no es infiel –respondió Eximino–, solo es de otra religión... Lo cierto es que, si la analizas, se parece bastante a la nuestra, y de hecho, el nombre de su dios, Alá, sólo quiere decir eso: Dios.

Se oyó ruido afuera y el monje se llevó un dedo a la boca indicando silencio. Alguien subía por el árbol y entraba en la cueva... Esta vez sí era Ibdn. Se quedó parado al ver a Luño, pero Eximino le explicó la situación, y algo más tranquilo, se sentó con ellos y comenzó a hablar. Poco a poco, la conversación se fue haciendo más fluida. Luño tenía mucho que preguntar al musulmán, y conforme iban hablando, se dio cuenta de que también tenía mucho que aprender de él. Le sorprendió la similitud entre ambas religiones, también el hecho de que la mitad de lo que le habían contado sobre su gente fuese mentira. Más aún le asombró lo refinados que eran y los extensos conocimientos que poseían. Reflexionando, con la ayuda de Ibdn, se dio cuenta de todas las influencias de la cultura musulmana que existían en la suya propia y de lo poco transigentes que habían sido los cristianos con ellos, pues cuando publicaron bandos en los que declaraban que no harían daño a los que viviesen en las ciudades conquistadas siempre y cuando pagasen el tributo correspondiente, los cristianos no pararían hasta que ni un solo pie musulmán pisase el suelo del Reino de Aragón.

Los paseos hablando de filosofía, arte o alquimia de los tres se hacían cada vez más frecuentes. A Luño le costaba seguir muchas de las

conversaciones de los dos médicos, pero cada vez aprendía más.

Aun así, el tallista se encontraba inquieto. Por momentos se fijaba más en las rocas. En medio de cualquier conversación, se sorprendía a sí mismo pensando en la dureza de una piedra que afloraba del suelo o calculando los golpes para tallar esto o aquello en alguna otra. A Ibdn se le hacía muy extraña la obsesión de Luño por tallar, más aún cuando su religión le prohibía representar hombres, dioses o animales, pues hacerlos correspondía exclusivamente a Alá.

Fue entonces cuando Luño cayó en la cuenta de lo diferentes que eran los musulmanes respecto a ellos, pues no necesitaban apoyarse en figuras para orar, mientras que los cristianos no rezaban si no tenían delante de ellos la representación de un Cristo, un santo o una Virgen. Además, no era la primera vez que veía a dos cristianos discutiendo sobre si una Virgen era más milagrosa que otra, cuando la Iglesia sostenía que todas eran la misma.

Eximino le explicó que el pueblo necesitaba contemplar a quien rezaba, pues ello acrecentaba su fe, aunque disminuyese su imaginación.

Volvió a pensar en sus antiguos compañeros de la cantera. En sus monótonas vidas. En sus futuros sin futuro.

Luño aprendió mucho de Ibdn, pero sobre todo a elaborar los pigmentos con los que se pintaban las esculturas una vez acabadas. El tallista comprobó que los verdes que le había enseñado a hacer el mahometano eran más vivos y se fijaban mejor que los que él conocía, y los rojos no tenían el tono terroso del óxido de hierro.

Entre ambos enseñaron a Luño a leer y escribir. También con ellos aprendió numerología, algo de filosofía, medicina y alquimia. El joven tallista cada vez tenía más conocimientos, y gracias a ellos, empezaba a ver el mundo que le rodeaba de manera diferente.

Decidió marcharse del monasterio. Añoraba su trabajo, y aunque allí aprendía mucho, no obtenía las satisfacciones que le proporcionaba la talla. Necesitaba escuchar el cincel trabajando. Necesitaba crear.

Le expuso sus sentimientos tanto a Eximino como a Ibdn, y les dijo que anhelaba irse para esculpir. Ellos lo entendieron, le abrazaron fuertemente y se despidieron.

Recogió sus cosas, llamó a Boira y salió del recinto, deseando de nuevo empezar a sacar a la luz lo que escondían las piedras.

A unos quinientos metros del monasterio, se paró. Dejó sus bártulos en el suelo y se sentó sobre un pequeño promontorio desde donde divisaba todo el valle. Comenzó a calibrar sus opciones y pensó que lo mejor sería volver a Jaca para hablar con el maestro Migne y conseguir, si fuera posible, un nuevo encargo.

Al pasar por el monasterio de Santa Cruz, se detuvo para visitar a Sor Josefa de Loarre.

— ¡Hola, Sor Josefa! — la saludó al verla —.

— ¡Hola, Luño! ¿Cómo tú por aquí de nuevo?

— Bueno... ya le conté que trabajaba para un caballero del temple... En fin, hubo algún problema. El caso es que sus propios hermanos lo asesinaron..., pero claro, yo no puedo decir nada o... ¡me matarían!

— La Orden cada vez tiene más poder en el reino — le explicó Sor Josefa — y se vuelve más sanguinaria. Los reyes y los nobles les hacen cuantiosas donaciones e incluso ingresan ellos mismos en la Orden, lo que les proporciona más poder aún... y una casi absoluta impunidad. No lo cuentes nunca, Luño, es un terreno muy resbaladizo y peligroso.

— No se preocupe por eso, Sor Josefa. Luego estuve enfermo — contó el joven —, mucho, pero me encontraron los monjes de San Juan, me subieron a su cueva y me curaron. Me aconsejaron que me quedase un tiempo para reponerme. Ese tiempo ya ha pasado, y aquí estoy, camino de Jaca, a ver si el maestro Migne me da un trabajo nuevo...

No se atrevió a contarle lo de Ibdn, pues eso no le afectaba solo a él, sino que también podía causar problemas a Eximino, y ya que le debía la vida, se sentía obligado a protegerle.

Las obras del monasterio habían concluido y Luño quiso conocerlas. Sor Josefa le acompañó. Algo le hacía amar aquel lugar. Quizás fuese porque ahí había empezado una nueva vida, se había rebelado por primera vez contra todo y contra todos o simplemente porque fue entre esas paredes donde había decidido experimentar, quizá inconscientemente, su libertad.

De nuevo se encontró con el capitel que supuso su enfrentamiento al gremio. Lo acarició y sonrió pensando el miedo que le había hecho pasar y lo absurdo de ese temor. Recorría con sus dedos la imagen del Cristo, como si en esa caricia quisiera resucitar de nuevo la figura que yacía en su interior. Se sintió en paz, consigo mismo y con el mundo. Por un momento, había desaparecido el odio hacia Vincent, sólo sentía compasión por él. Debía ser muy triste ser consciente de su propia mediocridad. ¿Por qué si no le perseguía de esa manera? Luño estaba convencido. Había superado al maestro, no porque él fuera magnífico, sino porque aquel era un hombre gris, y un alma tan mezquina como la suya, no podría perdonarlo nunca. Se fijó entonces en los adornos de la cornisa. Casi no los recordaba, y al encontrarse de nuevo ante ellos, le sorprendió el volumen y el movimiento que tenían. Los comparó con el Cristo y lo único que podía decir a favor de Vincent era que su técnica era buena, muy buena, pero nada más.

## 7. Pericho

Cuando salió del monasterio en dirección a Jaca, se sentía un hombre nuevo. Encontrarse de nuevo con aquel Cristo parecía haberle limpiado el alma.

Al llegar a la ciudad, se dirigió directamente a la calle del Zoco, donde tenía su taller el maestro Migne.

—Buenos días, maestro —dijo al entrar—, no sé si sabéis lo que ha pasado en la iglesia del caballero.

—Sí, me lo contó un emisario de la Orden... Fruya tuvo un accidente y ha muerto, ¿no? Bueno, me han pagado lo que se debía hasta la fecha de la parada de las obras y aquí está tu parte —le dijo extendiéndole unas monedas.

—Sí, así fue... —contestó Luño compungido—, un accidente... Bueno, el caso es que estoy sin trabajo y necesitaría...

—No hay nada por ahora, pero si sé de algo, me pondré en contacto contigo a través de Pericho.

Cuando salió del taller del maestro Migne, decidió dar una vuelta por la ciudad. Aquellas calles, aquellas plazas que hacía no mucho le habían parecido tan tristes y desoladas incluso en día de mercado, se le antojaban ahora hermosas y llenas de vida.

Se quedó un buen rato mirando la construcción de la nueva seo, la catedral de Jaca, que se estaba edificando con motivo de la instauración de la nueva sede en la comarca.

Cuando se aburrió de mirarla, se fue a una de las posadas, se regaló un festín y alquiló una cama para aquella noche. Al despertar y delante de un cuenco de leche, se planteó lo que iba a hacer a continuación. Por un lado, le apetecía subir a Castiello, saludar a Pericho y averiguar, si era posible, lo que había sido de Quissilo. Por otro, le tentaba la idea de conocer más sitios, viajar y aprender cuanto fuera posible. Decidió lo primero, ya que para lo segundo tendría tiempo y le haría falta más dinero del que tenía en aquel momento.

Al salir de la posada, se encontró de frente con la peña Uruel y se sorprendió pensando lo que se podría tallar en ella. Sonrió al pensar en el tamaño del cincel que haría falta para trabajar sobre ese

volumen y, con esa expresión en su rostro, comenzó a andar hacia Castiello.

Luño llegó a la fragua y se quedó apoyado en el quicio de la puerta. Al notar el cambio de luz, Pericho levantó la cabeza un momento, lo vio y le sonrió.

— Espera — le gritó para hacerse oír por encima de los martillazos.

Entonces se sentó en el suelo observando cómo los dos hombres golpeaban alternativamente sobre el hierro al rojo vivo a la par que tocaban esa peculiar música rítmica con cada impacto. En un descanso, Pericho se acercó a Luño sonriendo.

— ¡Cuánto tiempo! — le dijo mientras le abrazaba —. ¡Tendrás mucho que contar!

— ¡Ya lo creo! — contestó el tallista —. He estado con un caballero del Temple, y me ha enseñado...

— Espera, espera — le cortó el herrero, riendo —, deja que me lave y me lo cuentas en la taberna, delante de unos vinos.

Pericho se lavó, se puso el jubón y salieron calle arriba.

Ya en una mesa en la taberna, el herrero se dirigió a Luño.

— Bueno, ¿a quién dices que has conocido?

— A un caballero templario. Estuvo en las cruzadas y construía una iglesia por una promesa. Me enseñó las estrellas, las constelaciones, aprendí mucho con él..., pero murió.

— ¿Cómo que murió? — preguntó su amigo intrigado.

— Sí, bueno, un accidente... El caso es que murió. Luego me puse enfermo y estuve cerca de reunirme con Dios, pero me encontraron unos monjes de San Juan y me curaron. Me hice amigo del enfermero, que también me enseñó a leer y a escribir.

— ¿Has aprendido a leer? Bueno, bueno, bueno, ¡esto hay que celebrarlo!

— Huy, y no solo eso. He aprendido algo de alquimia y de medicina, sé qué hierbas son buenas para algunas enfermedades y he aprendido a hacer más colores y más vivos para mis tallas y, además, ¡he visto el cáliz de Cristo! El auténtico, porque cuando...

De repente, se abrió la puerta y apareció Quissilo con unos huevos

que le habían pedido. Se acercó a hablar con Luño. Le contó que su matrimonio le iba bien, que era feliz mientras Luño veía en sus ojos aquel brillo que le era tan familiar. Se le hinchó el corazón al observarlos, pero por otro lado, se dio cuenta de que si no quería hacerle daño o comprometerla, debía conseguir que ella le odiase, por lo que empezó a reírse de ella y a burlarse de su situación de casada. Quissilo reaccionó como Luño esperaba, y muy enfadada, dijo adiós y se fue. A Luño le dolió hacerlo, sobre todo porque seguía enamorado de ella, pero se consoló diciéndose a sí mismo que era lo mejor para que viviese feliz, pues de otra manera, siempre quedaría la duda sobre cómo hubiese sido su vida con él. Pericho había asistido a la escena en silencio, pero como perro viejo que era, había descubierto inmediatamente las intenciones de Luño, aunque no quiso decir nada.

Siguieron hablando y el tallista decidió subir unos días al claro del bosque, al otro lado del río. Invitó a Pericho a que lo visitara al día siguiente.

Una vez allí, Luño encontró su pequeña cabaña casi destruida. El techo se había hundido por el peso de la nieve y había entrado en parte en la choza. La sacó como pudo y aquella primera noche durmió envuelto en su piel de cordero y pegado a Boira para aprovechar algo del calor que la perra desprendía.

Despertó al amanecer. No había pasado mucho frío, pero la noche tampoco había sido de las más agradables que recordaba. Había transcurrido en un pesado duermevela entre el deseo de arrojarse con la piel y buscar a Boira para que le diese calor cuando se movía.

Lo primero que debía hacer era arreglar el techo y construir algo parecido a una chimenea para poder encender fuego dentro, ya que la noche había sido fría, pero no dudaba de que llegarían otras heladas y, en esas condiciones, no podría sobrevivir.

Una vez solucionado lo de la chimenea, extendió la piel en un rincón y encendió el fuego para que se secase de la humedad de la noche. Salió y buscó el árbol en el que había tallado la cara de Vincent. Lo encontró lleno de nieve y lo limpió para poder observarlo. Se dio cuenta de que ahora, después de la temporada tallando en Agüero, lo

habría hecho mejor.

De repente, una idea se instaló en su cabeza: era capaz de cualquier cosa. A tallar se aprendía sacando esquirlas o virutas y siempre era lo mismo. La primera vez no saldría bien, pero seguro que cuando lo repitiera cien veces, se convertiría en un maestro. No tenía límites. Sólo los que él mismo se pusiera.

Limpió el resto de las tallas y la zona de la piedra donde estuviera Quissilo, encendió una hoguera en el centro del claro y se preparó la comida con algunas de las viandas que había comprado en Jaca. Luego se metió dentro de la pequeña choza, y una vez caliente y seco, cayó en un profundo sueño.

Le despertó Pericho. Había llegado gritando su nombre, presa de una gran excitación.

— ¡¡Luño!! ¡Luño!!! ¡Estamos de enhorabuena! ¡La reina Doña Petronila ha conquistado Lérida a los moros! ¡Han sido expulsados! ¡El reino crece!

Luño se alegró, pero no pudo evitar pensar en Ibdn, que cada vez se iba quedando más aislado de los suyos.

— Eso está bien — dijo —, pero, bueno, los moros... En fin, que ... ¿No has pensado que, al fin y al cabo, son personas como nosotros?

— ¿Qué dices? — contestó el herrero —. ¿No serás amigo de esa gente?

— No, qué va, pero, digo yo, habrá de todo, ¿no?

Luño desistió de su intento y dejó que Pericho siguiera creyendo que realmente comían niños. Cuando le preguntó por lo que iba a hacer ahora que no tenía ningún encargo del maestro Migne, no supo qué responder. Le preocupaba realmente no saber qué pasaría con su vida. Pericho se dio cuenta, así que procuró sacar conversaciones más ligeras hasta que se hizo de noche. Al marcharse, Luño volvió a pensar en su siguiente paso. No tenía nada claro, excepto que debía seguir tallando.

Allí se encontraba a gusto. Estaba solo, nadie le molestaba, y si quería conversación, podía bajar a Castiello para encontrarse con Pericho. Pero, por otro lado, en aquel lugar sólo podía trabajar en la roca que salía de la pequeña pared y cada vez había menos. Quizás lo mejor

fuese bajar de las montañas, de la capital del reino hacia el llano, o si no tan lejos, donde las montañas pierden su altura, pero él amaba aquel paisaje, amaba su clima, sus profundos valles, y sobre todo, amaba su roca; esa roca entre roja y gris, durísima, pero mansa en su talla, como la más dulce de las mieles. Recordó la que el maestro Migne le mandaba a Agüero. Se preguntó si algún día podría él conseguir esa misma roca para tallar. No era fácil encontrar esa calidad. Prácticamente no tenía poros ni vetas ni esas fallas que salían de vez en cuando que hacían que, a un golpe mal dado, la piedra se partiese por la mitad. Con esa roca todo lo que tenía que hacer era tallar, sin preocuparse de si se partiría o no, sin tener que pensar cómo disimular los poros o los huecos.

Quizás lo mejor sería bajar hacia el llano. Allí, lejos de Jaca y del Tribunal del Gremio, le sería más fácil tallar por libre. Lejos de la influencia de Bellido y Vincent, podría trabajar sin preocuparse por esconder su identidad.

Hiciese lo que hiciese, alguna decisión debía tomar, pues no podía pasar todo el invierno en la pequeña choza expuesto a que la siguiente nevada hundiese de nuevo el techo, o a morir de frío si de noche, sin que se diera cuenta, se apagaba la hoguera.

Por otro lado, sus herramientas le quemaban en la bolsa y se sentía intranquilo por el hecho de que llevaba bastante tiempo sin poder tallar nada. Notaba que se estaba convirtiendo en una obsesión, pues cada vez que miraba una piedra o un árbol, se encontraba pensando en la forma que le sugería.

Recordaba a Quissilo, estaba convencido de que lo que había hecho era lo mejor para ambos, pero le resultaba muy duro saber que no volvería a acercarse a ella nunca más. Además, no podía dejar de pensar en qué hubiera pasado si la chica hubiese dejado a Aimonio para irse con él. Y cuando llegaba a esa parte, se alegraba de que estuviese casada. Era una chica sencilla y difícilmente hubiera entendido la obsesión creadora de Luño, sus súbitos periodos eufóricos y sus radicales cambios depresivos. Ella estaba mejor con su esposo. Y él estaba mejor solo. Aunque cuando pensaba en ella, sentía como si le hubiesen arrancado un trozo de corazón.

Había pasado una semana y las rocas y los árboles del pequeño claro tenían vestigios del cincel de Luño. Todo eran figuras empezadas, pero abandonadas sin terminar. Cuando conseguía acercarse a alguna de las tallas que deseaba, se daba cuenta de que no era eso exactamente lo que buscaba. Las manos de Luño estaban casi en carne viva, pues entre su enfermedad y el tiempo que pasó en San Juan de la Peña, sumado al viaje a Jaca, había perdido el callo. Pero eso no le preocupaba, pues sabía que, en cuanto sanasen las erosiones, volvería a tenerlas endurecidas. Lo que le preocupaba era lo de siempre: Su insatisfacción por las obras que hacía. No le importaba que los acabados fueran imperfectos, pues los años de experiencia con Vincent le habían demostrado que eran el refugio de la mediocridad. Cuando alguien tallaba algo sin ningún valor creativo, se esmeraba en los acabados. Él nunca había dado tanta importancia a dejar la piedra lisa, como a sacar lo mejor que tuviera dentro. Extraer texturas y aspectos que no eran de la piedra. Tallarla, domarla hasta conseguir que pareciese blanda o lograr que los adornos vegetales diesen la impresión de que, en cualquier momento, con la más mínima ráfaga de aire, se fuesen a mover.

Necesitaba tallar. Sacar aquello que, como un lobo, le comía las entrañas.

Iría a Ejea. Allí seguramente se estaría construyendo alguna iglesia, ya que, aunque hacía años que había sido ganada a los musulmanes, Luño sabía que no se construía un templo en poco tiempo y tenía entendido que todavía se estaban llevando a cabo construcciones.

Por otro lado, también era cierto que no tardaría en aparecer, si no el mismo Bellido, sí alguno de sus acólitos para asentar las leyes gremiales de la talla. Esto quería decir que, cuanto antes llegase, más posibilidades tendría de conseguir trabajo.

## 8. Ejea

Al llegar a la ciudad, Luño la encontró llena de gente extraña. Muchos de ellos hablaban con un divertido acento que les hacía parecer gangosos, sobre todo los monjes de la orden de San Benito. Otros hablaban con el mismo deje que tenía Ibdn, lo que dejaba claro que serían mudéjares. Pero la mayor sorpresa que se llevó fue saber que allí el gremio no tenía ninguna jurisdicción. Al parecer, la ciudad de Ejea era un señorío del rey Don Alonso de Castilla, aunque territorialmente perteneciese al reino de Aragón. Luño decidió aprovechar esta oportunidad que le brindaba el destino y fue en busca del gremio de Castilla para pedir permiso de talla.

Al llegar a la casa del gremio, vio esculpido en el dintel el compás y la escuadra, lo que dejaba claro que era a una logia masónica, así que llamó a la puerta con los tres golpes preceptivos. Al abrirse, se dirigió al gran maestro dando tres pasos. Cuando Luño llegó hasta su mesa, vio en ella los planos de una construcción que a primera vista podía ser una iglesia. El gran maestro estaba enfrascado en su observación, y de vez en cuando, dando una especie de gruñido, reseguía con el dedo alguno de los arcos de las bóvedas. Casi sin darse cuenta, Luño se había inclinado sobre el plano lo que, en un momento dado, ocultó la luz al maestro, que levantó la cabeza mirándole fijamente y con expresión interrogante.

— ¡¡Perdón, maestro!! — se disculpó el tallista rápidamente —. En fin, vi los planos y no pude evitar acercarme a mirarlos... Bueno, señor, el caso es que soy tallista y buscaba trabajo... — al maestro se le iluminaron los ojos.

— ¿De qué gremio? — preguntó.

— De Aragón — mintió Luño.

— De Aragón... — repitió pensativo el maestro —. Bueno, Ejea pertenece al reino de Castilla, pero el caso es que necesito gente de todos los gremios... No es fácil conseguir que vengán hasta tan lejos a trabajar.

Hablaron largo rato, y cuando a Luño le pareció que tenía suficiente confianza, le preguntó al maestro:

—Por cierto, ¿a qué se debe el extraño acento de las gentes de aquí?

—Son casi todos caballeros de la Gascuña —le explicó—. Ellos y sus huestes vinieron a ayudar a Don Alonso de Castilla en la conquista de la ciudad, y en pago, el Rey, les ha concedido tierras y, a los monjes Benitos de la selva de Gascuña, les ha concedido todas las iglesias, diezmos y primicias. Casi todos hablan ya nuestra lengua, pero el acento... No hay forma de que se les vaya.

El maestro mandó a Luño a tallar la nueva iglesia, comenzando por los capiteles del pórtico. Los recuerdos se agolparon de repente en su cabeza. Aquel primer pórtico que tallase para Fruya le pedía nacer de nuevo. La joven infiel le pedía, y con ella Fruya, que hiciese que el mundo la conociera. Decidió repetir el pórtico. Nadie vería nunca el primero que tallase, luego podía tranquilamente replicarlo sin que nadie se diera cuenta. Además, se lo debía a Fruya. Sentía la obligación de hacerlo para redimir la condena de purgatorio del caballero.



Detalle del pórtico de la iglesia de San Salvador (Ejea)

Limpió sus herramientas de la grasa con la que las había untado para evitar la oxidación y pidió al maestro de obras la primera de las piedras que debía tallar.

Cada golpe le recordaba a Fruya. Cada esquirla de piedra que saltaba del bloque era como un pedacito de alma del caballero que era liberado. Lloró recordando al templario. Sacaba de su encierro de piedra a la joven infiel y sentía que a la vez sacaba a la luz de la eternidad el alma de Fruya. Luño sudaba. De nuevo, el hecho de tallar se había apoderado de él. De nuevo le embargaba la música del cincel. Cada golpe le convencía más de que Fruya sólo vería el rostro de Dios si él le redimía a través de su talla. Vio formarse la primera

ampolla. Sus manos aún estaban débiles, pero eso no le importó. Envolvió su mano en un trapo y siguió golpeando como un loco. No supo cuánto tiempo hacía que se había hecho de noche. Fue incapaz de calcular las horas que llevaba trabajando. Estaba como en trance del que le sacó uno de los monjes.

Luño se sobresaltó, fue como si alguien de repente le hubiera despertado de un sueño o de una pesadilla. Estaba empapado en sudor y jadeaba como el fuelle de una fragua. Se sentía furioso, pero no tenía muy claro si era porque le hubieran sacado del trance o porque no había terminado aún el capitel.

El furor duró sólo un instante. De repente, su mirada pasó a tener una expresión de desconcierto, luego de resignación. Después, solamente de tristeza. De nuevo, volvía a ser uno más entre los hombres. De nuevo se plantaba ante él su humana condición. Fue consciente de su hambre, de su frío, de sus ganas de orinar...

Clovis, el monje, no entendió lo que le pasaba, pero al ver temblar a Luño, lo envolvió con su capa y lo introdujo dentro. Boira los siguió con su característico paso cansino. Al darse cuenta, el monje intentó impedir el paso del animal, pero su testarudez por un lado y su tamaño por otro, hicieron que al final le permitiera la entrada.

El monje le dio un cuenco de sopa en la que flotaban algunos trozos de tocino. Luño lo bebió y Clovis sacó los restos de un cordero que sobraron de la comida. Luño pidió agua y el fraile le trajo una jarra llena, que él bebió con auténtica fruición. Cuando acabó de comer, Clovis le trajo un vaso con un licor que elaboraban los monjes y Luño sorbió un poco. Le recordó el aroma del bosque, de la resina que solía mascar, de las hierbas aromáticas de las montañas. Lo saboreó y bebió otro trago. Le gustó y pidió un poco más. El fraile aprovechó para servirse él un vaso y hablar un rato con el tallista, ya que, desde la liberación y la llegada de la comunidad a Ejea, no tenían ninguna noticia del exterior y esperaba poder entender al pueblo que debían dirigir espiritualmente a través de su historia y costumbres. Luño sonrió.

— ¿Queréis entender a mis gentes? ¡Dios! Cómo os lo explico... Cómo puedo haceros entender que el mío es un pueblo generoso hasta la

muerte, envidioso hasta la saciedad, noble hasta la estupidez, mezquino hasta lo increíble... ¿Sabéis, señor, que cuando un rey es coronado, los nobles le toman juramento y le ponen como condición que respete sus fueros, y si no lo hace, no se celebra el acto? ¿Sabéis que, en ese juramento, los nobles le dicen al Rey que cada uno de ellos vale tanto como el mismo Rey y juntos más que él? Somos una extraña gente... Podemos negaros un poco de agua y dar nuestra sangre y nuestra vida por vos al minuto siguiente si lo creemos justo. Era difícil, en verdad, hacer entender a nadie que dos vecinos que se odiaban desde hacía generaciones eran capaces de olvidar sus diferencias y ser los mejores camaradas en una causa común para seguir odiándose cuando había sido resuelta.

— Mejor será, señor, que me preguntéis lo que queréis saber, y yo os contestaré lo mejor que pueda.

— Bien, así lo haré — respondió el monje —. Bueno, lo primero que me llama la atención es por qué siendo esta tierra de Aragón, pertenece a Castilla.

— El príncipe don Ramón siempre anda metido en pactos con Alonso de Castilla, desde que le rindió pleitesía a cambio de la ciudad de Zaragoza. Además, se dice que Ejea era un antiguo señorío de Don Alonso, por eso puso tanto empeño en liberarla de los moros, pidiendo ayuda incluso a los caballeros de la Gascuña.

— Y dime, Luño, ¿son buenos cristianos? ¿Cumplen los preceptos de la Iglesia?

— Por lo general, sí... ¡Claro! Siempre y cuando no afecte a sus intereses personales. No es que dejen de serlo, pero anteponen sus asuntos a la Iglesia. No obstante, si en un momento dado el Señor les necesita, son capaces de dar su vida por él.

El monje no pudo aguantar más.

— Y dime, ¿son generosos con sus limosnas? — El tallista sonrió.

— La mía puede ser la gente más generosa y más mezquina... Es solo cuestión de afectos y simpatías personales.

— Desde que llegamos — le explicó Clovis —, las limosnas han sido más bien escasas...

—Seguramente —contestó Luño— es por su acento francés... Si las misas las diese uno de los monjes sin acento, serían más generosas...

—No lo entiendo —replicó el sacerdote—. La orden es la misma en Gascuña que en Aragón o Castilla, la religión es la misma, y por supuesto, Dios es sin duda el mismo. No puedo entenderlo.....

Luño recordó a Vincent. Ese era uno de los grandes misterios de su gente. Él era un buen tallista. Mientras estuvo con su maestro, no hubo figura que se le resistiera. ¿Por qué entonces no se le permitía tallar? No encontró respuesta, así que se limitó a encogerse de hombros, acabar su licor y preguntar al monje dónde podía dormir con Boira.

El monje condujo a ambos a una de las celdas, les dejó una lamparilla de aceite y se despidió.

Luño se recostó en el catre, apagó la lamparilla y dejó que sus ojos se perdieran en las sombras del techo. Pensaba en todo lo que le había dicho a Clovis. El suyo era, en verdad, un pueblo curioso.

## 9. Alodia

Le despertó la luz del alba. Salió de la celda monacal y preguntó dónde podía afilar sus herramientas, pues debía seguir tallando. En la cocina del pequeño monasterio no había afilador, por lo que salió de la ciudad y fue a buscar alguna piedra plana para hacerlo. Boira le seguía. Necesitaba agua para que el afilado fuese más fino y encontró una acequia de las que habían fabricado los moros. Allí, despacio, comenzó a preparar los cinceles y las gradinas.

Apareció de repente. Llevaba a la espalda un fajo de ramas, y al pasar bajo un árbol, los rayos de sol que se filtraban a través de él hacían que su pelo dorado resplandeciese. Al salir de las sombras del árbol y reflejarse la nieve del suelo en su cara, Luño descubrió unos ojos de un azul como el más claro de los arroyos de las montañas.

La siguió con la vista hasta que desapareció en un recodo del camino. Le había gustado. Se dio cuenta de golpe de que, desde Quissilo, no le había llamado la atención ninguna mujer excepto aquella. De nuevo corrieron por su cabeza todas las viejas ideas referentes al dinero, a la responsabilidad de un hogar y de una familia.

Seguramente no le resultaría difícil encontrar otro trabajo. Algo que le proporcionase estabilidad. Alguna labor que al final de cada semana le hiciese conseguir algún dinero con el que establecerse y construir una casa y una familia. Su oficio era una especie de aventura en la que nunca sabía con qué contaría al día siguiente. No le daba miedo ni le importaba demasiado, pero si debía formar una familia, tenía que pensar en dejar la talla. Todo se revolvió dentro de sí en un instante. No iba a ser así, no podía dejarla. No, nunca dejaría de tallar. Nunca dejaría de dar vida a la piedra.

Todo esto iba dando vueltas en su cabeza cuando alguien por detrás le preguntó qué estaba haciendo. Era la muchacha.

Luño, algo azorado, respondió:

– Afilo mis herramientas... Soy tallista y estoy haciendo los capiteles de la nueva iglesia.

No es que no quisiese decir más, sino simplemente no se le ocurrió nada. Se quedó en blanco y no supo siquiera de qué hablar.

— Yo soy Luño, ¿y tú? — dijo al fin.

— Alodia. ¿Es difícil tallar? — preguntó tímidamente.

— No hay nada difícil si lo haces con ilusión y con ganas — contestó Luño—. Es laborioso, eso sí, pero difícil... Es solo cuestión de sacar esquivas de la roca...

— ¿Y eso que afilas, qué es?

— Un puntero. Con este hierro, hacemos las líneas y después afilaré la gradina, que es esta, ¿ves? Tiene unos dientes en la punta y sirve para hacer el pelo de las figuras. Las tengo de diferentes tamaños, que se usan según el tamaño de la pieza que esté trabajando...

— ¿Y por qué hacéis esas figuras monstruosas algunas veces?

— Son símbolos. Es solo una forma de decirle a la gente lo que está bien y lo que está mal, qué es lo bueno y qué es lo malo.

— Ah. ¿Y ese caballo que tiene cuerpo de hombre?

— Es un centauro. La flecha dispara al maligno, al pecado. Quiere decir que el bien triunfa sobre el mal...

A Luño le agradó contestar las preguntas de la muchacha, pero también le dijo que todo era una cuestión de experiencia. Cuantas más esquivas de piedra sacase de la roca, mejor tallista sería. También le dijo que si realmente quería practicar, debería hacerlo en secreto, ya que no sólo se interponía el gremio, sino también, y era un asunto más grave, su condición de mujer.

Luño no estaba muy seguro de si realmente a Alodia le gustaba la talla o simplemente se aburría y por eso había buscado un tema de conversación en el que su interlocutor se sintiera a gusto. Tampoco le importó. La chica era realmente preciosa y le hubiera hablado sobre cualquier tema que ella hubiese elegido. Alodia se despidió y Luño se quedó pensando en lo sucedido. Se sentía muy atraído por aquella muchacha, pero no tenía muy claro que quisiera perder su libertad y su forma de vida.

Hoy por hoy, le bastaba tener algo que echarse a la boca y recorrer mundo sin más peso ni equipaje que sus herramientas, ni más compañía que la de Boira.

Su vida, aunque pobre, se había convertido en un pequeño remanso

de paz y armonía, en el que no tenía ninguna obligación, más que las que libremente aceptaba, en la que no existía la prisa ni ningún tipo de atadura.

Por otro lado, también era cierto que a veces le absorbía la soledad, pero eso era sólo esporádicamente, y cuando sucedía, se ponía a tallar febrilmente hasta que toda nostalgia era absorbida por los golpes de la maza sobre la gradina, a veces fuertes, rápidos y alocados, y otras lentos y pausados. Se dio cuenta de que sus herramientas se habían convertido en una extensión de sí mismo, tanto física como mentalmente. Se reconoció distinto del rebaño. No tenía muy claro si eso era bueno o malo, si era una virtud o una desgracia, pero se sintió bien.

Siguió afilando sus herramientas, despacio, fijándose en sus movimientos, en el ángulo del corte, casi amorosamente, como si el frío hierro pudiese sentir, sabiendo que en esas herramientas con curiosas formas habitaba una parte de su alma. Cuando acabó, lo recogió todo y volvió a Ejea.

Clovis le esperaba en la puerta de la iglesia en construcción. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, tamborileaba con los dedos de la mano y tenía una expresión entre impaciente y desaprobadora.

Luño recordó de inmediato al viejo Vincent y se sintió de repente incómodo. Recordó la noche anterior, cuando con toda humildad le había pedido que le explicase cómo era su gente, con una expresión totalmente distinta a la que ahora mostraba. Cuando Luño llegó a cierta distancia de él, Clovis comenzó a gritarle en francés. Luño no le entendía, pero, por el tono de la voz, le estaba dando prisa.

Algo se removió dentro del tallista. La actitud del monje, su mirada, sus gestos... Todo le recordaba al viejo Vincent. Suspiró y se acercó al él, explicándole que debía, de vez en cuando, afilar sus herramientas. El monje le espetó una larga retahíla de palabras en francés que Luño no entendió y que le hicieron bajar la cabeza para que Clovis no pudiese ver que estaba sonriendo divertido. Cuando el monje acabó de gritar, Luño volvió a su trabajo.

Picaba la piedra pensando en aquel monje histérico, y poco a poco, la rabia se iba adueñando de él. Nunca le habían gustado los francos,

pero ahora los apreciaba menos aún.

Él era un tallista, un creador, y no se podía entender su trabajo como el de un simple picapedrero. La talla llevaba su tiempo, tenía su momento, su nacimiento no estaba marcado por una fecha concreta sino que emergía cuando la misma talla decidía nacer.

Pensó en el cinismo del monje, presentándose humilde la noche anterior y arrogante y malhumorado en ese momento. Decidió que, al terminar el pórtico en memoria de Fruya, abandonaría aquella ciudad.

De repente, recordó a Alodia. No quería alejarse, quería solo dejar de estar cerca de aquel monje hipócrita.

Luño siguió tallando, y cuando se hizo de noche, buscó la casa de la muchacha. Al llegar, la chica le sentó junto a la chimenea en la que ardían unos leños y Luño se quedó mirando las llamas. Dentro del hogar se perseguían unas a otras, a veces lentas, lamiendo la leña, a veces furiosas, como si quisieran escaparse. Imaginó el fuego como un animal, alimentándose de la madera, creciendo y muriendo después poco a poco. Sonrió pensando que, aunque tallase el fuego en la piedra, jamás podría reflejar su calor ni su vida.

Alodia entró seguida de una niña y le explicó que era su hija. Se llamaba Aziz, fruto de su difunto esposo. Aziz era una chica inteligente y simpática, con unos preciosos ojos verdes. Cenaron juntos, y tras estar un rato charlando junto al fuego, Alodia invitó a Luño a su lecho.

Estuvieron hablando hasta casi el amanecer y descubrieron que les fascinaban las mismas cosas: la luz del alba, el río, el bosque, la montaña, en definitiva, todo lo susceptible de ser bello.

Luño se había enamorado de Alodia. Aziz no sería ningún problema, pues se sentía capaz de llevarse bien con ella. La zona le gustaba, aunque no eran sus amadas montañas, y si se seguían reconquistando territorios a los musulmanes, no le faltaría trabajo. Todo esto hacía que Luño pensase por primera vez en su vida en formar una familia. Le gustaba la idea. Si Alodia no ponía impedimentos a la talla y no le importaba viajar con Aziz, aunque siempre volviesen a Ejea, sería posible lograr esa estabilidad emocional que a veces necesitaba tanto

como respirar.

Al día siguiente, el tallista se levantó y, tras beber un cuenco de leche que le ofreció Alodia, se fue a la iglesia para seguir tallando.

Golpe a golpe, iban naciendo los dos modillones, que eran las últimas piezas que le faltaban para acabar el pórtico, y de repente, le distrajo el ruido de cascos de caballo. Se giró y pudo ver un pequeño grupo de caballeros templarios. Cuando se acercaron lo suficiente, descubrió que eran los mismos que habían asesinado a Fruya. El sargento, al ver a Luño, se acercó junto a sus escuderos, y desde su cabalgadura le preguntó si se conocían. Enseguida el tallista contestó que no y al templario pareció satisfacerle la respuesta, así que se fue seguido de sus compañeros.

Desde entonces, cuando acababa su trabajo en el claustro, volvía a casa de Alodia y charlaban o salían a pasear. A veces recibían despectivas miradas de los vecinos de Ejea debido a que Alodia era viuda, pero los tres se reían y no les afectaba lo más mínimo. Luño había aceptado a Aziz como hija propia y la chica a Luño como padre. A media mañana, alguna de las dos se acercaba al pórtico para llevarle algo de comer y un pequeño jarro con agua, pero muchas veces el tallista estaba tan ensimismado en su trabajo, que no lo tocaba hasta que, al caer la tarde y quedarse sin luz, dejaba de trabajar y era consciente de que estaban allí.

Fue una época de pura y auténtica felicidad para Luño. Amaba con locura a Alodia y se sabía amado por ella.

Una mañana que salió a trabajar al claustro, se dio cuenta de que debía de nuevo afilar sus herramientas y fue a la zona en la que había conocido a Alodia. Afiló los hierros y volvió al pórtico. Allí estaba de nuevo Clovis, malhumorado y repiqueteando en el suelo con el pie. Al acercarse Luño, comenzó a gritarle y a gesticular con las manos. Boira, que como de costumbre seguía al tallista a todas partes, pensó que el monje iba a atacar a su amo y se lanzó sobre él. El monje se giró en redondo y empezó a huir, pero la perra ya tenía un pie entre sus fauces. El monje comenzó a gritar y salieron otros hermanos a la puerta de la iglesia. Al ver la situación, intentaron abalanzarse sobre el animal para que lo soltara, pero la testaruda perra no abría la boca.

Uno de ellos se acercó donde estaba Luño, cogió uno de sus cinceles y se lo clavó a Boira en la cabeza. Cayó fulminada. Cuando consiguieron separar a Clovis de la perra, vieron con horror que su pie se había quedado en la boca del animal. Curaron como pudieron al monje y se lo llevaron adentro.

Hubo una reunión y, en vista de que las tallas estaban ya casi acabadas, decidieron que las montasen los canteros en el pórtico y prescindir de los servicios de Luño.

Habían pasado unas semanas desde el incidente y el maestro del gremio de Castilla llamó a la puerta de Alodia. Al parecer, había un monje del monasterio de San Juan, en Jaca, que llevaba meses buscándole. Al preguntar en la logia castellana, el mismo maestro le había acompañado hasta allí; estaba fuera esperándole. Luño salió y en seguida reconoció a Boldovin, uno de los monjes de San Juan, y habló con él largo rato. Al parecer, Eximino le necesitaba y había enviado a varios monjes a buscarle, siendo él quien le había encontrado. Le rogó que le acompañase al monasterio, pero Luño le pidió unos días y le dijo que partiese sin él.

Se quedó con las que ya eran su mujer y su hija un par de semanas más, disfrutando de su compañía. Pasado ese tiempo, se dirigió al monasterio prometiéndoles regresar en cuanto hubiese solucionado el problema del enfermero.

## 10. La gota

Cuando por fin llegó Luño a San Juan de la Peña, preguntó por Eximino.

– El enfermero me ha mandado llamar, soy Luño.

– Eximino ya no es el enfermero, aunque sigue ejerciendo como tal. Ahora es el Abad<sup>5</sup>. Iré a llamarle – le comunicó el portero.

El monje abrazó a Luño sonriendo, pero el tallista se dio cuenta de que esa sonrisa, aunque franca, no lo era del todo. Vio algo en ella que pretendía ocultar una gran preocupación. Ambos se dirigieron al estudio del nuevo Abad.

– Tenemos un gran problema, Luño – le contó –. Desde que se firmaron las capitulaciones matrimoniales entre Doña Petronila y el Conde Ramón, éste se ha tomado muy a pecho su nuevo título de Príncipe de Aragón.

– Pero eso no es nuevo... – comentó Luño.

– No, pero se está apropiando de todos los bienes que puede para llevarlos al condado de Barcelona. No hace mucho, en su última visita, se llevó un cáliz de 775 mechales de oro y 885 piedras preciosas, una estela y un manípulo de 17 marcos de oro y un festón de plata, entre otras piezas de la gota.

– ¿Qué es la gota? – interrumpió Luño.

– Ah, sí, perdona, la gota es como llamamos al tesoro del monasterio. Con la avidez que muestra el nuevo Príncipe, tememos que en cualquier momento nos sea reclamada en su totalidad para seguir construyendo el monasterio de Poblet. Además, está saqueando el archivo... Procuramos tener escondidos los mejores códices, pero también tememos por ellos...

En ese momento, llamaron a la puerta y entró un monje oculto por su capucha. Al ver a Luño, corrió a abrazarle y, al quitarse el capuz, pudo comprobar que era Ibdn.

– ¡Ibdn! – exclamó Luño asombrado –. ¿Qué haces vestido de monje?

– Cada vez es más difícil esconderse, así que entre Eximino y yo

urdimos un plan. El Abad Juan se puso muy enfermo, y aunque intentamos salvarle por todos los medios, murió. Escondimos el cadáver y yo me puse sus hábitos, diciendo que en la enfermedad había perdido el habla, así no notan mi acento, y por eso Eximino hace las veces de traductor y de Abad en mi lugar. Como bajo la capucha solo asoma mi barba blanca, todos han creído la treta.

– Bueno – intervino Eximino –, te he hecho llamar para que nos ayudes a esconder la gota. Con tu silencio sobre Ibdn, me has demostrado que puedo confiar en ti, y estás acostumbrado a burlar al gremio, así que no te será difícil burlar al príncipe Ramón. Y no solo eso. También he pensado que ya va siendo hora de que el monasterio tenga su claustro, y quiero que te encargues tú. Del claustro y de alguna obra más en las iglesias que pertenecen al monasterio. Por otro lado, si alguien ve salir del recinto una carreta o a los frailes cargados y regresar sin nada, podrían sospechar. Así que tendrá que hacerlo una persona ajena a la Orden o que pueda justificar inocentemente las salidas y entradas con o sin materiales. Por supuesto, se te pagará, tanto durante el tiempo que dure la tarea como al finalizar.

– Por mí no hay ningún problema, Eximino, pero ¿qué haremos con el gremio? El monasterio está muy cerca de Jaca... No tardarán en saberlo.

– La Orden se encargará de mantenerlos callados y que acepten darte el permiso de talla.

A Luño le pareció bien, sobre todo porque podía, de alguna manera, saldar la deuda contraída con el monje por haberle salvado la vida. Pero en cuanto al gremio... Era cierto que San Juan de la Peña se había convertido en el corazón del reino y que tenía cientos de iglesias y pueblos que le pertenecían y de los que cobraba sus diezmos y primicias; también era cierto que el monasterio era poderoso. Mucho. Pero el gremio igualmente ostentaba su peso y no era liviano. El gremio tenía, además, el apoyo prácticamente incondicional del Conde Ramón, que contaba con él para las tallas del nuevo monasterio que estaba edificando en Poblet. Estas dudas se las expuso a Eximino.

—Déjalo todo en mis manos —le tranquilizó el monje—, yo me encargaré del gremio y de lo que haga falta... De momento, eres un invitado del monasterio. Dedícate a descansar y a ir pensando en lo que hemos hablado...

—Aún hay otra cosa, Eximino —dijo Luño—. Verás... Bueno... Hace meses que vivo con una mujer... Es una viuda y su hija...

—No te preocupes —atajó el Abad—, aquí podemos casarte y os cederemos la habitación que hay en la parte exterior del horno. Como está en extramuros del monasterio, no habrá ningún problema con la regla de la Orden. Eso sí, aunque de día puedan entrar, de noche, lo tendrán prohibido...

Luño pidió a Eximino que enviase un mensajero para traer a ambas y el Abad no puso impedimento.

Le gustaba la vida tranquila del monasterio, aunque le molestaban, y mucho, los frecuentes toques de las campanas llamando a oración, sobre todo, vísperas y maitines, que cada día le despertaba, pero que tomó como un mal necesario.

Paseaba por la explanada superior, pensando en cómo sería un claustro bajo la roca. Dibujaba con un trozo de carbón, sobre el suelo, los capiteles, las columnas, los arcos, las basas y el honor que suponía hacerlo él. También pensaba en cómo esconder el tesoro del monasterio. Debía de ser un lugar muy seguro, muy escondido, de difícil acceso. Debería ir metido quizá en algún cofre fuerte y colocarlo en alguna de las cuevas que rodeaban al monasterio, como aquella en la que descubrió el estudio de Ibdn, o en alguna de las oquedades en las que los buitres hacían sus nidos. Podría descolgarse por el acantilado desde arriba y esconder allí la gota y así se lo dijo a Eximino. El monje sonrió al caer en la cuenta de que Luño no había visto el tesoro. Aprovechando que la comunidad estaba en aquel momento orando en las capillas de la planta inferior, le indicó que le siguiese. Se dirigió al piso superior de la iglesia y le señaló dos filas de ladrillos que había en el suelo. En el último se podía leer: «Por aquí se baja al arbellón». Luño se preguntó qué querría enseñarle en las cloacas del monasterio. El Abad levantó ese primer ladrillo y dos más después. Inmediatamente, un terrible olor llegó hasta su nariz, pero

Eximino lo ignoró y siguió quitando piezas.

– Asómate, Luño – dijo.

Las escaleras que bajaban estaban llenas de oro y plata. Había cálices, patenas, relicarios, custodias, pequeños cofres con joyas, cadenas gruesas como un brazo, legajos de pergaminos, códices, cofres con perlas y piedras preciosas, otros con monedas de oro... El tesoro llegaba casi hasta el final de las escaleras. Luño se quedó asombrado. Entendió de inmediato la sonrisa de Eximino. Todo aquello no podría caber jamás en una de las oquedades de los buitres y era demasiado valioso para dejarlo en una de las cuevas, por escondida que estuviera. No podía apartar la mirada de la gota, se quedó sin palabras... Eximino lo sacó del trance y le dijo que la otra escalera estaba igual de llena.

– ¿De dónde sale todo esto? – preguntó Luño.

– Son donaciones de los reyes de Aragón. Ten en cuenta que aquí es donde tienen sus lugares de enterramiento, y quieren, a través de ellos, perpetuarse en la historia y hacerse un sitio en el cielo; pero no solo procede de la realeza, también hay donaciones de nobles, de órdenes militares, piezas de otras iglesias que nos pertenecen y que por su valor hemos traído al monasterio, sin olvidar los diezmos y primicias que se nos han ido asignando. El nuestro es un monasterio rico. Rico y poderoso. Aunque, como Cristo nos enseñó, no hacemos alarde de nuestra fortuna.

Al cabo de un tiempo de estar en el monasterio, Luño empezaba a echar de menos su trabajo. De nuevo miraba con los ojos entrecerrados cada piedra con la que se cruzaba, intentando ver qué había dentro de ella. Paseaba por el edificio y sus alrededores, dejándose llevar por toda aquella belleza, pero cada vez le faltaba más la satisfacción de la talla.

Un día, mientras paseaba por el llano que había sobre el monasterio junto a la nevera<sup>6</sup>, vio que un monje se acercaba a él apresuradamente. Le dijo que el Abad le pedía que fuese a su estudio. Luño acudió de inmediato, llamó a la puerta y entró. En el estudio de Eximino, se encontró de frente con el viejo Vincent. Se quedó petrificado y el Abad les pidió a ambos que se sentasen frente a su

mesa. Así lo hicieron, y entonces, Eximino comenzó a hablar, dirigiéndose al maestro.

—Maestro Vincent, el monasterio quiere hacer obras; entre otras, un claustro, pero al parecer tenemos un pequeño problema. Queremos que sea Luño quien nos lo haga.

—De ninguna manera —contestó Vincent—. Hay una sentencia del gremio ratificada por el Justicia y por el mismísimo Rey Ramiro por la que se prohíbe a este hombre inmiscuirse en las artes del gremio. Si accediésemos, ¿dónde quedaría la credibilidad del gremio? Y lo que sería aún peor, ¿dónde quedaría la credibilidad del propio Rey?

—No os preocupéis por la credibilidad de nuestro Señor el Rey —le interrumpió Eximino—, pues es privilegio de reyes desdecirse.

—Pero no puede ser —replicó Vincent—. Si accediese, ¿qué me dirían a mí como representante del gremio? No, no. ¡¡Es imposible!!

Eximino entonces abrió uno de los cajones y le mostró al viejo maestro un pergamino con la plica y el sello real en cera, en el que el Rey Ramiro pedía que las tallas fuesen esculpidas por el mismo artista que había hecho las de Ejea. Vincent resoplaba mientras lo leía. Le devolvió a Eximino el pergamino malhumorado.

—Bueno, Maestro Vincent... Así están las cosas... ¿Qué debo contestarle al Rey Ramiro?

Vincent se puso colorado de ira y resopló. Luño se había quedado blanco. Blanco y mudo, pues ahora el maldito Vincent sabía que Luño había desobedecido la sentencia, aunque hubiera sido con el gremio de Castilla, y eso le podría acarrear muy malas consecuencias. Pero, por otro lado, si era el mismo rey Ramiro quien pedía que fuese él, no había mucho más que pudiera decir el Gremio de Aragón. Hubo un largo silencio. Eximino miraba a Vincent, Vincent a Luño, que le devolvía la mirada de la forma más neutral que pudo, y a Eximino. Vincent, al fin, suspiró.

—De acuerdo, consiento. Se le otorgará un permiso especial de talla, pero pongo una condición: no podrá firmar sus obras. Jamás podrá poner su *me fecit*, así no dejaremos en entredicho la autoridad del gremio. Además, no podrá ayudarse de nadie, pues en su día podría intentar entrar en el gremio. Y por supuesto, su trabajo será llevado a

cabo de la forma más discreta posible.

Eximino miró entonces interrogante a Luño, que asintió, y volviéndose al representante del gremio de tallistas, le preguntó:

—¿Puedo con obreros que con toda seguridad nunca serán miembros del gremio? —Eximino miró duramente a Vincent. Éste se negó.

—No. Imposible. Cualquier persona que ayude a Luño, conocerá los secretos de la talla, y en su día, podría intentar entrar en el gremio y desvelar dónde, cuándo y con quién aprendió. Esto podría poner en riesgo la credibilidad del gremio.

—Maestro Vincent —dijo entonces Eximino en tono conciliador—, sed más benevolente. No me hagáis molestar de nuevo al Rey para pedirle una nueva... llamémosle sugerencia.

Vincent comprendió que, si no accedía, pasaría de nuevo por la vergüenza de tener que aceptar el trato obligado por el rey, así que no le quedó más remedio que concederlo, siempre y cuando nunca tuvieran la más mínima relación con el gremio. Eximino le tendió la mano a Vincent y luego lo hizo Luño, pero el viejo maestro la ignoró.

—¿Hay alguna otra cuestión, señor Abad? —preguntó el maestro.

—No. Nada más, maestro Vincent. Muchas gracias. Sabía que podría contar con vuestra comprensión y colaboración —respondió Eximino—. Podéis retiraros.

Vincent dio la vuelta y salió del estudio.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Luño miró a Eximino, que le devolvía una amplia sonrisa, y se acercó para abrazarle.

—¡¡Gracias, Eximino, gracias!! Cuando le agradeciste su comprensión, creí que estallaría en carcajadas..., pero, ¿cómo conseguiste el permiso del Rey?

—¿Olvidaste que el Rey Ramiro es monje? Y además benedictino, como nosotros, y es el Abad de San Pedro el Viejo, y... Bueno, entre abades... Por cierto, ¿será para ti un problema no poder poner tu *me fecit*?

—No, qué va, me da igual. Lo que yo quiero es tallar, llevar a la realidad mis ideas, ver cómo en la roca se va plasmando todo lo que imagino... y si además puedo hacerlo aquí, en mis montañas, sin

preocuparme del dinero ni del gremio ni de Vincent... ¿Qué más puedo desear?

—Y dime, Luño... ¿Es realmente necesario que precises de ayuda? Cuantas más personas sepan el secreto, más difícil será guardarlo...

—Se me ha ocurrido una idea —respondió el tallista—, y sí, es necesario que haya gente ayudándome, pero no te preocupes, ellos no sabrán nada de la gota. De todas formas, serán obreros que, como he dicho, jamás intentarán entrar en el gremio y en los que podrás confiar como en ti mismo: los monjes de San Juan. Enseñaré a tallar a algunos de ellos, no usarán el hábito, sino un mandil de cuero para protegerse de las afiladas esquirlas que saltan de la roca y trabajarán así más cómodamente. Mientras les esté instruyendo, dejarán de afeitarse la tonsura, y cuando todo empiece, podrán salir y entrar de la Casa sin despertar ninguna sospecha. Ya no parecerán monjes, sino simples trabajadores... Eximino, ¿tú confías realmente en mí?

—Claro, Luño, sin duda. Yo fui quien te hizo venir.

—¿Harás y me permitirás hacer todo lo que yo crea necesario sin preguntar?

—Lo que tú digas.

—Ven, te explicaré un poco por encima mi plan.

Luño le cogió del brazo y, caminando con él, salieron del monasterio mientras hablaban.

Al día siguiente, tras beber un tazón de leche recién ordeñada, se dirigió al estudio del Abad, le pidió un burro, dinero, una orden del monasterio para forjar herramientas y el pergamino del Rey Ramiro. Eximino le dio cuanto pedía y Luño se despidió de él.

---

<sup>5</sup> Nota del autor: Los abades que aparecen en esta novela están referenciados en el libro "Historia de San Juan de la Peña y del Reyno de Aragón", del abad Juan Briz. Algunos no se corresponden o no se ha encontrado una referencia fidedigna de ellos, pero se ha preferido seguir su lista para amoldarnos al ambiente de la época.

<sup>6</sup> Las neveras medievales se construían haciendo un profundo agujero en el suelo y depositando en él una capa de nieve pisada y otra de paja alternativamente hasta llenarlo. Sobre el agujero, se construía un túnel o una cúpula, según la región. La paja constituía un magnífico aislante, por lo que se conseguía tener hielo durante todo el verano. Esta nevera a la que se refiere el texto aún existe en la actualidad.

## 11. Luciano el asesino

Se dirigió al monasterio de Santa Cruz y, al llegar al río Aragón, fue hacia Jaca. Allí hizo la primera parada. Pidió fonda y establo y salió a pasear por la ciudad. Pasó por la puerta del maestro Migne, en la calle del Zocodover, y se acercó a la Catedral. Se quedó mirando aquella pared en la que se había recostado hacía unos años, tras la prohibición del gremio, sin un sueldo jaqués en la bolsa y sintiéndose el hombre más desgraciado del mundo.

Hoy no. Hoy tenía monedas, un permiso especial del mismísimo rey y del poderoso monasterio de San Juan, y hasta un burro para viajar.

Hoy podía comer lo que quisiera y donde quisiera. Dormiría en una fonda. En una habitación para él solo. En un catre con colchón de paja. Caliente y seco.

Cuando despertó, se dirigió hacia Castiello, a la herrería de Pericho. Lo encontró más delgado que de costumbre, más pálido, más envejecido. El repiqueteo del martillo en el yunque sonaba más lento, sin aquel característico ritmo que tanto le gustó escuchar por primera vez. Pericho estaba ya mayor. El tiempo había pasado y lo había hecho para todos. Él mismo ya no era aquel mozo aprendiz de tallista. Era todo un hombre. Y lo notaba, no sólo en su cuerpo, que le empezaba a pasar factura por su duro trabajo, sino también en la mente. Seguía viviendo para tallar, seguía disfrutando de su oficio, seguía asombrándose cuando plasmaba alguna idea en la piedra, pero ahora tallaba más despacio. Ahora buscaba más conseguir lo que quería plasmar que la perfección, ya que sabía que era el refugio de los mediocres. No era difícil conseguirlo, sólo laborioso, pero forjar un patrón, un estilo, conseguir, en definitiva, crear y no copiar era lo difícil. Luño había madurado.

Cuando pusieron de nuevo el hierro sobre las ascuas para volver a calentarlo, Pericho se acercó a Luño sonriendo y le abrazó.

— ¡Pericho! — dijo Luño mientras le devolvía el abrazo —. ¡Mi herrero favorito!

— ¡Y el único que conoces, adulador! — respondió el herrero riendo —. ¡Te haces caro de ver! ¿Cómo es que te has perdido por aquí?

—Necesito algunas herramientas, y me dije: ¿quién mejor que Pericho para hacerlas? —y abriendo su bolsa, le entregó una larga lista.

El herrero la miró y se puso serio. Eran muchas herramientas gremiales para hacer sin correr el riesgo de tener serios problemas.

—Conseguirás que me ahorquen, Luño.

El tallista rio abiertamente y le dijo:

—Pero no será por estas herramientas —y sacó la orden de forja del monasterio de San Juan, el permiso de talla del gremio y el pergamino del rey Ramiro con el sello real.

A continuación, vació sobre el yunque la bolsa de sueldos jaqueses. Era una pequeña fortuna. El herrero volvió a mirar a Luño, esta vez sonriendo asombrado. El tallista le explicó entonces que, por una antigua amistad con el actual Abad de San Juan, le había sido encargado hacer el claustro y había conseguido que el mismísimo Rey Ramiro le concediese un permiso especial pasando por encima del gremio. Pericho soltó entonces una carcajada y sujetó a Luño por los hombros a la vez que le daba palmadas. Luño había conseguido lo que tanto deseaba. Y se había saltado las estrictas normas del gremio que tantas trabas le había puesto. No sólo eso, además lo había hecho bajo la protección del poderoso monasterio de San Juan y del mismísimo Rey Ramiro.

El tallista le encargó todo el material que necesitaba, y cuando salió, tuvo la tentación de subir a su pequeña explanada en el bosque, sobre el río Aragón, pero desistió de ello y volvió a Jaca.

Cuando llegó a la ciudad, se fue a ver las obras de la Catedral y se sorprendió al comprobar que estaban acabadas. A Luño le gustaba esa iglesia. Grande, maciza, fuerte. La recordaba siempre en obras y una vez vio al Rey Alfonso visitarlas. Fue un Corpus Cristi. Él había ido con sus padres a la capital para celebrar tan solemne fiesta y pagar las alcabalas<sup>7</sup>. Recordaba el solemne cortejo, las relucientes cotas de malla, la señal real en las gualdrapas de los caballos de combate, el séquito magnífico... Todo se había quedado grabado a fuego en su mente. Sus ojos de niño se empaparon de todos los detalles, de los colores, de los sonidos... Cuando a los tres días regresó a su casa,

modeló en barro el séquito. Sonrió recordando aquellos burdos muñecos, aquellos caballos que podían ser cualquier animal menos un equino, pero que habían sido el detonante de su pasión, el origen de su locura por representar lo que le rodeaba.

Recorrió la catedral. Se entretuvo en «leer» los capiteles, los canecillos, las esculturas. Se detuvo en la portada y en el crismón. Leyó lo que había escrito: «En esta escultura, lector, deberás interpretar lo siguiente: P significa el Padre, A es el Engendrado, X es el Espíritu Vivificante. Estos tres son, en verdad, por derecho propio, un único y mismo Señor»<sup>8</sup>. A continuación, sus ojos pasaron al león de la izquierda y leyó lo que había escrito sobre él: «El león sabe respetar a quien se postra y Cristo al suplicante». Luego se fijó en el león de la derecha, «es un león fuerte aplastando el imperio de la muerte», leyó pensativo.

Para finalizar, leyó la frase que aparecía debajo de todo el conjunto: «Si quieres vivir, tú que estás sujeto a la ley de la muerte, ven aquí suplicante, desechando los placeres venenosos, limpia tu corazón para no morir de una segunda muerte». Luño pensó en lo afortunado que fue cuando Eximino decidió enseñarle las letras y el latín. Gracias a eso, hoy podía entender las inscripciones e incluso leer códices, pergaminos y documentos fluidamente.



Crismón de la Catedral de Jaca

Luño salió de la plaza y se dirigió a la calle del Zoco para saludar al maestro Migne. Lo encontró como siempre, quizás tenía el pelo más canoso, pero excepto eso, parecía no haber pasado el tiempo para él. Tras una breve charla, salió y siguió paseando por la ciudad.

Se dirigió hacia el norte, donde estaba el hospital que la Orden del Temple había erigido para alojar a los peregrinos que iban a la tumba

del apóstol Santiago. Se sentó bajo el árbol de la salud, junto a la puerta de Francia de la muralla, desde donde se podían ver las ruinas de Burnao, el barrio nuevo que había sido recientemente destruido por los ejércitos del rey de Navarra. Pudo ver el desfile de penitentes y escuchar el batiburrillo de lenguas que allí se hablaban. Alguno de los peregrinos contaba las monedas francas que aún le quedaban y hacía cálculos de cuántos sueldos y dineros jaqueses le darían en el cambio.

De repente, se abrió la puerta del hospital y Luño vio salir por ella a un pequeño grupo de jinetes de la Orden a galope tendido. Entre ellos, Luño reconoció de nuevo, por su capa negra, al sargento que en su día había asesinado a Fruya. Al pasar junto a él, se le quedó mirando y frenó su caballo en seco. El pobre animal casi cayó sobre su grupa al notar el brutal tirón en su bocado. El sargento hizo recular a su cabalgadura y se puso frente a Luño, mirándolo fijamente. El tallista sostuvo su mirada sabedor de que tenía la protección del monasterio y del mismísimo rey Ramiro. El sargento no dijo nada, azuzó con las espuelas a su caballo y se reunió con sus hermanos, que habían seguido galopando.

Luño se levantó despacio y caminó hacia el torreón de la moneda. Al pasar junto a él, pudo escuchar los sonoros golpes con los que acuñaban el vellón<sup>7</sup>.

Se dirigió a la puerta de la muralla que daba al río Aragón y se sentó a contemplar el paisaje. El monte Uruel siempre le había sobrecogido. Le hacía pensar en una especie de esfinge tumbada protegiendo el reino de Aragón. Entre éstas y otras ocupaciones fue dejando pasar los días, mientras Pericho fabricaba las herramientas, y cuando estuvieron finalizadas, subió de nuevo a Castiello.

Ya en la herrería, saludó a su amigo. Charlaron un rato, le pagó y, con las nuevas herramientas tintineando en las alforjas del burro, se dirigió al monasterio de San Juan.

---

<sup>7</sup> Tributo del tanto por ciento del precio que pagaba al fisco el vendedor en el contrato de compraventa y ambos contratantes en el de permuta.

<sup>8</sup> El crismón es el anagrama de Cristo. Parece ser que el tallista que realizó el de la catedral de Jaca no conocía la lengua griega y le dio la interpretación que él creyó

oportuna. En realidad, su significado es el siguiente: X es la letra griega [xi]; P es la letra P o [ro]; A es A o [alfa]; y, al lado derecho, se distingue una especie de W que es la letra [omega]. La S es la última letra de la palabra griega (*Cristós, Cristo*). Por tanto, el significado real del conjunto sería: X, P, S, abreviatura de *Cristós*; alfa y omega, el principio y el fin. «Yo soy Cristo, el principio y el fin».

9 Moneda acuñada con plata y cobre en proporciones variables, y solo con cobre desde el reino de Felipe V.

## 12. Chuan

Cuando llegó al monasterio, se encontró con la sorpresa de que Alodia y Aziz ya estaban allí. Se abrazaron y fueron a enseñarle a Luño cómo había quedado la que sería de ahora en adelante su casa.

Al tallista le gustó. No era un palacio, pero entre las dos habían convertido la espaciosa habitación en un sitio acogedor y agradable. Solo les faltaba una pequeña chimenea para cocinar y calentarse en invierno, pero Luño hablaría con Eximino y solucionaría ese problema.

Salió de la casa y fue al monasterio, donde se reunió con Ibdn y con Eximino.

—Quizás tengamos problemas —les comentó Luño—. Hay algo que no os he contado, no por ocultarlo, sino porque creí que no tendría importancia... Cuando estuve en Agüero trabajando, conocí a un caballero templario que había hecho promesa de construir la iglesia. El gremio averiguó que yo estaba tallando y vinieron a confirmarlo, pero no pudieron demostrarlo... En fin, en plena discusión con el caballero Fruya, insinuaron que él mentía y no lo dejó pasar. Los echó de la obra con cajas destempladas... La historia debió trascender, porque al poco vinieron más caballeros de la Orden para detener la construcción, a lo que Fruya se negó. Un sargento lo asesinó y se llevaron su cadáver. Nos ordenaron guardar silencio a todos los que habíamos visto lo sucedido, y, bueno, al menos yo sí lo he hecho, pero, tras esto, el destino ha cruzado las vidas del sargento y la mía, y en las dos ocasiones me ha reconocido... No sé si quiere acabar conmigo o sólo quiere asustarme...

—No hay que darle demasiada importancia —dijo Eximino—, pero tampoco quitársela... El Temple cada día se vuelve más poderoso en el reino. Y no sólo eso, sino que el mismo conde Ramón Berenguer es templario, aunque solo como *miles ad terminum*, es decir, con carácter temporal, como su propio padre, y no me extrañaría nada que parte de lo que requisa del monasterio vaya a parar a manos del Temple... En fin, buscaré a alguien que te proteja.

Al día siguiente, Luño empezó a reunir todo lo necesario para

enseñar a los monjes a tallar. Eligió para ello la explanada preparada para construir el claustro. Reunieron piedras y Luño comenzó por explicarles cómo sujetar el cincel y cómo golpear. El impacto debía ser seco, decidido, midiendo la fuerza para no sacar más material del necesario ni menos tampoco. Les mostró cómo, según el ángulo del cincel, la piedra saltaba de una manera o de otra, extrayendo más o menos cantidad y con más o menos profundidad. Les presentó también unos rudimentarios dibujos a carbón que les guiarían en su trabajo. Pero sobre todo les enseñó a escuchar su corazón a la hora de tallar, sin dejarse llevar por la búsqueda de la perfección, la cual solamente correspondía a Dios.

Los días iban pasando y el monasterio se había convertido en una extraña orquesta de sonidos metálicos en la que cada músico parecía tocar una melodía diferente, con diferente cadencia y diferente ritmo. La explanada se iba llenando de polvo y esquirlas de piedra, y cada vez eran menos los monjes que se dedicaban a esta labor, ya que Luño los iba seleccionando. Una tarde, vio acercarse a Eximino acompañado de un clavero de la Orden del Santo Sepulcro, como atestiguaba la Cruz Potenciada que lucía en su capa. Era un hombre alto y fuerte, pero pese a su monumental aspecto, se le veía tranquilo y noble. El abad se lo presentó. Era Chuan, el hombre que Eximino había elegido para protegerlo del sargento templario. Cuando se hubieron conocido, Eximino les pidió a ambos que le acompañaran a su estudio.

—El sargento, al parecer, se llama Luciano y está siempre acompañado por dos escuderos de la orden, Dacil y Vicient. Actúan bajo el mando de Andreas, el jefe de espías de la encomienda templaria de Huesca.

Parece ser que la historia de Fruya ya había sido olvidada, pero al ver Luciano a Luño a la salida del hospital del temple, se había reavivado todo y habían decidido acabar con el molesto testigo para evitar una posible denuncia.

Chuan, el clavero, se limitó a asentir con la cabeza y, desde entonces, se convirtió en su sombra.

Un día de verano, Eximino apareció en la explanada llamando a

Luño. El rey Ramiro había muerto. De repente, se habían quedado sin su más influyente protector. Había que esperar qué decisiones tomaría su heredera, Doña Petronila, pero de momento, debían ir con más cautela.

Por las noches, Luño se retiraba a su estudio cargado de libros y pergaminos procedentes del archivo del monasterio y los estudiaba hasta altas horas de la madrugada. Poco a poco, su estancia monacal se iba llenando de tratados de astrología, planos de las constelaciones y mapas. Una de esas noches, uno de los pergaminos se escurrió del montón y cayó al suelo, reflejándose en el cristal de la ventana. Luño se lo quedó mirando desde la mesa. Era la constelación de la ursa menor, una de tantas que Fruya le había enseñado a reconocer. De repente, se le ocurrió la idea. ¡Ese sería el plano de los sitios en los que escondería el tesoro! Ahora solo faltaba encontrar una serie de iglesias en las que hacer obras y que coincidiesen con la constelación, pero del revés, tal y como se veía reflejada en el cristal de la ventana. Pero eso sería demasiado fácil. En esas iglesias, lo que dejaría sería el código para saber dónde estaba escondida la gota.



Representación de la constelación de la Osa Menor

Poco a poco, Luño iba urdiendo un complicado plan.

De día, continuaba enseñando a los monjes a tallar y estos cada vez mostraban más pericia.

Habían pasado ya varios meses de esta continua rutina, hasta que un día Luño se dirigió al estudio de Eximino.

—Quería explicarte parte del plan para esconder la gota. Solo parte, ya que lo tengo pensado, pero sin desarrollar. —Eximino cerró el códice que estaba leyendo y le indicó que tomase asiento—. Verás, quiero basarlo todo en la constelación de la Osa Menor.

—¿Y precisamente en esa? —preguntó el abad.

—Sí —contestó Luño—, es una de las muy pocas constelaciones que se ven durante todo el año y tiene una estrella que prácticamente no cambia de lugar: la estrella Polar. Es la más brillante y siempre señala al norte. Lo que he querido hacer con esto es reproducir el cielo en la tierra. Verás.

Sacó entonces un pergamino en el que estaba dibujada la osa menor, y a continuación, otro con unos agujeros.

—Mira, Eximino, si ponemos el pergamino agujereado sobre el de la osa menor, verás que los huecos encajan en las estrellas de la constelación.

Le mostró otro pergamino en el que se veía un mapa del reino y puso el pergamino de los agujeros sobre el del mapa.

—¿Ves? No coincide nada, pero si ponemos el pergamino de los agujeros boca abajo y hacemos coincidir la estrella Polar sobre el monasterio, y luego lo giramos... ¿Ves? —dijo girándolo—. Se encaja en San Juan, Luesia, Biota, Ejea y Montemayor. Bien. En estos sitios construiremos iglesias o las reformaremos si ya las hay, y en sus tallas dejaremos la clave para saber dónde está cada parte del tesoro.



Encaje de la Osa Menor (en espejo) sobre el plano de Aragón siguiendo la idea de Luño. Fuente: Google Maps

—¿Cada parte? —preguntó Eximino sorprendido—. ¿Vas a separarlo en partes?

—Sí. Por un lado, es demasiado grande para esconderlo todo junto, y por otro, es una forma más de protegerlo, ya que por casualidad alguien puede encontrar una parte u otra, pero nunca su totalidad, garantizando así que el monasterio conserve el resto. Pero no te preocupes, no estarán muy lejos entre sí. Por otro lado, y para que no

se sepa tan fácilmente a qué se corresponde el plano, añadiré dos estrellas más. Además, quería llamarlas Aziz y Fruya en su honor. Verás, si tomando como centro la estrella Polar, la giras hacia abajo, uno de los agujeros, en el que estaba Luesia, encaja en El Frago, y el agujero de la segunda estrella corresponde a Agüero, y si lo giras hacia arriba, el agujero donde estaba Montemayor coincidirá con Uncastillo. «Escribiremos» en las tallas de estas iglesias dónde está cada parte de la gota... Aún no lo tengo pensado del todo, así que no me hagas demasiado caso, pero será una clave que necesitará de otra para ser descifrada, de forma que, sin las dos claves juntas, será imposible entender nada. En cuanto al cofre en el que guardaremos el tesoro, tampoco te preocupes, será fuerte como la misma piedra con la que trabajamos.

—¿Y has pensado, Luño, de donde saldrá el dinero para hacer tantas obras? —El tallista sonrió y preguntó a su vez.

—¿Y tú, Eximino? ¿Has pensado por qué necesitaba ayuda y estoy enseñando a los monjes? Eso es lo mejor del plan. Las obras no costarán nada, las haremos nosotros, y al Conde Ramón le diremos que hemos gastado todo el tesoro en ellas. Y como habremos usado la gota, no habrá nada que reclamar. Entonces solo será cuestión de no hacer ostentación de riqueza durante una temporada. Al Conde no le quedará más remedio que olvidarse de una gota que ya no existe.

—Luño —dijo sonriendo el Abad—, si no te conociera y no te hubiese visto entrar en la Casa de Nuestro Señor, diría que tu plan está inspirado ¡¡por el mismísimo Lucifer!!

En ese momento, llamaron a la puerta. Era Chuan, el clavero. Eximino le indicó que entrase y hablase. Le pidió al Abad que, dada su labor de constante protección y vigilancia, le permitiese traer al monasterio a su esposa Erenia y a sus hijos, Chuan y Cristián. Eximino se lo pensó durante un rato y concluyó que en el monasterio no podían vivir debido a las estrictas reglas de la Orden, pero que le permitiría construir en extramuros del monasterio una pequeña cabaña en la que podrían acomodarse como la familia cristiana que eran.

Chuan, a pesar de ser un clavero a quien solo se le supone

conocimiento de las armas, resultó ser un hombre interesado en la cultura y el arte, y poco a poco, se iba haciendo amigo de Luño. Charlaban a menudo de las tallas, sus simbolismos, sus interpretaciones y las técnicas.

El clavero llevaba varios días nervioso, esperando la llegada de su familia, hasta que, por fin, se presentó en el monasterio una mujer con dos niños, de unos 7 y 3 años. Rubia, con los ojos azules y aspecto nórdico, dijo llamarse Erenia y preguntó por Chuan, el clavero. El portero le indicó que esperase y fue a la explanada para avisarle, tras lo que salió corriendo hacia la puerta. Cuando llegó y vio a su familia, los abrazó efusivamente.

Los monjes habían ayudado a construir la cabaña, que ya estaba terminada, así que Chuan condujo a su familia hacia ella. Erenia comenzó a organizarlo todo y Chuan volvió a sus obligaciones, custodiando a Luño.

Aquella tarde, al terminar las labores de talla de los monjes, Chuan le dijo a Luño que fuese a su casa para conocerlos. El tallista accedió de buen grado.

Erenia era nórdica, de la antigua Dacia romana. Había llegado a Aragón siguiendo la ruta de los peregrinos de Santiago, pero en las montañas pirenaicas había conocido a Chuan y se habían casado. El hijo mayor, llamado igual que su padre, era callado, observador e inteligente, y el pequeño Cristián era como un pequeño corderito. Movido, tierno, simpático y hablador, aunque no se le entendía gran cosa. A Luño nunca le habían gustado los niños, pero el pequeño enseguida supo hacerse con él. Erenia ofreció la cena, unos exquisitos platos de su país, y al acabar, Luño se retiró al monasterio, dejando que la familia se reencontrase por fin.

Al llegar a su estudio, encendió la lamparilla de aceite y siguió estudiando los libros y pergaminos que tenía. Tomaba notas, y de vez en cuando, levantaba un mapa del reino junto con el plano de la Ursa Minor poniéndolos al trasluz. Marcaba con un carbón una serie de puntos y volvía a depositarlos sobre la mesa.

Al día siguiente, Luño acudió al estudio de Eximino con una vara jaquesa y le pidió que le enseñara de nuevo la gota. Eximino mandó a

los monjes a sus celdas a orar por el Rey Ramiro y se dirigió con Luño y Chuan a la iglesia superior del monasterio. Levantó los ladrillos y el tallista, cogiendo la vara, comenzó a medir los objetos más grandes y a apuntar sus medidas. El Abad en funciones, extrañado, le preguntó si pensaba esconderlo ahuecando las piedras de las futuras construcciones, pero él respondió que no. No se podría hacer así porque, si ahuecaba las piedras, no resistirían el peso y se romperían. Le pidió paciencia y siguió midiendo. Cuando acabó, guardó la lista que había elaborado y entre los tres cerraron la bajada al arbellón.

## 13. Doña Petronila

En los ratos de descanso, la familia de Chuan y la de Luño salían a pasear por los bosques de alrededor y el pequeño Cristián jugaba con el tallista. A Luño le fascinaba aquel niño. Era todo energía. Miraba con sus grandísimos ojos, como si quisiera memorizar cada pequeño detalle de aquello que veía. De repente, salía corriendo y llamaba a Luño con su lengua de trapo para enseñarle una piedra, un pájaro o una hormiga, siempre acompañando su descubrimiento con la sonrisa más limpia que hubiese visto nunca.

Al acabar el paseo, Luño regresaba a su pequeño estudio y seguía estudiando los papeles y libros que, cada vez más, iba acumulando en su pequeña mesa. Así transcurrían los días hasta que le vencía el sueño y se iba a dormir a casa.

De repente, se armó un gran revuelo en el monasterio. Uno de los monjes había visto subir hacia la montaña a una gran comitiva precedida por la Señal Real de Aragón.

Cuando llegaron, vieron que se trataba de la nueva Reina, Doña Petronila, su esposo, el conde Ramón Berenguer, y el gran séquito que les acompañaba. Venían a comunicar la coronación de la reina, al alcanzar su mayoría de edad, y tomar posesión de sus tierras. Cuando las ceremonias de presentación habían acabado, la Reina pidió confesarse con Eximino.

Se arrodilló en el confesionario y, antes de nada, le dijo:

- Esperad, señor Abad. El propósito de esta confesión no es tal.
- Vos diréis, mi señora – contestó Eximino algo confundido.
- Pues veréis: mi difunto padre, Don Ramiro, me ha hablado mucho de vos y de vuestro monasterio y del aprecio que le tenía. Él no estaba satisfecho con que mi marido, el Príncipe, quisiese cambiar el lugar de enterramiento de nuestros reyes y nobles a Poblet. Bueno, lo cierto es que no estaba de acuerdo con él en muchas más cosas, pero bueno, el negocio que me trae a hablar con vos no es mi marido, sino vuestra casa. Sé de los saqueos a los que os quiere someter y de hecho ya os ha sometido, pero abiertamente debo acatarle, pues es mi esposo ante Dios. Eso no quita que yo sea la Reina, y en definitiva, la mía sea la

opinión que prevalezca en los asuntos del reino. Lo que quiero, mi buen Abad, es que me hagáis llegar de inmediato cualquier noticia que tenga que ver con el Príncipe relativa al monasterio y deciros que, al igual que mi difunto padre, yo personalmente protegeré y favoreceré a San Juan en lo que sea menester. Don Ramiro me habló de un tallista llamado...

– Luño, mi señora – apuntó Eximino.

– Sí, Luño. Me contó que os ayuda a evitar el expolio. Bien, ese Luño cuenta también con mi real protección, aunque no abiertamente, pues mi posición me obliga a ser neutral y respetar fueros y gremios. Pero hacedme llegar lo más rápida y discretamente posible cualquier noticia o ayuda que necesitéis de mí. Y ahora, sin más, padre, dadme la absolución.

– Así se hará, mi señora. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Amen.*

Una mañana, Luño le pidió a Eximino los planos de construcción de algunas iglesias pertenecientes al monasterio. El Abad se dirigió al archivo y rebuscó entre los legajos. Sacó algunos de ellos y se los entregó al tallista. También le pidió que le presentara al maestro constructor de más confianza que tuviese. Eximino asintió y ambos volvieron a sus quehaceres cotidianos. Tras estar casi todo el día en la explanada supervisando el trabajo de los monjes, vio que se acercaba Chuan. Le dijo que, cuando anocheciera, saldrían del monasterio. Luño preguntó el motivo, pero el clavero no le contestó.

Esperó inquieto el final de la jornada y, al no ver a Chuan, fue a su estudio para seguir hilando su complicado plan. Al poco rato, oyó un par de golpes muy discretos. Abrió la puerta y el clavero le indicó que le siguiera en silencio. Salieron del monasterio y se internaron en el bosque. Al llegar a un punto determinado, Chuan se llevó un dedo a la boca para ordenar a Luño que no hablara, y tras una roca, vio el resplandor de una hoguera. Se trataba de un pequeño campamento que habían montado los tres templarios, Luciano, Dacil y Vicient. En aquel preciso momento, estaban cometiendo «pecado contra natura»<sup>10</sup> y Luciano se llevaba a la boca las partes pudendas de Dacil, mientras que Vicient se masturbaba. El tallista había oído hablar de

aquellos episodios entre los templarios, pero tras conocer la honestidad de Fruya, pensó que todos serían igual de íntegros y que solo serían habladurías, pero estaba claro que se había equivocado. Cuando los tres se terminaron de vestir, Vicient, haciendo un gesto de complicidad a sus compañeros, dijo que se iba a buscar algo para cenar. Al poco tiempo regresó con un par de cucumiellos y el clavero enseguida reconoció los poderosos hongos alucinógenos que crecían en los excrementos de los animales. El templario se comió uno y esperó a sus efectos. Cuando hicieron su aparición, se sentó apoyado en el tronco de un árbol con los ojos perdidos y un hilo de baba colgando de su labio inferior. Chuan le hizo señas a Luño de marcharse y dio la vuelta. Éste le siguió. Cuando estuvieron suficientemente lejos, le preguntó:

– ¿Qué están haciendo aquí, Chuan?

– Llevo días vigilándolos... Te están espiando. Supongo que buscan algún motivo para presentarte ante el Justicia de Jaca. Al fin y al cabo, ahora perteneces a San Juan, y si te hacen algo por su cuenta, el monasterio podría presentar quejas y entonces serían ellos quienes compareciesen ante el Justicia.

---

10 Denominación que se le daba a las relaciones homosexuales.

## 14. El modelo del pórtico perfecto

Habían pasado unas tres semanas del episodio nocturno de los templarios y Chuan, entrando en la explanada, llamó a Luño.

– He hecho algunas averiguaciones... Conozco la historia de Fruya.

– ¿Lo del accidente? – le interrumpió Luño.

– No. La verdad. Sé que, aunque la responsable fue la Orden del Temple, la mano ejecutora fue la de Luciano. Y están haciendo lo posible por encubrir su crimen. Todos los trabajadores que estuvieron en Agüero han muerto o han desaparecido, pero aún les queda un testigo: tú. Como no perteneces al gremio, no era fácil encontrarte, así que habían olvidado la historia, pero cuando te vio a la salida del hospital de Jaca, se reavivó toda la historia. Al parecer, no les gusta dejar cabos sueltos y quieren hacer lo posible por atar el último nudo que les queda. Y ese nudo, Luño, eres tú. Lo peor de todo es que tienen el apoyo de la Orden y el de Andreas, un jovencísimo caballero recién ingresado, que está dispuesto a vender su alma al diablo para alcanzar honor y fama de la forma más cómoda y menos arriesgada posible. Suele permanecer siempre en un segundo plano, solapándose tras el sargento y sus escuderos, interviniendo sólo cuando todo está acabado y llega el momento de recoger los laureles, aun a costa de sus subordinados.

Luño fue a ver a Eximino para explicarle toda la historia, pero el Abad le quitó importancia y le dijo que se lo haría saber a la Reina.

Por fin, un día llegó el maestro constructor. Se trataba de Nodio, un capomaestro que había abrazado la vida monacal ingresando en la orden Benedictina y que se dedicaba a hacer los planos de las iglesias, además de iluminar algunos de los códices que confeccionaba la Orden. Eximino llamó a Luño a su estudio y allí tuvieron una larga reunión. El abad los dejó solos al poco rato, ya que se le hacía difícil seguir los detalles técnicos de los que hablaban, pero Nodio y Luño permanecieron juntos hasta altas horas de la madrugada. Cuando Luño volvía por fin a su casa, la campana del monasterio tocaba vigiliass<sup>11</sup>.

Por las tardes, el tallista se reunía con Nodio y le preguntaba detalles

de cómo se realizaban las iglesias. Una de las cosas que más le llamó la atención fue la construcción de los muros. Se levantaban dos paredes de sillares de piedra paralelos y se rellenaba con ripio, una mezcla de mortero y piedras, para tapar el hueco interior. Esto le proporcionaba casi la misma solidez que una sola pared maciza de piedra. Nodio, tarde tras tarde, iba convirtiendo a Luño en un capomaestro. Le enseñó a construir el goat, el andamio de madera que se usaba para levantar los muros y las bóvedas; aprendió a calcular los ángulos de las dovelas y cómo construir los arcos haciendo que se sujetaran por sí mismos sólo con una piedra.

Cuando Luño pensó que ya tenía todos los conceptos asumidos, fue al monte Pano, reunió grandes cantidades de barro y lo limpió de ramitas, hojas y arena. Preparó una serie de sillares minúsculos y comenzó a hacer un pequeño modelo de pórtico, con su trozo de muro a ambos lados y sobre el tímpano.

Estas reuniones duraron varias semanas, y pasado ese tiempo, Nodio pidió pergamino, tinta, cálamos y se encerró a dibujar.

Luño, al día siguiente, fue a ver a Eximino.

– Bueno, ya está casi todo listo para empezar a llevar a cabo mi plan.

– ¿Ya lo tienes? ¿Puedes entonces darme ya las claves?

– ¡Huy, no! Una cosa es que estemos listos para empezar y otra muy distinta que el plan esté desarrollado por completo. Tranquilo, tendrás todas las claves, pero cuando todo haya acabado. Hay muchas cosas que aún pueden cambiar. Verás, de momento, empezaremos a preparar todo lo necesario. Ya he seleccionado a los monjes que trabajarán conmigo, con los que empezaremos a tallar.

– ¡Por fin se acabó el ruido! – exclamó el Abad.

– No, Eximino. Y lo siento, ya sé que es muy molesto, pero... verás, he pensado que, para evitar problemas con el gremio, prepararemos aquí, en el monasterio, todas las piezas y, una vez hechas, las llevaremos a los sitios donde haya que colocarlas. De esta manera, estaremos menos tiempo expuestos y el gremio no tendrá motivo de queja.

Lo primero que encargó a su «escuela», si es que podía llamarse así a

un puñado de monjes que apresuradamente habían aprendido a tallar, fue un capitel con la bailarina que el mismo Luño había ejecutado para Fruya<sup>12</sup>. Cada uno debería tallar los músicos e instrumentos que Luño les iría diciendo, pero era indispensable que la bailarina tuviese la misma retorcida posición. Los modillones que sustentaban los tímpanos de las iglesias tenían que ser también casi iguales. Solo cambiaría el personaje de quien devoraba el león. No tenía mucha importancia que estuvieran devorando personas o animales, lo importante eran los leones.

---

11 La hora de viglias prácticamente ha desaparecido, pero sigue manteniéndose en la orden cisterciense.

12 Ver imagen en Prólogo.

## 15. Preparativos

Mientras los monjes tallaban sus respectivas piezas, Luño iba tomando notas en un pergamino, seleccionaba uno de los capiteles o modillones y les hacía un burdo dibujo. Al llegar la noche, en otro pergamino más grande y menos arrugado, pasaba a tinta sus notas y esquemas, y modelaba en barro dos copias del capitel o el modillón que había seleccionado a dos tamaños: Uno, a escala de la maqueta que estaba construyendo; el otro, de un par de palmos que, pasados dos o tres días, llevaba a cocer al horno del monasterio. Durante el día, entre nota y nota, iba tallando los capiteles que serían parte del claustro. Eran los momentos más felices para Luño. Le llamaba la atención que, a pesar de tener una buena posición y hacer un trabajo realmente delicado e importante para esconder la gota, solo se sentía plenamente él en el momento de tallar, cuando se ponía su delantal de cuero y se dedicaba a su humilde oficio.

De vez en cuando, Chuan llamaba de noche a la puerta de su celda y salían a vigilar a los templarios, que continuaban con sus actos de sodomía y «pecado contra natura» en los que alguna vez participaba también Andreas, el Jefe de Espías, cuando iba a visitarlos para que le informaran. Al acabar, habitualmente Vicient se comía alguna de sus setas alucinógenas. A Luño se le hacía raro la integridad, el honor y la nobleza de Fruya comparada con la mezquindad de Andreas. De alguna manera, demostraba que la Orden empezaba a entrar en decadencia. Quizás debido al exceso de poder o, simplemente, al afán de crecer, se había dejado de seleccionar a los caballeros que entraban en ella.

## 16. Luesia

Cuando el primer grupo de capiteles y modillones estuvo listo, Luño hizo construir a los monjes unos rastrones y pidió unos bueyes. También rogó a Eximino que ordenara oración para los monjes para que estuvieran en sus celdas. Entonces, Luño escondió en uno de los rastrones la copia de barro cocido y, cuando los monjes acabaron de orar, seleccionó a unos de ellos, terminaron de cargar las piedras en los rastrones y, junto a Chuan y Nodio, salieron cargados del monasterio.

El pequeño grupo pasó por Santa Cruz y, al llegar a Puente la Reina, se dirigieron a la izquierda, hacia la primera de las iglesias en las que harían obras: Luesia.

Tras unas semanas de camino, desde lejos vieron su castillo sobre un imponente peñasco de piedra con su torre pentagonal.



Torre pentagonal del Castillo de Luesia

—Mira, Chuan —dijo Luño—. El pentágono es uno de los de los símbolos templarios. Creo que llegamos a tierra hostil. Si no me equivoco, y creo que no, no tardaremos en ver un emisario camino de la encomienda de Huesca, que informará de la llegada de extraños a Luesia. Andreas y Luciano, sabrán pronto que estamos aquí.

—Bueno —contestó el clavero, quitándole importancia—, tenemos la protección de San Juan y de la reina. Además, fíjate, la torre se adapta a la roca que la sustenta, puede ser casualidad. Para ser un pentágono, es un poco extraño, ¿no? Pero también es cierto que los ojos del Temple llegan a todas partes y tienen espías bajo cada piedra. Tienes razón, estaremos alerta.

Cuando llegaron a la iglesia, se presentaron al cura y enseñaron las

credenciales que les había dado Eximino, y junto a ellas, la orden de hacer un nuevo pórtico en el muro oeste de la edificación. El párroco asintió y les dio permiso para hacer lo necesario.

El grupo montó las carpas que serían sus viviendas y el taller mientras duraran las obras y, en cuanto se hubieron acomodado, comenzaron a trabajar.

Primero colocaron un fuerte andamiaje de madera en la portada oeste y sacaron del muro una fila de sillares, mientras iban metiendo en los huecos un grueso tronco que sujetaba esa parte del muro. Luego comenzaron a derribar la antigua puerta y una porción del muro. Nodio sacó sus planos y comenzó a hacer cálculos y a tomar medidas, mientras que, de vez en cuando, ayudado por unas cuerdas y unos compases de madera de varios tamaños, pintaba con un trozo de yeso líneas en el suelo. Cada vez más, estas líneas se iban pareciendo más a una bocina. Luño lo miraba admirado por la precisión de su trabajo.

El clavero, por su parte, se dedicaba a vigilar y procurar enterarse de los movimientos del pueblo.

Con los sillares que habían retirado del muro, el pequeño grupo había ya comenzado a cimentar el nuevo pórtico abocinado y se distinguían las siete secciones en las que se sustentarían las columnas y los arcos, aunque sólo estaban «presentados» en su sitio para que Nodio pudiese seguir con sus cálculos.

Ya no había luz, por lo que decidieron dejarlo para el día siguiente y retirarse a las carpas para cenar y dormir.

Cuando Luño se levantó, se asomó al exterior y pudo ver a Chuan sobre una pequeña loma mirando hacia la lejanía. Siguió la dirección de su mirada y pudo ver a lo lejos un jinete que galopaba hacia Huesca. Supo que la encomienda de la Orden no tardaría mucho en saber que Luño no estaba en el monasterio. No le preocupó demasiado, ya que sabía que contaba con la protección real, aunque sólo fuese a través de San Juan.

Cuando todos se hubieron levantado, bebieron un tazón de leche con un poco de pan y volvieron a la iglesia para seguir montando el nuevo pórtico. El día transcurrió mientras colocaban los sillares que

Nodio iba marcando y seguían bajando las piedras ya talladas de los rastrones. Cuando hubieron acabado los zócalos, comenzaron a subir los tambores que compondrían las columnas por medio de la aportadera que habían traído en los rastrones.

Poco a poco, el nuevo pórtico iba adquiriendo su estructura y su forma y, cada día que pasaba, era más reconocible. De vez en cuando, el cura visitaba las obras y parecía sentirse satisfecho, tanto por su avance como por su aspecto.



Pórtico de la iglesia de San Salvador (Luesia)

Una noche, Luño escuchó que le llamaban con voz queda desde el exterior de su carpa. Enseguida reconoció a Chuan, se levantó y abrió. Efectivamente era el clavero, y como tantas otras noches en el monasterio, le indicó que le siguiera. El tallista se vistió y fue tras él. Salieron del pueblo, y en un claro del bosque, pudieron ver de nuevo a los tres templarios entregados a sus cotidianos actos, pero ahora Luño sabía que estaban allí para espiarle.

Volviéron a las carpas y se acostaron.

Al día siguiente, a media mañana, se presentaron en las obras Luciano, Dacil y Vicient. Preguntaron por el maestro de obras y le pidieron todos los permisos, planos y memorias. Cuando Nodio les preguntó con qué derecho lo hacían, le contestaron que Luesia pertenecía al Temple y tenían poder para reclamarlo. Nodio sabía que no era cierto, pues había preguntado al párroco y le había confirmado que Luesia pertenecía a San Juan y no al Temple, pero para evitar problemas, enseñó todo lo que le pedían, pero aun así, les prohibieron continuar hasta nueva orden. Cuando se fueron, Chuan pidió un caballo y salió a galope hacia Jaca. En sólo cinco días, tenía en el cinto una orden firmada por la reina Petronila, en la que se

comunicaba que las obras debían continuar y prohibía expresamente a la Orden volver a inmiscuirse tanto en Luesia como en las villas pertenecientes a San Juan. Entonces se dirigió a la encomienda templaria de Huesca. Allí pidió hablar con el Caballero Comandante de Propiedades.

– Señor – dijo cuando se encontró ante él –, os traigo un documento real de Doña Petronila. Si dudáis de su autenticidad, sujeto a él podréis ver las plicas y el sello real.

El caballero lo leyó y se limitó a decir de forma avinagrada que podían continuar las obras. Chuan enrolló de nuevo el pergamino, lo ató con las plicas, lo volvió a guardar en el cinto y regresó a Luesia. Allí encontró a Luño, a Nodio y a los monjes.

– Vengo de hablar con el Comandante de Propiedades de Huesca. Tenemos permiso para reanudar las obras.

– ¿Cómo lo has conseguido? – le preguntó Luño.

– Yendo a Jaca. Al castillo de la reina. Le he explicado la situación, y en el mismo momento, ha mandado llamar a su notario y le ha ordenado redactar la orden.

– ¿Y cómo se te ha ocurrido?

– Don Eximino me recomendó que, si surgía algún problema con el Temple, me presentase ante la reina mencionando su nombre, y ha funcionado – contó Chuan sonriendo.

Todo el grupo brindó con vino entre risas y volvieron al pórtico para seguir trabajando.

Aquella noche, fue Luño quien llamó a la puerta de Chuan y, cuando salió, le hizo señas para que le siguiera. Salieron de la fonda y Chuan se dio cuenta de que había un gran bulto bajo su capa. Fueron primero a las obras y luego al bosque que rodeaba el pueblo. Cuando regresaron, el bulto había desaparecido.

En unos meses más, el pórtico estaba acabado. El grupo abandonó el pueblo y regresó a San Juan. Al llegar, Luño, Chuan y Nodio se dirigieron al estudio de Eximino y le relataron lo ocurrido con el sargento y sus dos escuderos. El abad les confesó que algo se había imaginado, y por eso había hecho aquella recomendación al claverero.



Detalle de los capiteles de la iglesia de San Salvador (Luesia)

## 17. En la Encomienda del Temple

Se dieron unos días de descanso, ya que el trabajo había sido bastante duro y apresurado durante esos meses, pues temían que, a pesar de la orden, regresasen los templarios. Chuan se dedicó a disfrutar de su familia y Luño a seguir estudiando todos los documentos que se acumulaban en su mesa: códices, legajos y pergaminos... Llegó un momento en el que tuvo que empezar a apilarlos en el suelo. A media tarde, solía ir a su casa a buscar a Alodia y a Aziz, y juntos iban a la cabaña del clavero para salir a pasear con su familia, a la que cada vez iba cogiendo más cariño, sobre todo al pequeño Cristián. El niño, definitivamente, se había ganado a Luño y le hacía participar de todos los juegos que creaba su inagotable imaginación. Luño no podía evitar sonreír cada vez que pensaba en aquel pequeño corderito. Alternaba aquellos paseos con otros que daba con Nodio, pero que, aunque menos divertidos, eran muy agradables e ilustrativos. El maestro le explicaba los secretos de la arquitectura, cómo construir las cimbras para sujetar las nerviaciones o cómo hacer que solo la clave sujetara toda la estructura de una cúpula.

Mientras tanto, en la encomienda del Temple en Huesca, en el estudio del jefe de espías, había otro tipo de reuniones bastante menos cultas e instructivas y mucho más dañinas. Luciano, Vicient y Dacil se lamentaban de que Luño se les hubiese escapado. Pensaban que, con el episodio de Luesia, habían conseguido morder, pero solo habían encontrado hueso. Pero Luciano era paciente, como una víbora que se camufla entre las hierbas del borde del camino y, sin hacer el más mínimo ruido, se limita a esperar que su víctima pase por delante para lanzarse sobre ella y esperar cobardemente a que el veneno haga su trabajo. Y sus dos escuderos no se quedaban atrás. Vicient era medio calvo, aunque hacía lo posible por tapar su incipiente alopecia, de labios finos y la mirada más torva que jamás nadie hubiera visto. Siempre que no estaba bajo los efectos de los cucumiellos, maquinaba la forma de hacer daño con tal de que él y la Orden se llevasen los méritos, aunque no fueran suyos. Y Dacil, más bajo que Vicient y Luciano, pero muy fuerte, en sus ratos libres se dedicaba a mover piedras para desarrollar aún más su musculatura, y

además solía tomar unas pócimas cuya fórmula había conseguido de otro escudero que había estado en Jerusalem y que hacía que se le hinchasen los músculos, convirtiéndolo en algo realmente grotesco. Sus ojos azules, como de acero, fríos e inexpresivos nunca presagiaban nada bueno.

Todos buscaban la forma de prender a Luño y poder ejecutarlo lo antes posible. Sabían que el tallista no tenía el título y no pertenecía al gremio, pero también que estaba protegido por la reina y, aunque no conocían cuál, intuían que había algún tipo de acuerdo entre Petronila y el monasterio de San Juan.

Vicient y Dacil llegaron incluso a acudir a la logia del gremio.

–Querriamos hablar con el representante del gremio –dijeron al llegar. Al poco, apareció el maestro Vincent.

–¿Qué desean? –preguntó.

– Querriamos hablar con vos sobre el extraño caso de un tallista.

Vincent de inmediato sospechó que se trataba de Luño y los condujo a su estudio. Cuando todos se hubieron sentado, el maestro Vincent invitó a hablar a los dos escuderos.

–Pues veréis, hemos oído hablar de un tallista, un tal Luño, que está trabajando sin ser maestro ni tener el permiso de talla del gremio...

El maestro Vincent suspiró. ¿Es que nunca iba a librarse de aquel maldito?

–Luño, efectivamente, no es maestro ni lo será nunca, pero por una serie de circunstancias, el gremio le ha concedido un permiso especial para tallar. No hay más. Aunque no sea maestro, puede tallar. Él y su pequeño grupo.

–Pero... –dijo Dacil.

–No hay ningún «pero», señores. Pueden trabajar en las artes del gremio. Y no hay nada más. ¿Tienen alguna otra cuestión que plantear? Si no es así, les ruego que me disculpen. Tengo otros negocios que atender –dijo levantándose y dando por terminada la reunión.

De nuevo no les quedó más remedio que volverse con las manos vacías. Estas cosas, aunque eran favorables a Luño, no hacían más que

envenenar más aún a los cuatro templarios.

A los pocos días de haber llegado al monasterio, Chuan descubrió de nuevo el pequeño campamento de los caballeros. Lo habían movido de sitio, pero sin duda era el suyo. Reconoció varias de sus pertenencias, como el manto negro del sargento, con la cruz roja en el lado izquierdo, que sin duda se había quitado para poder moverse sin llamar la atención. Además, encontró algunas viandas, una pequeña bolsa en la que había cucumiellos secos (seguro que eran de Vicient), y envuelto en un paño, el pedazo de tocino que utilizaban sin duda para sodomizarse.

Cuando regresó a San Juan, fue a buscar a Luño.

—He vuelto a encontrar su campamento —le dijo al tallista—. Ellos no estaban, pero seguro que rondan cerca.

—No le des más importancia —le contestó—, mientras solo vigilen, no habrá problemas. Lo malo será cuando dejen de hacerlo, porque querrá decir que han encontrado algo, aunque no sé qué. Bueno, vamos a empezar a preparar el siguiente viaje. Esta vez iremos a El Frago, a la iglesia de San Nicolás. Pero esperaremos algunas semanas para salir, quiero tallar algunos de los capiteles del claustro y adelantar un poco mi pequeño modelo del pórtico perfecto.

Mientras Luño tallaba los capiteles, el grupo de monjes preparaba los sillares de cimentación y las columnas, así como las dovelas que compondrían los arcos. Eximino le encargó que en sus tallas contase algunos pasajes de la Biblia, ya que así estarían presentes en la mente de los monjes cuando acudiesen al claustro para orar.

Luño encargó también al resto de tallistas un tímpano con la escena de la epifanía. A Chuan le sorprendió que repitiese precisamente esa escena, y Luño contestó sonriendo:

—Los hombres y los reyes ofrecían regalos a Nuestro Señor. No a los hombres, sino a Dios.

Aquella noche, fue el tímpano lo que Luño modeló en barro para su maqueta y luego otro un poco más grande para cocer en el horno.

## 18. El Frago

Cuando tuvo unos capiteles acabados, el tallista pidió de nuevo rastrones, bueyes, algo de dinero y llamó a Chuan. Cargaron todo, incluyendo la copia del tímpano.

Al día siguiente, volvía a salir una comitiva del monasterio. Cuando llegaron al río Aragón, se dirigieron hacia el sur. A los pocos días de haber empezado su camino, al salir del bosque hacia un pequeño llano, se cruzaron con un grupo de caballeros templarios.

—¿Quiénes sois y qué hacéis por este camino? —preguntó el templario que encabezaba la comitiva<sup>13</sup>.

—Somos unos masones contratados por el monasterio de San Juan para hacer obras en la iglesia de San Nicolás de El Frago —contestó Nodio adelantándose.

Nombrar el monasterio de San Juan era casi un salvoconducto; no obstante, los caballeros registraron un par de rastrones, y al comprobar que efectivamente llevaban piedras talladas, los dejaron continuar. Luño suspiró, agradeciendo que no les hubiesen reconocido ni retenido más tiempo y que no hubiesen visto la pieza de barro cocido. Siguieron su camino y, en unos días, llegaron al pueblo, montaron las carpas, y de nuevo se presentaron al párroco, que les dio el permiso solicitado para empezar a trabajar.

El pórtico original se encontraba en un lateral del extremo de la planta, ya que la torre, que ocupaba una de las esquinas, impedía que estuviese centrada. Además, el tímpano no tenía ninguna talla debido a la pobreza de la parroquia. Nodio se quedó mirando la torre y le dijo al sacerdote:

—Podemos hacer un nuevo pórtico centrándolo en el paño sur. Por otro lado, también tallaremos un pequeño tímpano para la puerta que está junto a la torre. No nos costará mucho, y mejorará bastante el aspecto. No modificaremos los modillones ni los capiteles, creo que solo con el tímpano, será suficiente. Ya verá, Mosén, al estar más centrado, resaltará vuestra iglesia.



Parroquia de San Nicolás (El Frago)

Al cura le pareció muy buena idea y comenzaron a levantar el andamiaje de maderas y troncos. Seguían la misma técnica: Montaban el andamio, quitaban una fila de sillares y rellenaban el hueco con un tronco grueso que sujetaba el muro. Luego desmontaban la parte inferior y construían el nuevo pórtico.

Luño seguía tomando notas y Chuan se dedicaba a otear el bosque por si veía alguna señal que delatase a los templarios. Nodio seguía dirigiendo las obras y los monjes continuaban afanados en sus tareas. Todo se desarrollaba con normalidad, hasta que un día, se presentó ante el grupo el mismísimo Jefe de Espías sobre su caballo. Sin duda, la comitiva de la Orden con la que se habían cruzado en el camino había pasado el informe a la Encomienda de Huesca. Nodio, como maestro de obras, se acercó a él.

— ¿Qué se os ofrece, señor? ¿En qué podemos ayudaros?

— ¡Oh, en nada! —contestó Andreas—. Solo sentía curiosidad por vuestro trabajo y me acerqué a observaros...— Entonces se quedó un buen rato mirando a Luño.

Aquel maldito jovenzuelo se olía algo, aunque no sabía qué y le encantaba hacerse notar y que todo el mundo comprobase su poder. Luño supo que tendría que andarse con pies de plomo si no quería ser descubierto. Le extrañó que no le acompañaran sus tres perros de presa, pero esa ausencia también le dejó claro que no estarían lejos, ya que Andreas no tenía valor para ir solo a ningún sitio. Al rato de estar observándolo todo, volvió a subirse a su caballo, picó las espuelas y se

fue.

Aquella misma noche, Luño volvió a llamar a Chuan y salieron de la carpa para dirigirse, como la vez anterior, a las obras y luego al bosque. De nuevo, Luño llevaba un bulto bajo su capa, y también como en otras ocasiones, al regresar, había desaparecido.

Al día siguiente, cuando volvieron al trabajo, descubrieron que alguien había estado revolviendo sus cosas. Las lonas con que estaban cubiertos los rastrones que aún no habían destapado no estaban en su sitio y varios tambores de las columnas habían sido empujados rodando hasta pararse en los sillares del zócalo, llegando incluso a mellar algunos de ellos.

Al ver ese desorden, Chuan miró a Luño sonriendo. Habían mordido en hueso una vez más.

Organizaron todo y siguieron trabajando. Las piezas que habían destrozado los templarios las rehicieron de nuevo. Habían estado discutiendo largo rato y no querían que su pórtico tuviese fallos antes de bendecirlo. Esto les hizo permanecer en El Frago más tiempo del previsto, pero las columnas quedaron como las habían proyectado Nodio y Luño. Esta vez, el tallista se puso a decorar las dovelas que pondrían sobre el tímpano.

— ¿Qué estás haciendo, Luño? — preguntó Chuan al verlo.

— Decoro las dovelas — respondió entre golpe y golpe.

— ¿Y eso para qué?

— Bueno, me aburría... Las de los arcos superiores no importan, son solo decoraciones, pero hace años, con el abad Eximino vi en un antiguo códice un calendario con los dibujos, y desde entonces me apetecía tallar las de la primera fila: los trabajos de cada mes del año.

— ¿Los trabajos de cada mes? — preguntó el clavero.

— Sí. Los trabajos del campo. Verás, para el primer arco, traemos doce dovelas. Cada una de ellas representa un mes del año. Ya tengo acabadas tres. En la primera, se mostrará a un campesino tocando la chirimía<sup>14</sup>. Está contento y agradecido a Nuestro Señor por haberle concedido un año más. Es enero. En la segunda, que representa febrero, puedes ver al campesino calentándose al fuego. En la tercera,

marzo, el hombre poda sus frutales para prepararlos y que den su fruto; en abril, recoge los primeros brotes. La siguiente dovela representa mayo. Hace mejor tiempo, así que nuestro amigo sale al campo a cazar con su halcón. Tras esta dovela, tallaré la de junio, en la que el campesino sacude algunas gavillas de trigo para guardar sus granos y sembrar al año siguiente. En julio cosechará, y en agosto majará la cosecha con el mayal<sup>15</sup>. En septiembre, el campesino sembrará, y en octubre, tras recoger la uva y pisarla, meterá el mosto en un tonel para hacer vino. En noviembre, claro, hará la matanza del cerdo, no queremos que se nos acuse de ser judíos o moros, ¿verdad? Y en diciembre haré una mesa repleta de manjares para celebrar la Venida del Salvador.

–Es curioso –dijo Chuan–, nunca había reflexionado sobre todo esto...

Cuando tuvo todas las dovelas acabadas, Chuan ayudó a Luño a recoger los cinceles, punteros y gradinas, y salieron de El Frago hacia Montemayor para llevarlas a afilar al herrero, ya que no había uno en aquel pueblo. Encargó a los monjes que fuesen montando los arcos sobre el tímpano. Cuando regresaron a las dos semanas, Luño se echó las manos a la cabeza. Los monjes las habían montado al revés, empezando por diciembre y acabando por enero. Pero ya no había solución. Todos los arcos estaban ya colocados, así que lo dejaron como estaba.



Dovelas del pórtico de la iglesia de San Nicolás de El Frago



### Detalle de los capiteles de la iglesia

Cuando el pórtico estuvo acabado, rellenaron el hueco en el que estaba el tronco con un pequeño tejaro<sup>16</sup> y llamaron al cura para que viese su iglesia acabada y bendijese el nuevo pórtico. Así se hizo. Se celebró una misa, y tras despedirse del párroco, salieron del pueblo.

Por el camino, Chuan iba hablando con Luño sobre la talla. Aunque era hombre de armas, tenía espíritu de artista.

– Luño, debe ser bonito tu trabajo... ¿Tú me enseñarías a tallar?

– Si tú quieres, sí. Ya verás. ¡Es maravilloso ver cómo las imágenes salen de tus manos! Es toda una experiencia. Aunque parezca una herejía, casi te sientes Dios en el momento de la Creación.

En lugar de ir por el camino más recto hacia el monasterio, se desviaron un poco al oeste para llegar a la iglesia de Agüero.

Al llegar, a Luño se le llenó la cabeza de recuerdos. La iglesia estaba tal y como la había dejado el lejano día de la muerte de Fruya. Quedaban sillares diseminados por toda la zona. Unos rotos, otros no. La logia, la cabaña en la que trabajaban y vivían los canteros, estaba casi derrumbada. Algunos de los sillares que quedaban esparcidos se habían llenado de musgo. Todo presentaba un aspecto decrepito. Era como si en ese lugar hubiese tenido lugar una gran batalla. Le dio a Chuan un tallante y le explicó cómo usarlo.

– Alisa las caras de estos dos sillares, a ver cómo se te da.

Cuando el clavero alisó un par de sillares, le dio una gradina y su maza y le pidió que tallase una cara. Chuan lo hizo, y aunque el resultado no era ninguna maravilla, Luño sabía que para ser un buen tallista solo necesitaba sacar más esquirlas. Práctica. Horas de talla. Tenía que asumir que, al contrario que el modelaje, se trataba de quitar, había que pensar al revés, y eso era lo más difícil. No se trataba de poner una nariz, sino de rebajar los pómulos y el resto de la cara. El clavero, de haberse dedicado a este oficio, hubiese sido muy bueno. Pidió a los monjes que levantaran un pequeño goat, un andamio en el paño norte al que hizo subir al clavero.

– ¿Ves ahí arriba ese canecillo? Talla a Andreas..., pero deja que sea tu corazón quien guíe tu brazo. Intenta representar no solo al Jefe de

Espías, sino también su alma.

Chuan siguió tallando mientras Luño se trasladaba a la cara sur.

Dejó pasar el tiempo en aquel mismo sitio en el que su amigo el caballero había decidido enseñarle los misterios de las estrellas. Se entretuvo mirando el atardecer y recordando aquella época en la que solo era un joven pobre que debía realizar su trabajo casi en secreto, como si estuviese cometiendo un delito. Al caer la noche, los golpes seguían oyéndose y Luño se asomó discretamente. El clavero había encendido una pequeña hoguera y seguía tallando con su luz. Se le oyó trabajar hasta muy tarde, y al fin, se fue a dormir con el resto del grupo.

Al día siguiente, Luño fue a ver su obra. Se daba un ligero aire al Jefe de Espías, pero lo había tallado con cuernos, como si fuese un diablo. Tras él, apareció el clavero y le pidió su opinión. El tallista le respondió que el retrato del jefe de espías no estaba mal, pero que el retrato de su alma era perfecto y comenzó a reírse a carcajadas, recordando aquel retrato del maestro Vincent que él mismo había realizado en un árbol, con un par de cuernos muy similares a los que ahora ostentaba la talla de Chuan.



Andreas con cuernos tallado por Chuan (Iglesia de Santiago de Agüero)

Entre todos recogieron y siguieron su camino hacia San Juan, pero antes de partir, Luño se escabulló del grupo y se dirigió a una de las columnas que había quedado en medio de la iglesia sin concluir, y en su fuste, firmó por primera y única vez una de sus obras, aunque no se atrevió a hacerlo con su nombre, sino con sus apellidos: «*Deia D'Aresa me fecit*»<sup>17</sup>.

En unos días llegaron al monasterio y Eximino llamó a Luño a su estudio.

—Se está construyendo una nueva iglesia en Montemayor —le dijo—. Sería conveniente que fuese tu próxima obra si entra dentro de tus planes, ya que podrás montar tus piezas sin el riesgo de deshacer lo que ya está construido.

—Dame un rato y te lo confirmaré, pero creo que no habrá ningún problema.

Luño volvió a su celda a consultar sus documentos. De nuevo comenzó a superponer pergaminos con agujeros y mapas y a mirarlos al trasluz. Al rato volvió y le dijo a Eximino que le parecía bien, preparó sus copias a dos escalas de una de las nuevas piezas que había escogido en barro, y en un par de días, tras cocer la más grande, empezó a preparar la nueva expedición. Eximino también le pidió que le explicara cómo estaba ocultando la gota, pero Luño le dijo que lo iba escribiendo todo y que, por seguridad, cuando hubiese acabado, le entregaría el pergamino en el que se desvelaban todas las claves.

Al salir del estudio, Luño se encontró con Chuan y con el pequeño Cristián que, al ver al tallista, dibujó en su rostro una gran sonrisa y salió corriendo hacia él para abrazarle. Luño se agachó para recibirlo, y enseguida el «pequeño ternasco», como lo había acabado llamando, se separó de él y, cogiéndole de la mano, le hizo correr por todo el monasterio. Estuvieron un rato jugando y, de repente, Chuan preguntó a Luño:

—¿Cuántas obras tendremos que realizar todavía?

—Quedan cinco —le contestó—. En total serán nueve.

El clavero, hombre de mente analítica, se sorprendió del número.

—Solo hemos llevado a cabo dos, ¿no deberían quedar siete?

—Hemos hecho dos entre todos, pero ya estaban levantadas otras dos que adaptaremos al plan: Ejea y Agüero. Son cuatro, por lo que quedan cinco.

El inteligente Chuan no terminaba de entender que tuvieran que sumar precisamente nueve.

—¿Nueve? ¿Por qué no diez? —preguntó.

—En la hora novena murió nuestro Salvador en la Cruz. Además, el

nueve es uno de los números sagrados de los masones y canteros. El nueve es tres veces tres, es decir, el número perfecto repetido tres veces. También es el número que representa al Espíritu Santo y a la perfección divina. ¿Te has fijado, Chuan, en las extrañas cualidades del nueve al renacer siempre de sí mismo? Si elegimos alternativamente de arriba y de abajo dos números del cero al nueve y los sumamos, nos dará siempre nueve. Cero más nueve son nueve. Uno más ocho suman nueve. Siete más dos, nueve; seis más tres, nueve; cinco más cuatro, nueve... Por otro lado, si multiplicamos el nueve por cualquier número y sumamos sus cifras, quedará reducido a nueve. Es decir, nueve por dos, dieciocho, y uno más ocho, nueve; nueve por tres, veintisiete, y siete más dos, suman de nuevo nueve. Es uno de los números de la perfección, pues la circunferencia, figura geométrica perfecta, tiene trescientos sesenta grados. Así pues, tres más seis más cero son nueve. Media circunferencia son ciento ochenta grados, y uno más ocho más cero, suman nueve. Un cuarto de circunferencia son noventa grados; nueve más cero, nueve. Cualquier división que hagas de la circunferencia, siempre la podrás reducir a nueve. Si sumas todos los números menos el nueve, esto es: uno más dos más tres más cuatro más cinco más seis más siete más ocho, el resultado es treinta y seis. Y seis más tres son nueve. Multiplica nueve por cualquier número. Si sumas las cifras del resultado, te darán nueve. Si sumas los ángulos de cualquier figura geométrica y las cifras del resultado, te dará siempre nueve. El nueve y las tallas son las claves, así como la estrella polar en la constelación de Ursa Minor, aunque yo le he añadido dos estrellas más: Una en el nombre de Aziz, mi hija, y otra en el de Fruya.

Erenia asomó la cabeza a la puerta del monasterio y llamó a Chuan para cenar. Se despidieron y Luño acudió, como siempre, junto a su familia. Luego volvió a su estudio y de nuevo en su mesa se entretuvo en pasar al pergamino sus notas hasta que, cansado, volvió a su casa, se acostó y esperó a que el sueño le venciese.

A la mañana siguiente, mientras Luño desayunaba con Alodia, y Aziz, la madre pidió a la hija que saliese a buscar un pan al monasterio, y aprovechando que se habían quedado solos, habló con

Luño.

– ¿Sabes, Luño? Aziz se ve con un mozo del valle. Se llama Ebarido.

– ¿Es un hombre honrado y trabajador? – inquirió el tallista.

– ¡Oh, sí! – exclamó Alodia –. Trabaja en la alquería de su padre, es el primogénito y siempre pagan puntualmente diezmos y primicias. Son cristianos viejos, y cada año celebran la fiesta de la matanza del cerdo. No es bebedor ni jugador y es un buen mozo.

– Aziz – dijo Luño – siempre ha sido una moza inteligente y sensata, como su madre – añadió sonriendo –. Consiento en ello... Lo cierto es que será un hombre afortunado y tendrá una buena dote.

– Solo hay un pequeño problema – dijo Alodia –. Tiene un tión<sup>18</sup>.

– No creo que eso sea un problema para Aziz. Siempre ha sabido ganarse a todo el mundo – contestó Luño –. Se llevarán bien... Bueno, tengo que ir a trabajar.

El tallista salió de la casa y acudió al llano en el que estaría el claustro y dio a algunos de los monjes tallistas los planos y medidas de una serie de columnas, y con el resto de religiosos, arreglaron los patines de los rastrones, ya que estaban tan desgastados que no serían capaces de aguantar un nuevo viaje hasta Montemayor. Cuando estuvieron arreglados, los cargaron con las piedras talladas, Eximino envió a los monjes a orar a sus celdas por los hermanos que partían, momento que Luño aprovechó para esconder su copia de barro cocido, y emprendieron de nuevo el viaje.

---

<sup>13</sup> En aquella época, sólo los nobles y los canteros tenían derecho y permiso para salir de su villa y viajar. A los siervos se le denegaba ese derecho para que no tratasen de trasladarse a las tierras de los señores que mejor los trataban y correr así el riesgo de despoblar las del amo de origen.

<sup>14</sup> Instrumento musical de viento hecho de madera a modo de clarinete con diez agujeros y boquilla con lengüeta de caña.

<sup>15</sup> Instrumento compuesto de dos palos, uno más largo que otro, unidos por medio de una cuerda, con el cual se desgrana el centeno dando golpes sobre él.

<sup>16</sup> Tejadillo o alero del tejado.

<sup>17</sup> Ver Prólogo.

<sup>18</sup> Uno de los miembros de la familia tradicional del alto Aragón. El heredero siempre era el hijo mayor, porque el objetivo de «la casa» (la familia o el linaje) era engrandecerse y la herencia nunca se dividía. Si el heredero tenía un hermano

soltero, debía trabajar para él. Este era el tión. No era un trabajador, ya que no se le podía despedir, y era inferior en rango al hermano mayor, aunque podía influir en las decisiones de «la casa». Cuando el heredero moría, la casa pasaba a manos de su hijo mayor. Si el tión seguía vivo, continuaba en las mismas condiciones.

## 19. Luna

El camino transcurrió sin incidentes hasta la villa de Montemayor. Sobre uno de los extremos de un promontorio en medio de un precioso y verde valle, rodeado por pequeñas montañas, se alzaba la torre de un castillo. Para tranquilidad de Luño, era de planta cuadrada, lo que indicaba que no pertenecía a la Orden del Temple. Pero cuando llegaron, se encontraron con una gran sorpresa. La construcción de la iglesia estaba ya muy avanzada, el pórtico hecho y estaban a punto de colocar las cimbras que sujetarían durante la construcción los arcos del tejado.



Ermita de San Gil Abad, en la villa de Luna

Nodio preguntó por el maestro de obras y habló con él largo rato. A juzgar por sus gestos, discutían y no se ponían de acuerdo. Al rato, Nodio regresó junto a su grupo y les explicó cuál era el problema.

—La planta está ya construida —les explicó—, incluido el pórtico. No hay sitio para colocar las tallas que llevamos. Casi la totalidad de la obra está pagada por la noble familia de los Luna, así que tampoco hay posibilidad de agrandarla para colocar otro pórtico.

—Pero la titularidad de la iglesia pertenece a San Juan —intervino Luño— y ellos nos ordenan colocar nuestras tallas.

—Ya —contestó Nodio—, pero el problema es que los canteros no harán más trabajo del pagado por los Luna. Y ellos no aportarán más dinero del que ya han entregado. De momento, como yo soy quien representa al monasterio y tenemos la orden de construcción, he mandado paralizar las obras y esperaremos a que venga alguien de

rango superior para resolver este problema.

Como era ya habitual, Chuan, el más resolutivo del grupo, se subió su caballo y salió a galope tendido hacia el monasterio. El grupo de Luño montó sus carpas junto a la logia de los canteros y se dispuso a esperar.

Por fin, a las dos semanas, vieron aproximarse a un grupo de caballeros. Se trataba de Eximino, un par de miembros de la familia Luna y una pequeña comitiva, entre la que se encontraba la mismísima reina Doña Petronila. Llamaron a Nodio y al maestro de obras y hablaron con ellos. Ambos negaban con la cabeza y discutían. Al rato, Luño pidió permiso para acercarse.

—He pensado... —comenzó Luño y la Reina le interrumpió, preguntándole quién era—. Mi nombre es Luño, mi Señora, solo soy un humilde tallista, pero creo haber encontrado una solución a nuestro dilema.

—¿Una solución? —preguntó doña Petronila—. Continúa.

—Puesto que el problema es que los canteros no quieren hacer más sillares sin cobrar por ellos y el precio está ya acordado, se puede desmontar el último tramo de la planta y usar esos sillares para hacer crecer la iglesia en altura, aunque se acorte su planta, y como el pórtico está terminado también, se colocarían las tallas en una segunda arquería sobre la primera del ábside. Si faltase algún sillar, lo podemos hacer nosotros mismos sobre la marcha. Por lo demás, las dovelas de las nerviaciones del techo, así como el techo mismo, están ya preparados en el suelo, junto al muro del castillo, listos para ser colocados. De esta forma, se insertarán las tallas, se aprovecharán los sillares ya esculpidos y no se tendrá que pagar nada más, puesto que el precio de la construcción del techo será el mismo que el que habían acordado y, aunque más corto, los masones lo compensarían con la altura de sus muros.

Todos estuvieron de acuerdo menos los Luna, los que costeaban la construcción, que querían una iglesia más grande, ya que su nombre se vería representado en ella.

—Mi Señora —dijo Luño, volviéndose a la reina—, si a vos os parece apropiado, se puede resolver el desagravio por este

empequeñecimiento de la iglesia dando a la villa de Montemayor el nombre de la familia de los Luna. Así pues, Montemayor pasaría a llamarse Luna, y para ellos siempre será más honorable perpetuar su noble apellido en toda la villa que en una sola construcción.

Los Luna abrieron los ojos y sonrieron satisfechos mientras miraban expectantes a la Reina. Petronila accedió y a los Luna les pareció perfecto. Echaron un vistazo a las obras, montaron en sus cabalgaduras y se marcharon, pero antes, la reina se acercó a Luño y le dijo:

–Así que tú eres el famoso Luño... Eres astuto. Empiezo a comprender a Eximino.

Entonces tiró de la rienda de su caballo, lo hizo girar y desapareció con el resto de la comitiva.

Tal y como había quedado acordado con la reina Petronila, los días siguientes ambas cuadrillas los dedicaron a desmontar el último tramo de la planta de la iglesia y usaron los sillares para elevar la altura de los muros y contrafuertes. Al llegar al ábside, colocaron las columnas y capiteles que habían traído los monjes.



Detalle del ábside de la ermita de San Gil, en Luna



### Detalle de las columnas y capiteles de la ermita de San Gil

De nuevo, una noche, Chuan y Luño hicieron una breve incursión en sus asuntos fuera de sus carpas. Esta vez no aparecieron los templarios. Seguramente habían sido informados de la presencia la reina y no habían querido entrometerse.

Aunque ya habían acabado la segunda arquería del ábside, se quedaron aún unas semanas para ayudar a terminar de subir los muros, cerrar el extremo de la nave que había quedado abierto y tallar los sillares que faltaban. Cuando hubieron montado las cimbras de madera para empezar a colocar las nerviaciones que sujetarían la bóveda, se despidieron de la otra cuadrilla y se marcharon. Durante el camino de vuelta, como ya iba siendo habitual, Chuan y Luño se retrasaban ligeramente y charlaban entre ellos. El clavero, de repente, preguntó a Luño por sus secretas salidas nocturnas. Luño confiaba ya plenamente en él, así que le contó lo que realmente estaban haciendo.

—Mira, Chuan, además de embellecer las iglesias que pertenecen al monasterio y otras en las que se nos permite trabajar, estamos haciendo otra cosa...

— ¿Otra cosa?

—Sí... Estamos escondiendo el tesoro del monasterio. El Conde Ramón quiere quedárselo y las tallas son claves para que los monjes sepan dónde está oculto... Llevamos siempre una de las piezas en barro cocido, que es la que sirve de clave de cada iglesia. A la vez, voy haciendo un plano de dónde se encuentra cada una. Al ser barro cocido, será duradera, aunque esté enterrada. Si alguien encuentra alguna de las piezas, la romperá para sacar el tesoro que hay dentro, pero no hallará nada, así que descartarán definitivamente esa figura, y eso es precisamente lo que pretendo. Son pistas falsas... y comprenderás que no te cuente más... Sería traicionar a Eximino...

Chuan asintió y no volvió a hablar del tema.

Cuando al fin llegaron a San Juan, encontraron el monasterio revuelto. Los monjes iban y venían apresuradamente de un lado a otro. Eximino, con el Abad Juan, supervisaban todo este alboroto.

— ¿Qué pasa, Eximino? — preguntó Luño sorprendido.

—Nos han anunciado una nueva visita del conde Ramón y estamos escondiendo los mejores objetos de culto y sustituyéndolos por otros de cobre y bronce para evitar que se los lleve al monasterio de Poblet. Lo que Eximino no sabía es que el conde Ramón Berenguer, usando su condición de templario *ad terminus*, había tenido una reunión con el comendador territorial del Temple en Huesca y le había comunicado sus sospechas de que los monjes estuviesen escondiendo el tesoro del monasterio para que no pudiese llevárselo, así que había prometido a la Orden del Temple un diezmo de la gota si conseguían recuperarla. Por supuesto, el comendador llamó a su Jefe de Espías.

—Andreas —le dijo el comendador—, quiero que se vigile la actividad del monasterio de San Juan, y en especial la de un tallista llamado Luño.

—Ya se está haciendo, mi señor. Luño es el único testigo que queda de la muerte de nuestro hermano Fruya, a quien Dios tenga a su diestra —le contestó cínicamente Andreas.

—¡Vaya! Pues al parecer también está ayudando al monasterio a esconder sus bienes del Conde Ramón... o al menos eso cree él.

—No os preocupéis, mi señor, está vigilado. Estamos buscando una excusa para presentarle ante el Justicia, pero goza de la protección del monasterio y de la mismísima reina Petronila. No es fácil...

—Continuad con la vigilancia y poned especial atención en que no saque el tesoro del monasterio. El abad lo debe haber escondido, pero mientras permanezca en él, tarde o temprano saldrá a la luz y el Conde podrá requisarlo. Pero andad con pies de plomo. No quiero ni el más mínimo roce con la reina. Nos jugamos mucho en este lance. Quiero que, cuando se dé el golpe, sea lo más fuerte y certero posible. Si nos equivocamos, puede haber represalias de Doña Petronila. Mantenedme informado semanalmente.

—Así se hará, señor Comendador —respondió Andreas sonriendo y salió del estudio.

—Otra cosa más, señor Jefe de Espías —le detuvo el comendador—. Andreas se paró y se giró sobre sus talones.

—Decidme, señor.

—Ha llegado a mis oídos que uno de sus escuderos se droga con cucumiellos que sale a recoger con la excusa de buscar algo para cenar. No quiero que se repita.

El Jefe de Espías ya lo había oído, pero no había hecho nada al respecto. Salió en silencio y se dirigió a su estudio, mandó llamar a Luciano y le preguntó directamente:

—Luciano, dime, ¿es cierto que Vicient come cucumiellos?

—Sí, señor, pero parece ser que es más efectivo bajo su influencia, por eso no he hecho nada al respecto.

—Quiero que deje ese vicio —ordenó Andreas—, o al menos, si no es posible, que lo haga con mucha más discreción. He recibido una advertencia del comendador.

—Hablaré con él, pero no sé si será posible... Las setas son muy adictivas y cada vez necesita más cantidad para encontrarse en buen estado.

En el monasterio, a esas alturas, ya todos los monjes sabían dónde se guardaba la gota y corrían de un lado a otro sacando todo el bronce y el cobre del arbellón y escondiendo en él los objetos de oro, plata, perlas y piedras preciosas que utilizaban habitualmente para el culto. Por otro lado, otros corrían con los más preciados códices del archivo y los colocaban detrás de los de menor valor o los escondían bajo montones de harina y grano en el horno y el molino del monasterio.

Todos los privilegios reales que los distintos reyes habían concedido al monasterio se escondían en los sitios más insospechados para evitar que el Conde los hallase y los hiciera desaparecer. De repente, Eximino se dio un golpe con la palma de la mano en la frente y corrió a su estudio, regresando al breve tiempo con un pequeño cofre. Luño lo reconoció enseguida, en él se guardaba el Cáliz de Nuestro Salvador. Eximino, dudando, miró al tallista con ojos interrogantes. Luño cogió el cofre y salió corriendo hacia la explanada del claustro, cogió una palanca, levantó uno de los capiteles que habían apilado junto a otros y metió el cofre en uno de los huecos que formaban entre sí, lo cubrió de arena y esquirlas de piedra y depositó de nuevo el capitel, cubriéndolo todo.

Justo a tiempo, porque en aquel momento entraba la comitiva del

Conde en el monasterio. Fue recibido por el Abad Juan y Eximino, que hacía como que traducía los gestos y sonidos guturales que Ibdn realizaba a modo de bienvenida. Enseguida preguntó por el Cáliz, pero el Abad emitió unos sonidos que Eximino se apresuró a interpretar.

—El Abad Juan dice que el cáliz se encuentra en posesión de la reina Doña Petronila y está ahora en el monasterio de San Pedro el Viejo, en Huesca.

Visiblemente contrariado, el Conde fue al archivo y de allí sacó unos cuantos volúmenes. A continuación, acudió a cada una de las capillas cogiendo de ellas todo lo que encontraba de valor, pero sólo pudo hacerse con una pequeña patena de plata y algunos objetos de cobre dorado al fuego. Al preguntar dónde estaba el tesoro de la Orden, Eximino le explicó que se iba gastando al pagar las obras que el monasterio hacía en sus iglesias, en la limosna de los pobres y en la vida de la comunidad. El Conde de Barcelona, encolerizado, contestó que volvería, y que si a su vuelta no encontraba más riquezas para el nuevo monasterio de Poblet, habría consecuencias. Prohibió, bajo pena de destierro del Abad, que se gastase ni un solo dinero más en obras que no fuesen las de su monasterio. Dio la espalda a Ibdn y Eximino, llamó a sus gentes y se fue.

En la comunidad, se hizo un silencio desolador. ¿Qué harían ahora? Pero Luño miró a Eximino sonriente. Al preguntar la causa de su expresión, se acercó a él, lo cogió del brazo y salió del monasterio.

—Eximino, ha sido el mismo Conde quien nos ha dado la solución de todo.

—¿Pero acaso no has oído a Don Ramón?

—Claro —contestó Luño—. Verás, ahora es cuando podemos tranquilamente esconder toda la gota y confesar que no queda absolutamente nada. ¿Cuáles serán las consecuencias? Tu destierro... o mejor dicho, el destierro del Abad. Del Abad Juan, o sea, de Ibdn. Genial. Ibdn será expulsado del reino y con su sentencia de destierro podrá atravesar todo el territorio cristiano y dirigirse al sur, hacia Granada o cualquiera de las taifas moras sin que nadie se lo impida. Enseñar la sentencia de destierro será más efectivo que cualquier

salvoconducto. ¿Te das cuenta, Eximino? De una sola jugada, el mismo Conde ha salvado la gota y a Ibdn.

Eximino se quedó con los ojos como platos, y tras unos segundos, comenzó a reír a carcajadas. Llamó a Ibdn y le contó el plan. Era tan sencillo y efectivo que era imposible que fallase.

Poco a poco, el monasterio volvió a la normalidad y los monjes a su vida cotidiana.

## 20. Un escondite provisional

Al poco tiempo, Eximino llamó a Luño a su estudio y le dijo que temía que Don Ramón volviese al monasterio por sorpresa, así que el tallista tuvo que dejar al grupo de monjes con los que trabajaba y dedicarse a esconder temporalmente la gota. Realmente era muy posible que el Conde volviese, no era la primera vez que daba una sorpresa de ese tipo, así que empezó a pensar en los sitios cercanos donde podría esconder el tesoro de la comunidad.

De repente, una tarde que paseaba por los bosques que rodeaban el monasterio, al dar la vuelta a un recodo del camino, vio en el valle el monasterio de Santa Cruz, en el que vivía sor Josefa de Loarre. Subió corriendo hacia San Juan y entró en el estudio de Eximino como una exhalación.

—¡Eximino! ¡Eximino! ¡Ya sé dónde esconderemos la gota hasta que mi plan esté acabado!

—¿Dónde? —preguntó curioso.

—Verás, cuando retoqué el capitel de Vincent, estábamos construyendo el monasterio de Santa Cruz. Como es lógico, yo estuve presente durante su construcción y pude ver que en la iglesia, concretamente en el muro de la izquierda, se instalaba una puerta escondida. Conducía a unas escaleras que terminaban en una espaciosa habitación, pensada para que las hermanas pudiesen protegerse en caso de ataque de los moros. Nadie sabe de ella, excepto los masones que la construyeron, y ellos están obligados a guardar el secreto. Si tú, como Abad de San Juan, hablas con la superiora de Santa Cruz, quizás te permita guardar allí la gota hasta que la tengamos escondida y protegida de Don Ramón. Si el Conde regresa, ya podrá buscar donde quiera. No encontrará nada porque nada habrá.

—No es mala idea —respondió Eximino—. Acompáñame, bajamos a Santa Cruz.

Al llegar, preguntaron por la Abadesa y le explicaron su problema.

—No se me hace raro —contestó ella tras la exposición de los hechos—. Nuestra comunidad tiene el mismo problema. De hecho, ya

hemos escondido allí lo más valioso de nuestro tesoro. Aunque es mucho más modesto, sin duda, que el vuestro, señor Abad, también tenemos algo de valor: plata y cobre, pero el Conde no pone impedimentos a la hora de llevárselo. Por supuesto, tenéis permiso para esconder aquí lo que necesitéis. Lo que queda de sala, que aún es mucho, está a vuestra disposición.

Así, en unos días, la gota de San Juan fue trasladada a Santa Cruz.

Cuando hubieron acabado, el grupo de tallistas siguió con su labor y, en unos meses, cuando hubieron acabado las piezas de la siguiente iglesia y se preparaban para trasladarse al pueblo correspondiente, se dieron cuenta de que sus herramientas estaban ya muy desgastadas, así que Luño decidió ir a la fragua de Pericho para hacerle un nuevo encargo. Así, Chuan y él partieron hacia Castiello. Esta vez fueron directamente hasta la fragua, bordeando las murallas hasta la Puerta de Francia. Atravesaron las ruinas de Burnao y siguieron el camino de los peregrinos hasta Castiello. Al llegar, subieron su calle principal hasta llegar a la forja, pero le extrañó no escuchar los repiqueteos de sus martillos sobre el yunque. Luño entró y encontró al hijo de Pericho solo, sentado en una silla.

—Hola, Dachoberto —dijo al entrar—, ¿dónde está tu padre?

—Padre ha muerto —respondió él.

Luño se quedó helado. Su amigo, su cómplice, aquel que desde el primer momento tanto le había ayudado ya no estaba entre los vivos. Ya no mantendrían esas agradables conversaciones, ya no darían tranquilos paseos por la ribera del río ni por los frondosos bosques de alrededor. Luño notó que por su mejilla caía una lágrima. Se apoyó en la pared. La noticia había sido un auténtico mazazo. No se hacía a la idea de no ver nunca más a su amigo. Tardó en reponerse, pero cuando lo hizo, se dirigió a Dachoberto.

—Necesito nuevas herramientas.

—Pues tendrás que buscar otra fragua, Luño... Yo solo no puedo hacerlas. ¿Quién moverá el fuelle? ¿Quién martilleará conmigo antes de que se enfríe el hierro? No, es imposible...

Luño miró a Chuan y el clavero asintió con la cabeza.

—Si nos explicas cómo, nosotros podemos ayudarte. Simplemente, dinos lo que debemos hacer.

El joven herrero les dio unas directrices y les dijo que irían aprendiendo sobre la marcha. Todos estuvieron de acuerdo y el herrero buscó unos trozos de metal en uno de los rincones de la fragua, lo puso en el fuego y empezó a mover la cadena que levantaba el gran fuelle. Hicieron el primer puntero, y aunque no era tan perfecto como los que hacía Pericho, Luño se dio por satisfecho. Dejaron para el final los tallantes y los trinchantes, porque al ser mucho más complicados de realizar, Dachoberto estimaba que para entonces, tanto Luño como Chuan, tendrían suficiente práctica. Tardaron mucho más de lo normal en fraguar las herramientas. Al fin y al cabo, los ayudantes no eran herreros y algunas de ellas, al templarlas, se reviraban y se doblaban por no haber sido golpeadas con la misma fuerza, lo que les obligaba a destemplantarla y fraguarla de nuevo. Pero al cabo de poco más de un mes, estuvieron todas acabadas. Pagaron a Dachoberto y volvieron al monasterio.

## 21. Uncastillo

Llegaron al monasterio con las nuevas herramientas y las repartieron entre los monjes. Como iba siendo habitual, el tallista copió en barro a dos tamaños una de las piezas y Chuan no pudo soportar la curiosidad y le preguntó por el sentido que tenía hacer aquel trabajo. Luño le explicó que quería tener una maqueta de un pórtico con las más hermosas piezas que salían del monasterio. Sería imposible hacer todo un pórtico perfecto, pero sí se podía llevar a cabo en una pequeña maqueta de barro.

Reunió a los monjes tallistas y les pidió que comenzaran a preparar el siguiente viaje. Luño decidió que esta vez irían a Uncastillo. Allí había una iglesia cuya construcción se hallaba parada debido a que las órdenes religiosas no se ponían de acuerdo sobre la advocación que se le daría y a cuál de ellas iba a pertenecer. El caso era que, del nuevo templo, solo estaba construida la cripta y se usaba como iglesia hasta que las diferencias quedasen subsanadas. Era un buen sitio para colocar sus piezas y seguir construyendo sin tener que usar todo el andamiaje y los troncos de sujeción. Fue el obispo Don Pedro de Tarroja quien mandó un emisario a San Juan para pedir a Eximino que sus tallistas acabasen la iglesia. Avisó a Chuan, una parte de los monjes cargaron los rastrones y emprendieron el nuevo viaje.



Vista panorámica de la fortaleza de Uncastillo

Uncastillo quedaba lejos, pero contaban con la ventaja de que era invierno. Al estar todo nevado, los rastrones ofrecían menos resistencia al ser arrastrados por los bueyes. Por el contrario, tenía la desventaja del frío y la escasa duración del día, lo que les obligaba a detenerse más tiempo hasta que volviese a salir el sol. Tardaron casi un mes en llegar, pero al fin tuvieron Uncastillo a la vista.

Cuando llegaron a la iglesia, el panorama era desolador. Había

sillares y dovelas apilados, todo casi enterrado entre el polvo, el barro y la nieve. Chuan y Luño dedicaron aquellos primeros días a pasear por el pueblo para conocerlo y comprobar su seguridad y se sorprendieron. Era un pueblo señorial, dominado por una grandísima roca sobre la que se alzaba un imponente castillo del que sobresalía orgullosa la torre del homenaje. Chuan se volvió a Luño.

– Mira, Luño, ondean las barras de Aragón, no el bausán templario...

– Sí, pero eso no quiere decir que podamos relajarnos. Aunque los nobles no lo hayan aceptado, el temple y otras dos órdenes han heredado el Reino. Seguro que tienen aquí o en los alrededores, si no una encomienda, al menos sí un cuartel y sus ojos llegan, no lo olvides, al último rincón de Aragón...

Les sorprendió sobre todo el río que atravesaba la población, con sus pequeñas pasarelas de madera que comunicaban ambas partes, y que hacían del pueblo una sola unidad. Tras comprobar que toda la villa era relativamente segura, volvieron a la iglesia en construcción.

Por su parte, los monjes ya habían comenzado a desenterrar todo aquel material y a seleccionar lo que les serviría y lo que no. En los rastrones llevaban varias aportaderas que usaban para ir organizando las piedras según su utilidad. En unas semanas, tenían todo más o menos ordenado y comenzaron a subir los nuevos muros, en el punto en el que los anteriores masones los habían dejado, guardando un hueco en el lado sur para colocar el pórtico que traían.

Chuan continuaba con su eficaz labor de vigilancia y un día vio que de un punto del bosque salía humo. Enseguida sospechó que los tres templarios estaban allí, y aquella misma noche se acercó para investigar. Vio, en efecto, al sargento y sus escuderos y al parecer acababan de terminar sus habituales prácticas, ya que Vicient y Luciano se estaban acomodando las calzas, mientras que Dacil envolvía en un trapo un trozo de tocino. Chuan se quedó un rato observando y vio cómo este último sacaba de entre sus pertenencias una cruz, la arrojaba al suelo y escupía sobre ella. Luego se unieron a él Luciano y Vicient tras cantar algunos salmos que Chuan no pudo reconocer. El sargento arrojó entonces unos polvos al fuego, que de repente se avivó soltando una gran llamarada de color verde vivo, y

entonces los tres levantaron los brazos al cielo invocando a Bafomet. Al día siguiente, se lo contó todo a Luño que, de inmediato recordó las enseñanzas de Ibdn.

—No hay ninguna magia en el fuego verde —le explicó—, los «mágicos» polvos son borato de la Toscana, seguramente mezclados con limaduras de cobre, pero sabiendo que están aquí, esta misma noche ocultaremos la pieza de barro cocido.

Así se hizo, escondieron la pieza que llevaban y regresaron a dormir.

En unos meses, habían subido los muros hasta la altura de los modillones. Aquella mañana, al salir de las carpas, Luño vió pasar un mastín e inmediatamente le vino a su memoria Boira, la perra que había perdido la vida por salvar la suya, y decidió hacerle un pequeño homenaje. El problema era que no se le ocurría cómo encajar un mastin en la simbología establecida, así que penso en tallar a Clovis, el monje que había perdido su pie a causa de sus malas maneras. Ordenó a los monjes que subieran el resto de muros, y comenzó a tallar el modillón de Clovis.

En un par de semanas, lo terminó. Lo colocaron y comenzaron a montar el tímpano y, sobre él, las cimbras que sustentarían el arco hasta que la clave estuviese colocada sujetando el arco. A Luño no le gustaba ese pórtico. Al usar solo los sillares que habían encontrado al llegar, todos ellos cuadrados, no había podido hacer la obra que le hubiese gustado, y el resultado era bastante simple, casi esquemático. No había podido poner columnas ni capiteles, pero se conformó pensando que servía a su propósito.



Detalle del pórtico sur de la iglesia de San Felices (Uncastillo)



Detalle del modillón donde Clovis, atacado por Boira, sujeta su pie en la mano Chuan siempre vigilaba el bosque y, más de una vez, en el borde pudo ver el brillo producido por el sol al reflejarse en las dagas de los templarios. Intentaba imaginar cuál sería el siguiente paso para poder adelantarse. Pero aunque no inteligentes, sí eran cautelosos como serpientes, y no resultaba una tarea fácil averiguar sus movimientos. Un sábado, a primera hora de la tarde, se presentó en las obras el obispo Don Pedro de Tarroja, acompañado de un pequeño séquito, junto con Andreas, el Jefe de Espías de la encomienda de Huesca.

– Hemos oído hablar de vuestra maestría en la talla y sentíamos curiosidad por ver la obra... y algo más. Nos consideraríamos afortunados si en vuestro taller esculpiéseis el pórtico de la cercana iglesia de Santa María. De esta manera, el Obispado se ahorraría los dineros que costaría hacer venir a otra cuadrilla de masones y tallistas... Incluso no nos importaría, a cambio, daros una recompensa por vuestros trabajos.

– Nos halagáis con vuestras palabras, señor Obispo – contestó Nodio – , pero sólo somos unos pobres frailes y el respeto a nuestro voto de pobreza nos impediría recibir cualquier recompensa. Para nosotros, siervos de Nuestro Salvador, la mayor recompensa es embellecer sus casas.

En ese momento, Andreas se inclinó sobre su caballo sonriendo. Enseguida Luño vio la burda trampa, ya que el permiso del gremio de tallistas solo le permitía tallar para el monasterio de San Juan y sus iglesias. Para las que no eran de San Juan, necesitaría una orden real. Por otro lado, si el mismísimo Obispo se lo pedía, no debía negarse, así que le pidió tiempo para acabar los muros de San Felices. Cuando se hubieron ido, el tallista llamó al clavero y alquilaron dos caballos para partir hacia el monasterio de San Juan, dejando al resto de

monjes trabajando con el capomaestro.

Cuando llegaron, Chuan y Luño fueron a ver a sus familias. Luego el tallista se dirigió al estudio de Eximino, pero no lo encontró. En su lugar estaba Paterno, uno de los monjes que había conocido en el monasterio, que le dio la noticia: Eximino había muerto. Su amigo, aquel a quien debía tantos favores y enseñanzas y a quien quería como a un padre, se lo habían llevado unas fiebres, pero antes de entregar su alma a Dios, le había podido explicar todo el asunto de la gota, asegurándole que podía confiar en Luño como en él mismo, y le encargó que le ayudase en lo que hiciese falta. También le había contado el ardid de Ibdn y esa parte estaba ya cumplida y el falso Abad desterrado. No debía faltar mucho para que se reuniese con los suyos.

Luño se quedó petrificado. Pidió dispensa a Paterno para salir un rato y orar por el alma de su amigo. Fue en primer lugar a una de las capillas, donde se arrodilló y habló con el Creador. Le pidió que le llevase a su lado, lo cuidase y amase, pues había sido un hombre bueno. Luego fue al bosque donde tantos paseos habían dado los dos médicos y lo recordó recogiendo hierbas con Ibdn y explicándole cuáles eran sus beneficios o el efecto de sus venenos; o enseñándole las primeras letras o los números y figuras geométricas, con qué compuestos fijar los pigmentos que usaba, cómo crear los colores... Luño lloró en silencio por su gran amigo.

Tras un largo rato, cuando se calmó, regresó al monasterio. Entonces, el nuevo Abad le hizo llamar. Paterno quiso indagar algo sobre la gota, pero Luño le dijo que no se preocupase, que en cuanto estuviese todo acabado, le daría los pergaminos con todas las claves para saber exactamente dónde se ocultaba.

Al volver a su casa, se acostó en el catre y se quedó mirando al techo sin poder dormir, a pesar del cansancio del viaje y las palabras de consuelo que le dedicaron Alodia y Aziz. Cuando se hizo de día, Luño fue a buscar a Chuan. Él ya conocía la triste noticia.

— ¿Cómo afectará esto a nuestros trabajos? — preguntó el clavero.

— De ninguna manera. Eximino, al sentir que se iba a reunir con el Creador, le contó todo a Paterno y él está de acuerdo en seguir con el

plan. Todo continúa igual.

Luño fue entonces a ver a Paterno y le explicó la tesitura en la que se encontraba.

— Veréis, Paterno, el obispo Don Pedro de Tarroja se ha presentado en la obra con Andreas, el Jefe de Espías de la Orden del Temple, para pedir que tallemos para una iglesia que nada tiene que ver con el monasterio.

— ¿Y cuál es el problema? — preguntó.

— Pues el problema, señor Abad, es que Eximino me consiguió un permiso especial de talla, sí, pero solo para San Juan y sus iglesias, no es útil para la de Santa María. Si trabajo para conformar al obispo, que sin duda está presionado por el Temple, en un sitio en el que no puedo hacerlo, incumplo el permiso del gremio y no sé cómo puede acabar el asunto... o, mejor dicho, si lo sé, pero no quiero pensarlo. Acabaría en la horca...

— Entiendo — dijo Paterno —, a ver qué podemos hacer... Eximino me dijo antes de su muerte que la reina Petronila estaba dispuesta a ayudarnos en todo lo que hiciese falta... Veremos si es cierto.

Paterno sacó un pergamino y escribió una carta. Llamó a uno de los novicios y lo envió a Huesca, donde residía la reina. A las cinco semanas, volvió con la respuesta. Era un documento real con sus plicas y su sello de cera en el que la misma soberana prohibía a Luño tallar sin una orden directa del monasterio de San Juan. Paterno escribió a su vez otra carta en la que ordenaba acabar la iglesia de San Felices, exceptuando la bóveda y la techumbre, y regresar inmediatamente al monasterio.

Chuan y Luño regresaron a Uncastillo. Por el camino, Luño iba callado. La muerte de Eximino le había afectado, tanto por el dolor de su ausencia como por la realidad que se planteaba ante él; también por su propia edad y, por tanto, por su mayor proximidad a la muerte. Intentó no darle más importancia y pensar sólo en lo que le quedaba para acabar el encargo que le había hecho el anterior Abad.

Llegaron a Uncastillo y continuaron la obra hasta que, a las pocas semanas de haber vuelto, el obispo Don Pedro, acompañado de Andreas, se presentó de nuevo:

—¿Habéis pensado en lo que os he encargado? —le preguntó a Nodio.

—Sí, Don Pedro, pero no podemos complaceros en esta ocasión, aunque podéis creer que hemos removido cielo y tierra para poder cumplir vuestros deseos. No sólo nos lo ha prohibido el gremio y nuestro Abad, también la Reina Petronila... Ya sabéis el aprecio que su majestad tiene por nuestra casa y quiere que no perdamos tiempo más que en engrandecerla. Vuestro encargo nos llevaría muchos meses y Doña Petronila quiere que ese tiempo lo empleemos sólo en San Juan y sus iglesias.

Nodio se acercó al obispo y le mostró ambos documentos y Andreas lo miró enfurecido. El sacerdote, más acostumbrado a estas cuestiones con la realeza y la nobleza, disimuló. Giraron sus caballos y salieron de la villa.

Como en otras ocasiones, Chuan y Luño fueron a esconder una nueva pieza de barro.

En los siguientes meses, continuaron las obras y, cuando llegaron a la altura marcada por Paterno, dejaron de trabajar permitiendo que la siguiente cuadrilla de masones construyese las cimbras, las nerviaciones y la techumbre.

## 22. Un encargo real

De nuevo regresaron a San Juan y se encontraron con la sorpresa de que Paterno ya no era el abad, sino Ximeno, un monje más joven. Paterno era ya muy mayor y no se sentía capaz de llevar ni el monasterio ni la trama de la gota ni mucho menos los intrincados movimientos del Temple. Ximeno habló con Luño largo rato. Al igual que Paterno, le pidió las claves de los escondites y él le contestó que se las daría todas, pero cuando estuviese acabado el plan, ya que aún había que ultimar muchas cosas y no quería darle datos que probablemente luego cambiarían. Sólo le dijo que toda la clave se encontraba en las obras y la principal base eran las estrellas.

Cuando salió del estudio de Ximeno, fue al claustro para ver cómo iban las obras y, a continuación, se dirigió a su casa.

—Hoy vendrá a comer Ebarido. Quiere pedirte la mano de Aziz —le dijo Alodia cuando llegó.

—¿El mozo del que me hablaste?

—Sí. Yo ya le he conocido y es un buen muchacho. Creo que será feliz con él. ¿Qué le dirás?

Luño sonrió.

—¿Que qué diré? Tú ya lo has decidido, que sí. Sabes que la adoro y siempre la he tratado como si fuese mi propia hija. Pero tú eres una mujer y su madre. Sabes más de estas cosas. Si a ti te parece bien, no tengo nada más que decir.

—Pues ya está todo dicho —le respondió Alodia sonriendo a su vez —. Prepararé la comida.

Al rato, llegó Aziz con el muchacho. Luño lo observó. Era un mozo alto y bien plantado, de ojos azules. Se le veía tranquilo, callado e inteligente. Desde luego, Aziz no se había equivocado y Alodia tampoco. Le gustó. Comieron y entonces Ebarido pidió la mano de Aziz. Luño se la concedió.

Pasaron unos meses tallando más capiteles mientras los monjes continuaban con los elementos sin historiar, como columnas, sillares y dovelas.

Luño alternaba su trabajo con paseos con su familia, visitas a Chuan,

salidas nocturnas al bosque para vigilar a los templarios y juegos con el pequeño Cristián. Solía reflejar el sol con su cuchillo y hacerlo correr sobre las rocas y paredes del monasterio, provocando que el pequeño persiguiese el reflejo y lo intentase alcanzar. Al chiquillo le encantaba ese juego y cada vez que ambos estaban juntos, su risa resonaba por todo el monasterio.

Un día, mientras tallaba el capitel de las Bodas de Canaan, se le presentó el Abad Ximeno.

–Tengo que darte una noticia que no sé cómo afectará a tu trabajo... La Reina ha abdicado en su hijo Alfonso. Él es ahora el nuevo rey. Y no solo eso, sino que ha anunciado su visita al monasterio.

Durante los días siguientes, los monjes se esmeraron en preparar las habitaciones y limpiar a fondo todas las estancias. Algunos de ellos y el mismo Chuan, acompañado por Luño, salieron a cazar ciervos o jabalíes para que a su llegada hubiese carne fresca. Todo se acabó a tiempo y sólo quedaba esperar la visita del nuevo rey.

Tras unas jornadas, casi a mediodía, vieron subir por el camino el séquito con la señal real de Aragón en cabeza, y cuando llegó al monasterio, fueron recibidos por Ximeno y los monjes principales. Tras las reverencias y saludos pertinentes, pasaron al refectorio para disfrutar de un opíparo banquete. Nada faltaba en las mesas: truchas, jabalí con leche y miel, sopa de ciervo, incluso alguna perdiz al vinagre. Tras la comida, el rey Alfonso quiso ver las piezas del claustro y preguntó al Abad quién era el maestro que tallaba los capiteles.

–Me gusta este peculiar estilo –comentó el Rey–. ¿Quién es el artífice de esta obra?

–Luño y un grupo de monjes que se dedican a estos menesteres por orden de vuestra madre, Doña Petronila –contestó Ximeno.

–Mi buen Ximeno, me ha gustado la obra de vuestra gente y hace tiempo que quiero construir un claustro en el monasterio de San Pedro el Viejo en memoria de su antiguo Abad, mi abuelo el Rey Ramiro. Me gustaría que me concedieseis el deseo de pedirles que fuesen ellos quienes lo llevasen a cabo.

–Mi Señor –contestó Ximeno–, nada nos hará más felices que

honrar la memoria de vuestro abuelo construyendo ese claustro.

A Luño no le gustó nada la idea, sobre todo porque tendría que utilizar las piezas que ya tenía talladas para el claustro de San Juan, ya que no podía hacer esperar al rey. Pero, por otro lado, también tenía la ventaja de que los monjes podrían vivir en el monasterio de Huesca mientras durasen las obras y esto daría tiempo a que se enfriase el asunto del Conde de Barcelona, por un lado, y el del propio Luño con la Orden del Temple, por otro. Además, ayudaría a consolidar la amistad entre Don Alfonso y Ximeno, ya que el Abad había accedido a prestar a San Pedro su grupo de tallistas inmediatamente, como era deseo del rey.

Por otra parte, al pertenecer ambos monasterios a la misma orden monacal, no podía negarse.

Pero Luño se resistía a usar las piezas que ya habían nacido para San Juan. Los sillares y columnas le daban igual, pero los capiteles eran otra cosa. Aquellos habían sido creados para ese claustro en concreto y Luño no quería sacarlos de allí para ponerlos en otro sitio. Había imaginado tantas veces el claustro en San Juan, que no podía entenderlos más que allí, bajo la roca del monte Pano.

Decidió que solo llevarían las herramientas a San Pedro el Viejo y allí mismo, a pie de obra, como era costumbre en el resto de canteros, tallarían las nuevas piezas para el nuevo claustro que había pedido el Rey, pero llevarían hecho un capitel. Solo uno. Siguiendo sus proyectos personales, quería incluir una pieza de cada una de sus construcciones en su maqueta, tener un recuerdo de lo mejor de su obra, y con ellas representar su anhelado pórtico perfecto. Así que debía incluir también una pieza de un sitio tan importante como el monasterio al que había pertenecido el Rey Ramiro.

## 23. San Pedro el Viejo

Esta vez sin los pesados rastrones pero con algunos burros cargados con las herramientas, enseres y la copia en barro cocido, emprendieron el viaje hacia Huesca.

Fue una travesía agradable. La primavera había llegado y empezaba a verdear en los claros que iba dejando la nieve. Chuan comentaba con Luño cómo salían los nuevos brotes en los pinos del bosque y las plantas que les rodeaban y el resto de los monjes tallistas hablaban de sus cosas. Esta vez no tenían que estar pendientes de los bueyes o de si caía alguna de las piedras de los rastrones. Viajaban más rápidamente y, en poco más de una semana, habían llegado al monasterio de San Pedro.

Al llegar, les recibió el Abad y llamó al portero para que les asignara celdas y les enseñase las dependencias del monasterio. Cuando lo hubieron recorrido todo, el portero les llevó a una explanada a la derecha de la iglesia. Ahí era donde debían construir el nuevo claustro.

–Nodio –dijo Luño dirigiéndose al capomaestro–, he pensado que ya que estamos obligados a construir este claustro, lo usaremos como un ensayo para el de San Juan. Pero este tendrá la entrada al centro por un costado, en vez de por la cabecera, como el de la Cueva, y le haremos un tejado a un agua, como los impluvios romanos.

–Pero, Luño, será muy parecido al de San Juan –respondió Nodio.

–Muy parecido, sí, pero no igual. De ninguna manera. Ningún otro claustro del mundo tendría por techo aquella colosal roca. Ningún otro claustro estará techado por la obra de Dios.



Claustro del monasterio de San Pedro el Viejo (Huesca)



Detalle de las columnas

Nodio comenzó a sacar sus cuerdas, sus escuadras, sus trozos de yeso y sus compases de madera de distintos tamaños para dibujar en el suelo el rectángulo de la planta. Luño preguntó a los monjes de San Pedro por la cantera de la que sacaban el material de las construcciones en esa zona y le indicaron varios sitios. En compañía de Chuan, fue a visitarlos y, cuando encontró uno cuya piedra era de su gusto, volvieron al monasterio y pidieron al Abad que enviase allí un grupo de canteros. Así se hizo, y cuando obtuvieron las primeras piedras, comenzaron todos a tallar. De repente, el silencio y la paz del monasterio desaparecieron como por ensalmo. Solo se escuchaban los golpes metálicos de los cinceles y las mazas y a los monjes les resultaba muy difícil concentrarse en sus oraciones y sus trabajos. Esta circunstancia finalmente derivó en que el resto de monjes fuesen gran parte del día con pedazos de trapo metidos en las orejas, pero tras unos meses, se acabaron acostumbrando e incluso llegó un momento en el que tenían el ruido tan asumido, que ni siquiera lo notaban. El rey Don Alfonso aparecía de vez en cuando por el lugar, arreglaba algunos asuntos, observaba la marcha del nuevo claustro y se iba de nuevo.

Chuan procuraba ir enterándose de los movimientos de los templarios, pero en aquella gran ciudad no era fácil, así que volvía al monasterio sin mucha información y dejaba que Luño continuara enseñándole las artes de la talla. Así, poco a poco, iba perfeccionando su técnica. Cada día lo hacía mejor, pero se dio cuenta de que su analítica mente no le permitía tallar si no encajaba las obras dentro de

figuras más o menos geométricas. Chuan se quejaba a Luño de no poder hacerlo, pero él le explicó que esa era precisamente la grandeza de la creación: que cada uno lo hacía según le dictaba su corazón y su mente. Sus tallas no eran mejores ni peores, solo distintas, adaptadas a su visión del mundo. Le animó para que hiciese alguno de los capiteles típicos que adornaban sus obras y le prometió que lo vería colocado en el claustro que estaban construyendo. El claustrero comenzó a tallar el capitel que un día embellecería la zona de meditación de la casa de Nuestro Señor. Chuan lo entendió como un gran honor y se aplicó en el trabajo, aunque no con la asiduidad del resto de monjes, ya que tenía otras obligaciones.

Por fin, un día, descubrió a los tres templarios. Había acudido al mercado para comprar un par de pieles curtidas para hacer unos mandiles que necesitaban los monjes y los vio allí. Casi se dio con ellos de frente, pero los pudo evitar a tiempo. Cuando se alejaron un poco, Chuan empezó a seguirlos por las estrechas callejuelas de la ciudad, hasta una de las posadas que había cerca de la Catedral. Al fin los tenía de nuevo localizados. Ahora podría seguir intentando adelantarse a sus pasos.

Regresó al monasterio y se lo contó a Luño.

—Bueno, pues sabiendo que están cerca, esta misma noche esconderemos la pieza que traemos..., pero en esta ocasión, no tendremos que salir del monasterio.

Cuando Luño despertó al día siguiente, fue a buscar a Chuan y le pidió que le acompañase a las afueras para buscar un poco de barro, que guardó en un trapo mojado. Aquella misma noche, Luño limpió la arcilla de impurezas y modeló una nueva pieza. Al día siguiente, la llevó al horno del monasterio. Al marmitón se le hizo raro, pero accedió a cocerla, aunque tendría que ser más tarde, ya que en ese momento el horno estaba ya encendido y a una altísima temperatura.

—Si pusiese ahora la pieza de barro, seguro que no resistiría una subida de temperatura tan brusca y se rajaría —le explicó.

Al día siguiente, Luño fue a buscar su pieza y la llevó a su celda del monasterio de San Pedro. La guardó allí hasta que llegase el momento de llevarla a su lugar.

Habían pasado muchos meses y el claustro, aunque despacio, iba creciendo. Un día, llegada la primavera, Luño se dirigió a Chuan y le dijo que preparara sus cosas, ya que volvían a San Juan. El claustrero, al ver el claustro sin terminar, preguntó si dejaban la obra.

—No, Chuan —le contestó—. Los monjes se quedan con Nodio para seguir trabajando en el claustro. Solo vamos tú y yo.

En media hora, regresó Chuan. Luño pidió un par de burros al Abad, los cargaron y salieron en silencio.

Al rato de haber pasado Ayerbe, Luño se desvió de nuevo hacia Agüero. Tras atravesar el valle que conducía a la población, Luño se dirigió de nuevo hacia la derecha, a la iglesia inacabada de Fruya. Cuando llegaron, el tallista descargó uno de los burros y se dirigió a su compañero.

—Sígueme —le dijo, y ambos subieron a lo que quedaba del observatorio de Fruya. Señaló la piedra que marcaba la constelación de Cetus—. Mira, si alguna vez te hiciese falta, bajo esta piedra encontrarás dos bolsas de cuero. En una de ellas hay monedas y en la otra joyas. No dudes en cogerlas en caso de necesidad. Y ahora que ya lo sabes, espérame aquí.

El tallista se dirigió con el bulto hacia el triple ábside. Lo rebasó y bajó por la ladera del monte hacia donde había estado su pequeña choza.

En algo menos de una hora, regresó y sólo se limitó a decir que podían continuar el viaje.

Cuando ambos llegaron al monasterio, se encontraron con un gran movimiento de personas que llevaban capas azules con la cruz de Íñigo Arista en el pecho y todos iban armados, a pesar de estar en un sacro recinto. Chuan enseguida los reconoció como caballeros de San Juan de la Peña. Luño fue a buscar al Abad Ximeno, que encontró a la puerta de la iglesia.

—¿A qué se debe este revuelo, señor Abad?

—Han venido a presenciar el juramento de tres futuros hermanos... A continuación partirán hacia Tierra Santa.

—Disculpad, señor, pero, ¿cómo permitís que lleven armas en vuestra casa?

—Son monjes, como nosotros.

—¿Monjes? Pero señor, ¿son soldados o monjes? —inquirió Luño.

—Las dos cosas, hijo. Son soldados porque luchan y son monjes porque oran y sirven a nuestro Señor en su batalla contra los moros. Es de antiguo la costumbre, desde que se constituyó la milicia de San Juan de la Peña, de venir al monasterio antes de partir a Tierra Santa para encomendarse a nuestro Santo Patrón. Y esta vez, además, reciben a tres caballeros nuevos. Son tres hermanos, cuyo padre y abuelo ya fueron también caballeros de la Orden.

Al día siguiente de su llegada, Luño le pidió a Ximeno que le acompañase al monasterio de Santa Cruz, en el valle, para que le rogara a la Abadesa que le permitiese sacar lo que hiciese falta de la habitación secreta sin que Ximeno tuviese que avisarla. Así lo hicieron y, estando en la sala, le pidió a la monja que tapase con alguna lona la gota de las monjas para saber qué era lo que no debía tocar. Tras consultarlo con Ximeno, la monja dio permiso a Luño para que entrase cuando fuese necesario, y el tallista, dándole las gracias, le dijo que así lo haría. Ambos salieron del monasterio y subieron por el camino hacia San Juan.

Luño dejó pasar unas semanas, para que tanto él como Chuan pudiesen estar más tiempo con sus familias. Cuando llegó a su casa, Alodia le esperaba para preguntarle por el casamiento a Aziz.

—Hablaré con Ximeno, me gustaría que fuese él quien los casase.

Fue a buscarlo y lo encontró en la iglesia superior.

—Ximeno, mi hija se casa. Ya es toda una mujer y me gustaría que fueseis vos quien oficiase la ceremonia.

—Estaré encantado de hacerlo, Luño —le contestó.

—Y... Bueno, hay otra cosa que quería pedir, Abad. Me gustaría que en la ceremonia usaseis el cáliz de Jesús. ¿Sería posible?

Eximino sonrió y se lo concedió.

—Será como deseas, Luño. ¿Cuándo quieres que se casen?

—Lo antes posible, señor Abad, no tardaré mucho en volver a Huesca.

—¿Te parece el domingo, dentro de dos semanas? Antes debo de

recibir el juramento y la carta de los tres nuevos caballeros de San Juan de la Peña.

– ¿Podría, señor, asistir a la ceremonia? Nunca vi una y puede resultar útil para mi trabajo...

– Claro, mi buen Luño, pero deberás estar al final de la iglesia para no importunar.

– Perfecto, muchas gracias, Don Ximeno. Se lo diré a mi mujer.

Alodia y Aziz se alegraron de la noticia y empezaron a preparar el ajuar y la dote.

Al domingo siguiente, fue cuando se llevó a cabo la investidura. En primera fila se encontraban los monjes y tras ellos el resto de caballeros. Entraron los tres hermanos y se hizo el silencio.

– *Ut essemus sicut unus ex eis* («uno de ellos podremos ser») – dijeron al unísono y leyeron después una carta con las palabras de su profesión y voto:

»*Et nos facimus nos et devovimusnos cavalleros et homines Deo et de sanctus Ioanne sicut fecerunt patres nostri et supraferipti...*

»Y nosotros nos hacemos y votamos ser caballeros y hombres de Dios, como también lo votaron nuestros padres y nuestros abuelos. Y nos place dar y confirmar, por las almas de nuestros padres y las nuestras, a Dios, y al bienaventurado precursor de Cristo, y al Abad Ximeno y sus monjes, nuestros hermanos, todas aquellas heredades y bienes que los dichos nuestros padres y abuelos dieron en el día de su voto y en la forma que ellos lo consignaron, cuando se entregaron en esta casa en manos de su Abad (y como está dicho, se hicieron Caballeros de ella), es a saber que, durante nuestras vidas, haremos memoria de nuestros finados, tres veces en cada año, dando en aquellos días a los monjes nuestros hermanos todo lo necesario, según la costumbre, en pan, vino, peces y pimienta. Y con esto podemos poseer nuestras haciendas y dejar aquellas a nuestros hijos tan solo si son procreados de legítimo matrimonio. Y si aconteciese morir sin ellos, en tal caso, según lo determinaron nuestros padres, prometemos también nosotros, queremos y nos place, que toda nuestra universal herencia, posesiones, palacios, villas, campos y viñas, sean de San Juan, y que nuestros hermanos los monjes, que sirven a Dios en su monasterio,

sin contradicción de ningún deudo nuestro. Y si alguno de ellos quiere contradecir este nuestro donativo, destrúyalo Dios omnipotente en esta vida y en la otra sea privado del consorcio de Dios y de sus fieles, y su parte y porción, como lo fue el Ángel Diablo, como Judas el traidor, como Caifás, como Herodes, como Poncio Pilatos, como todos los impíos en el infierno inferior por los siglos de los siglos, amén»<sup>19</sup>.

El tallista no perdía detalle. Escuchaba cada palabra, y en su fuero interno, envidiaba a aquellos orgullosos y valientes caballeros que iban a dar su vida por Dios y su fe.

Entonces, los tres hermanos firmaron la carta y dijeron:

– Así lo firmamos, y con nuestras propias manos, dejamos la carta en el venerable altar de San Juan Bautista.

Nadie dijo nada en contra, con lo que a continuación, los tres hermanos, Eneco, Fortunionis y Petrus, profesaron también como monjes del monasterio.

El Abad Ximeno se levantó entonces, recogió la carta y dijo:

– Confirmo y apruebo esta carta que estos tres Caballeros han puesto sobre el altar y todo lo contenido en ella.

El Capitán de la milicia se levantó entonces y a cada uno de ellos le puso en la mano una espada y los cubrió con la capa azul que tenía bordada la cruz de Íñigo Arista.

El Abad Ximeno se levantó y todos los caballeros se arrodillaron. Los bendijo y dieron por terminada la ceremonia.

Tras un opíparo banquete en el que el vino no dejó de correr, la Orden de Caballería de San Juan de la Peña abandonó el monasterio.

Luño se quedó en el monasterio todavía una semana más esperando la boda de Aziz y, mientras tanto, se dedicó a hacer una nueva pieza para su maqueta del pórtico perfecto en barro. Chuan se dedicó a su familia y, como de costumbre, en los ratos libres, paseaban por los frondosos bosques de alrededor.

Hasta que al fin llegó el día de la boda. Ximeno los casó en la iglesia alta y, tras la ceremonia, Aziz y Ebarde cargaron su carro y partieron hacia Jaca. Luño los vio alejarse y sonrió recordando a aquella niña

que un día se asomó en Ejea tras la falda de su madre mirándolo con curiosidad. Notó cómo un par de lágrimas caían por sus mejillas. Se habían llevado a su niña, pero sabía que sería feliz.

A la mañana siguiente, fue a buscar a Chuan, le dijo que preparara sus cosas, y con un par de burros, emprendieron de nuevo camino hacia la ciudad de Huesca.

---

19 El relato de la Ceremonia de Investidura de los Caballeros de la Orden de San Juan de la Peña es auténtica y probablemente la única que se conserva de principio a fin, debido al secretismo de las órdenes militares [Fuente: "Historia de la Fundación y antigüedades de San Iván de la Peña", ordenada por el Abad Don Juan Briz Martínez, año 1620].

## 24. De vuelta a Ejea

Al fin llegaron a Huesca y se dirigieron al monasterio. De repente, Chuan empujó a Luño a un callejón y entró tras él tirando del ronzal de los animales. Luño se lo quedó mirando asombrado y Chuan, asomándose, le señaló a un personaje que se alejaba por la calle por la que caminaban. Luño distinguió claramente la capa negra de Luciano y sus dos escuderos. Gracias a que Chuan siempre estaba atento a cuanto le rodeaba, no les habían visto. De no ser por el clavero, Luño se hubiera tenido que enfrentar a ellos. El tallista suspiró aliviado y continuaron su camino. No sabían si estaban en Huesca para buscarle a él o simplemente había sido una coincidencia, pero les parecía extraño que hubiesen venido de la Encomienda solo por placer.

Al llegar al monasterio, comprobaron que las obras habían avanzado bastante, pero aún quedaba trabajo por hacer. Se metieron en sus celdas a descansar y, al día siguiente, continuaron con su labor.

Luño vio satisfecho que el zócalo del claustro estaba por completo acabado y que solo faltaba completar un lado y medio con las columnas simples, dobles y cuádruples que lo componían, aunque estaban aún sujetas sólo por maderos que se apuntalaban en éstas. Mientras unos monjes seguían trabajando los tambores de las columnas que aún faltaban, otros habían ya empezado a tallar las dovelas que formarían los arcos, siguiendo escrupulosamente los dibujos de Nodio, sabedores de que cualquier error en sus ángulos haría que no se sustentasen. Luño se fue al centro del claustro en construcción y miró alrededor. Le gustó lo que vio. Era un magnífico ensayo para San Juan, pero allí, cubierto por la roca, quedaría simplemente magnífico.

De vez en cuando, Chuan le daba alguna información sobre la situación de los templarios, pero nada que fuera preocupante. Seguían con sus prácticas «contra natura», escupiendo a la cruz, comiendo cucumiellos y adorando a Bafomet, pero Luño procuraba salir lo menos posible del monasterio, ya que sabía que no andarían lejos y al final podrían buscarle algún problema. Por otro lado, allí, en el claustro en construcción, era el hombre más feliz del mundo, sólo

debía preocuparse de su gran pasión: la talla.

Al llegar la primavera, Luño escogió una noche en la que, según sus cálculos, habría luna llena, llamó a Chuan y le pidió que consiguiese un par de caballos con alforjas y salieron hacia Ejea. Nadie los vio salir del monasterio, excepto el Abad y el portero, que estaban al tanto de la pequeña expedición. Tanto el tallista como el clavero se habían asegurado de ello. En solo tres días, llegaron a Ejea, y como de costumbre, Luño pidió a Chuan que le dejase solo un rato. Luego volvió a reunirse con él, pero ya con las alforjas vacías.

En otros tres días, estaban de regreso en el monasterio de San Pedro, en Huesca, y siguieron con las obras.

Tras unos meses más tallando, el Abad se presentó en el claustro y habló con Nodio.

–Desearía, señor Nodio, que descansaseis una pequeña temporada de vuestro trabajo. Mis hermanos se quejan del ruido continuo y el ir y venir de vuestra cuadrilla. Empiezan a estar desquiciados, discuten entre ellos por naderías y les es imposible concentrarse en la oración y la meditación.

Nodio se lo dijo a Luño y mandaron a un emisario a San Juan pidiendo permiso para dejar temporalmente las obras. A las dos semanas, regresó con el permiso pertinente, pero no estaba firmado por Ximeno, sino por Juan, el nuevo Abad. Al parecer, Ximeno también había dejado el cargo porque la Orden le había destinado a algún monasterio de los Benitos en Francia.

Los monjes recogieron sus enseres y herramientas y volvieron al monasterio de San Juan.

## 25. El claustro de San Juan

En San Juan estuvieron una larga temporada trabajando en el claustro. Una tarde vieron caer un bulto desde lo alto de la roca. Se trataba del Abad Juan, que había subido para ver el conjunto y había resbalado, despeñándose.

Tras las exequias, con todos los honores del enterramiento en el monasterio, los monjes se reunieron para nombrar un nuevo Abad. Este resultó ser Dodón, que además era el médico del monasterio y también, como Eximino, tenía vastos conocimientos de botánica, filosofía y alquimia.

Esta vez tuvo que ser Luño quien le explicara a Dodón toda la historia del escondite de la gota y su auténtica relación con los anteriores abades.

– Veréis, señor – le explicó –, aunque el Conde Ramón Berenguer ha muerto y su hijo Alfonso, el rey, en principio, parece no poner impedimentos, el monasterio de Poblet sigue en construcción, y no solo eso, sino que lo están convirtiendo en panteón real, por lo que aún es posible que Alfonso quiera enriquecerlo aún más para poner allí su propia tumba, como había hecho su padre.

– Cierto, Luño – admitió Dodón –, seguiremos con tu plan.

– Gracias, señor Abad – contestó el tallista –. En cuanto a las claves, no os preocupéis. Cuando todo esté concluido, os las entregaré.

En los dos años siguientes, tanto Luño como Chuan y el resto de monjes tallistas no salieron del monasterio. Se dedicaron a tallar más piezas para llevar a la siguiente iglesia y a terminar el claustro de San Juan.

Cuando estuvo acabado, el propio obispo Esteban de San Martín fue a bendecirlo. Se invitó para la ocasión a toda la nobleza de Aragón, incluyendo al mismo rey Alfonso. Hubo festejos durante varios días y se permitió al pueblo entrar a visitarlo.



Claustro de San Juan de la Peña

Tras los festejos, Luño fue al estudio de Dodón.

—Señor Abad, querría pedirnos vuestro permiso para seguir tallando en el monasterio las piezas que quedan para la penúltima iglesia que queda para completar el plan.

—Lo tenéis, mi buen Luño. Ya sabéis que ningún Abad os ha negado nada.

Así comenzaron a preparar los dos pórticos de la iglesia de Biota. Esta vez, los monjes más jóvenes que Luño pidieron poder desarrollar más las tallas, siguiendo las nuevas modas y los estilos que estaban empezando a imponerse en la época. Chuan también se unió a esta petición y a Luño no le quedó más remedio que aceptar, pero, como concesión, en esta iglesia él le retrataría en uno de los modillones.

Chuan dominaba ya la talla perfectamente y quiso, además, decorar los fustes de las columnas.

—¿No te aburre, Luño, que sean siempre tan lisas? Me gustaría hacerlas... no sé, con algún relieve, más decoradas.

Había acabado por superar su periodo geométrico y le resultaba tedioso el hecho de que todas las columnas fueran iguales. Luño, más reacio al cambio, se lo pensó, pero al poco dijo:

—De acuerdo, Chuan. Decoraremos también los fustes de las columnas..., aunque no me hace ninguna gracia cambiar nuestro estilo, pero, en fin, hagámoslo.



Detalle de las columnas en la iglesia de Biota

Con los dibujos de los modillones, los capiteles y las nuevas columnas en las que había pensado Chuan, todos empezaron su concierto de golpes y repiqueteos, que a Luño le sonaba a música celestial. Veía cómo, poco a poco, iban apareciendo en la roca las figuras que vivían en ellas. Se sentía orgulloso de su cuadrilla de monjes convertidos en tallistas. Miraba las diferentes manos y las encontraba duras y callosas, como las suyas, pero menos arrugadas y sin los temblores que ahora aparecían en las propias; sus brazos, fuertes y musculosos de tanto golpear con la maza. De vez en cuando, alguna esquirra les saltaba a la cara, pero ya ni lo notaban debido a la costumbre después de tantos años tallando. Recordaba los inicios, cuando cogían el cincel con manos inseguras y golpeaban con miedo. Ahora, cada golpe era sumamente preciso. Algunos fuertes, otros suaves, todos con la potencia adecuada para hacer saltar exactamente la cantidad de piedra necesaria, dependiendo de la parte de la figura que tallaban.

Luño seguía con sus papeles, sus notas y sus estrategias y pistas falsas, y los tres templarios, como perros de presa, le vigilaban desde su campamento en el bosque, aunque de vez en cuando se trasladaban para que no los encontrasen, sin saber que tanto Chuan como Luño los tenían siempre controlados.

A los dos años, acabó el mandato de Dodón en el monasterio y le sustituyó Eneco. Eneco sí estaba al tanto del plan de Luño y los anteriores abades, así que permitió que todo continuase como el

tallista había previsto.

Un día, en uno de sus paseos con Alodia y la familia de Chuan, Luño le dijo al clavero:

–Me gustaría que fueses tú quien tallase mi rostro en uno de los modillones de Biota para la eternidad. Y mi resurrección en el otro. Hemos vivido mucho juntos, hemos dormido hombro con hombro, para mí eres como un hermano y me sentiré orgulloso si eres tú quien me talla.

–Me siento halagado, Luño. Al final, no voy a ser un mal tallista... Lo haré lo mejor que me permitan mis manos... y mi corazón, como tú me enseñaste.

Desde ese día, Chuan, ya observador por sí mismo, se quedaba largos ratos observando a Luño. Miraba su melena rizada y blanca, su larga barba, sus rasgos. Intentaba memorizar su nariz, su boca. Quería corresponder a Luño y hacerlo lo mejor posible. Casi a diario, lo llamaba al claustro para enseñarle sus avances y pedirle algunos consejos, pero Luño intentaba no influir en su forma de tallar, que aunque era muy similar a la del tallista, adquiriría sus propios giros.



Retrato del tallista (con el tallante al hombro) en la iglesia de Biota

Cuando tuvieron las tallas prácticamente acabadas, Luño fue al estudio de Eneco.

–Mi señor Abad, ya hemos concluido las piezas para Biota. Si a vos os parece bien, saldremos a colocarlas.

–Puedes ir, Luño, pero espera un momento. Verás, nuestra Casa

posee en Biota una iglesia que, según noticias que me han llegado, se encuentra en ruinas. En lugar de hacer una nueva, me complacería que la reconstruyeseis. Por un lado, acabaríais antes, y por otro, el monasterio ahorraría dinero.

A Luño le pareció bien. Habían hecho ya tantas cosas, que ese no sería ningún problema. Aquella misma tarde, Luño seleccionó una de las piezas de la nueva iglesia y a la noche la copió en barro para su pequeña maqueta. Y por supuesto, la misma pieza en grande para cocerla en el horno. Cargaron los rastrones, los ataron a los bueyes y de nuevo salieron de viaje. La expedición prosiguió su camino hacia el llano. Luño miraba sus montañas. Era ya un hombre viejo y no sabía si volvería a verlas. Respiraba golosamente su olor, ese aroma a pino, boj y humedad que le embargaba. Había visto cómo el tiempo se llevaba a todos los hombres. No importaba su estatus ni su oficio ni su cargo. Cinco abades había conocido y muchos de ellos habían muerto.

De repente, Chuan le mandó callar. Había escuchado un tintineo metálico. Les indicó a los monjes por señas que continuasen y se escondió en la linde del camino con su espada y su arco preparados. Al poco tiempo, vio acercarse a Vicient andando sigilosamente. Iba con su daga desenfundada e intentaba acercarse al grupo para coger desprevenido a Luño y matarlo. El sitio era perfecto. Le habían enviado a él solo para que fuese más sigiloso, pero a todas luces, no había sabido hacerlo bien.

Chuan fue consciente de que el inconveniente de Luño y los monjes de andar por esos parajes tan solitarios era el mismo que tenía Vicient, ya que si allí lo encontraban muerto, nadie sabría lo que había pasado. Salió de la linde y se plantó en medio del camino con su espada en la mano. Cuando el escudero lo vio, se asustó visiblemente. Chuan era mucho más grande que él. En un principio, quiso dar la vuelta y salir huyendo, pero se dio cuenta de que el claverero era más rápido y no le dejaría escapar. Sacando fuerzas de flaqueza, el escudero se dispuso a luchar contra Chuan. Dando un largo grito, se abalanzó sobre él con su daga en alto y Chuan solo tuvo que levantar su espada y esperar a que el escudero se clavara en

ella. Vicient abrió los ojos y en su cara se plasmó una expresión de sorpresa, como si no entendiese lo que había pasado. El clavero, de un tirón, sacó la espada de su cuerpo, la limpió en unas hierbas y la enfundó de nuevo. Vicient continuaba vivo, aunque herido de muerte, y lloraba pidiéndole a Chuan que no le dejase morir, pero él sabía que no se podía hacer nada. Lo agarró de las axilas, lo arrastró bosque adentro para que no se encontrase su cadáver y, cuando halló un sitio lo suficientemente escondido, buscó en la bolsa del escudero los cucumiellos y le metió un par en la boca. Esa fue la última cena de Vicient. Lo dejó allí bajo los efectos de los hongos y se fue. Murió solo, como era de esperar en una persona de su calaña.

El clavero se reunió con el grupo y continuaron su camino, solo Luño supo lo que había pasado.

El viaje prosiguió sin más incidencias, y por fin, un día, sobre un pequeño altozano, divisaron la torre de Biota. Al llegar, se presentaron al párroco y le preguntaron por la iglesia en ruinas. Los llevó hasta ella y se puso a su disposición. Observaron la iglesia y pudieron ver que no quedaba mucho de ella, pero, aunque faltaban muchos sillares que los habitantes del lugar habían usado para construir sus propias casas, todavía quedaban suficientes, sobre todo los más complicados de tallar, las dovelas de los arcos, ya que, por su forma, eran difíciles de encajar en una construcción, y observaron que aún se conservaba frente al ábside parte del pórtico abocinado. Esto les planteaba un problema, ya que Luño había dado su palabra a Chuan de dejarle hacer las nuevas columnas más decoradas.

—Qué más da —respondió el clavero resolutivo como siempre—. Haremos dos pórticos. En el que queda, usaremos las columnas que ya están montadas sobre los zócalos, solo haremos los capiteles, los modillones y el tímpano. Construiremos el nuevo pórtico en el paño sur, que es el que está más deteriorado, y nos será más fácil quitar esas dos hileras de piedra para montar el otro.

—¿Y qué tallaremos en los nuevos capiteles? —preguntó Luño.

—Déjame a mí. En los de la derecha, tallaremos a nuestros «amigos» sobre sus caballos. En sus escudos no pondremos la cruz patada de la Orden para que no nos puedan acusar de haber ofendido

al Temple, sino uno ajedrezado, el Bausán, la bandera de combate de los templarios.

–¿Y por qué en la derecha? –preguntó Luño. Chuan soltó una sonora carcajada.

–Esta vez te he adelantado. La derecha del pórtico es la izquierda del altar. Los pondremos a la izquierda de Dios.

–Me hago viejo... –murmuró Luño sonriendo.



Detalle del caballero templario

Dejaron allí los rastrones, montaron las carpas, y tras cenar, se acostaron.

Empezaron seleccionando los sillares por forma y tamaño, además intentaban encontrar las marcas de cantero internas, que eran las que indicaban dónde y en qué posición iba cada uno de ellos. Nodio decidió aprovechar la planta original de la vieja iglesia, ya que la parte baja de los muros y el ábside aún se conservaban. Solo tendrían que retirar unas filas de sillares para hacer los huecos en los que podrían montar sus dos pórticos. Luño, mientras tanto, miraba las piezas que habían traído y mentalmente las comparaba con aquellas que tallaba cuando era joven. Era la primera vez que se daba cuenta de cómo habían ido evolucionando con el tiempo. Seguían conservando su alma y la de los monjes, pero no tenían la ingenuidad de las que hacía en sus años de mozo. Quizás todo era más simple. Quizás, simplemente, lo que había ido evolucionando con el tiempo eran sus propias almas. Quedaba ya poco, muy poco para que acabase el siglo y Luño intuía que con él acabaría su estilo.

Se fue el sol y los monjes se retiraron a las carpas, cenaron y tras la noche, volvieron a la iglesia. Descubrieron alarmados que de nuevo sus rastrones habían sido destapados y todo su contenido esparcido alrededor. Luño empezó a correr entre las piedras buscando la última de barro cocido que llevaban en uno de ellos y no la encontró. Corrió hacia su protector:

– ¡Chuan! ¡Chuan! La pieza de barro ha desaparecido.

– Calma – dijo el clavero –, busquemos alguna pista.

En los alrededores, enseguida encontró huellas de caballos herrados. Al menos dos. Y no cualquiera podía permitirse el lujo de tener un equino.

– Deben haber sido Andreas y Luciano..., pero no creo que quisieran robarnos. Imagino que lo que buscan es desentrañar el secreto de lo que estamos haciendo, ver si tiene alguna relación y demostrar que el tesoro tantas veces reclamado por el Conde Ramón no se ha invertido, como dicen los monjes, sino que lo estamos escondiendo.

Chuan alquiló de nuevo un caballo y salió a galope hacia Jaca. No tardó mucho en divisar a lo lejos el manto blanco de Andreas y el negro de Luciano, y refrenó a su caballo en su loca carrera para que el polvo que levantaba no llamara la atención. Decidió rodear a los dos templarios y adelantarlos para esperar cerca del camino escondido en el bosque. Chuan era un clavero. Un guerrero a quien no le importaba matar, aunque no era partidario de hacerlo si la ocasión no lo requería, pero esta vez no tenía alternativa. Debía acabar con ellos antes de que llegasen a su Encomienda en Huesca, si no, todos estos años y esfuerzos no habrían servido para nada. Encontró un sitio apropiado, tras una roca y rodeado de pinos, que le darían la sombra necesaria para que el sol no se reflejase en sus armas, delatando así su posición. Escondió su caballo bosque adentro y se ocultó con el arco preparado para esperar a los dos jinetes. Chuan sabía por su experiencia que era más peligroso el sargento que el Jefe de Espías, así que decidió acabar primero con Luciano.

Escuchó los cascos de los dos caballos y aguzó su oído y su vista para calcular cuánto faltaría para que apareciesen tras la curva del camino. No tardaron en hacerlo. Chuan cogió una de las flechas del carcaj, la

puso en el arco y lo tensó. Aguantó con brazo firme hasta que estuvo seguro de que llegaría certera al pecho del sargento y soltó los dos dedos con que sujetaba el tendón. La flecha atravesó el corazón de Luciano, que cayó del caballo sin emitir ningún sonido. Andreas, que iba delante, se volvió al escuchar caer a su sargento, desmontó y giró el cuerpo de Luciano. Entonces vio la flecha. Se levantó y, mirando hacia todas partes, montó en su caballo y picó espuelas, pero en ese momento, el animal se derrumbó con una saeta clavada en su pulmón, haciendo rodar por el suelo a su jinete. Andreas se levantó, sacó su espada y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Qué es lo que quieres? ¡Luciano! ¡Luciano! ¡Ayúdame! —suplicaba.

Chuan salió de detrás de la roca. Con su habitual parsimonia, apoyó en ella el arco y el carcaj, se quitó su capa para que no le estorbara, y caminando despacio, se acercó al Jefe de Espías. Andreas continuaba gritando, y cuando el clavero estimó que la distancia así lo requería, desenvainó su espada. No fue un combate largo. Ni digno. La altura de Chuan le daba ventaja y el miedo y la desesperación del Jefe de Espías hacía que sólo diese golpes al aire. El clavero supo sacar partido del miedo de su enemigo y jugó con él hasta que lo cansó. Lanzó entonces un golpe horizontal que acertó de lleno en su cuello sin que Andreas pudiese ni siquiera levantar su espada para intentar pararlo. Al instante, empezó a salir un chorro de sangre que se prolongaba según la impulsaba cada uno de los últimos latidos de su corazón. En su certero golpe, le había seccionado la yugular.

Limpió su espada en el manto negro del sargento, desató el paquete que Andreas había atado a su caballo y lo colgó del arzón de su silla, escondió en el bosque ambos cuerpos, montó en el caballo y volvió hacia Biota.

Le contó a Luño lo sucedido. Inmediatamente después, el tallista cogió el paquete y desapareció con él. En una media hora, regresaba a la construcción con las manos vacías.

Todos volvieron al trabajo, pero Chuan pidió al maestro permiso para cambiar uno de los capiteles.

—La muerte de Andreas no ha sido digna, sino cobarde, como era él,

pero a pesar de su maldad, me gustaría relatar la muerte de Luciano.

—De acuerdo —contestó Luño—, pero hazlo de forma que no quede muy claro. Evitemos problemas.

Durante los siguientes dos meses, Chuan estuvo tallando su capitel, un arquero que acababa de disparar su flecha al pecho de un monstruo.



Detalle de la columna con el arquero y el monstruo en la iglesia de Biota

La nueva iglesia de Biota, poco a poco, iba creciendo y Luño estaba satisfecho con el resultado, salvo porque el estilo de las figuras talladas, aunque basado en el suyo, era distinto. Tanto los monjes como el propio Chuan habían superado al maestro. O quizás se trataba de que habían conseguido desarrollar un estilo propio más acorde con los nuevos tiempos. Cuando las columnas del pórtico que daba al sur estuvieron colocadas, y sobre ellas, los capiteles y el tímpano, Chuan se dedicó a decorarlas. Hacían un buen trabajo, pero para Luño, perder la sobriedad de su estilo era doloroso. Aun así, tenía claro que no podía luchar contra el paso del tiempo y las nuevas modas. De hecho, en su día, su peculiar estilo supuso una ruptura sobre la tendencia, así que se resignó y no dijo nada. Además, aunque su estilo se perdía, las columnas estaban quedando realmente bonitas y su eterna búsqueda de la belleza se impuso a su tradicionalismo. En este pórtico, Chuan había colocado los modillones de la muerte y resurrección de Luño. El tallista miraba su retrato con su tallante al hombro y estaba satisfecho. Mucho. Y mirando al frente, relatando su victoria sobre la segunda muerte de la que hablaba el tímpano de la catedral jacetana, se arrodilló y rezó un Padre Nuestro porque así fuese.



Detalle del pórtico en la iglesia de Biota que representa el Juicio Final.  
En él puede verse, en el centro, un ángel con una balanza en la mano;  
a la izquierda, almas condenadas que se convierten en demonios;  
y a la derecha, dos ángeles recogen en un paño las almas buenas

Llegó el invierno. Aquel año resultó ser demasiado frío y el mortero no terminaba de fraguar, así que decidieron regresar a su monasterio. En San Juan supieron que Eneco había fallecido y, en su lugar, regentaba la casa el Abad Sancho. Sancho, como los demás, también pidió a Luño las claves, pero también esta vez Luño contestó que cuando estuviese todo acabado y pidió permiso para retirarse a su casa y reunirse con su esposa. Prácticamente, aquella noche la pasó entera repasando todas las claves, la posición de los lugares, la colocación y el sitio en el que estaban colocadas las tallas, así como haciendo inventario de lo que había en las bocas de cada uno de los modillones.

Aquella noche, Luño pasó a su pergamino las últimas notas con las claves de la gota. Ya estaba todo casi acabado. Le había costado casi una vida, pero estaba más que satisfecho de su trabajo. Sin su pergamino, nadie o casi nadie sabría desentrañar toda la simbología que había desarrollado para esconder la gota. Nadie sería capaz de «leer» el verdadero significado de las tallas. Sería muy difícil desentrañar la relación de su obra con el tesoro del monasterio. Al día siguiente, Luño no fue a trabajar al claustro, sino que se dirigió al estudio del nuevo abad Sancho.

—Me gustaría continuar tallando aquí las pocas piezas que faltan en San Pedro el Viejo; de esta manera, sólo tendremos que regresar a Huesca para colocarlas... Yo ya soy un hombre viejo y me gustaría verlo acabado antes de entregar mi alma al Creador. Por otro lado, evitaremos las tribulaciones que causamos a los monjes del

monasterio de Huesca con el ruido.

Sancho le concedió el permiso y, de nuevo en San Juan, se pusieron todos a tallar. En un rincón del claustro, los monjes con las aportaderas iban acumulando las piezas que posteriormente llevarían a Huesca. Una de las mañanas en que tras rezar acudían al claustro para seguir con su trabajo, hallaron a Dacil ensartado en uno de los maderos que estaba preparado para apuntalar las columnas que llevarían a San Pedro. Sin duda estaría intentando observar lo que hacían, con tan mala suerte que había caído precisamente sobre uno de ellos. A juzgar por las marcas de sangre de sus manos a lo largo del madero, había estado largo rato intentando elevarse sobre el fuste. Entre todos, lo desenclavaron y le dieron cristiana sepultura en el monasterio, con el resto de monjes fallecidos, pero no pusieron ninguna lauda para evitar que la Orden del Temple pudiese averiguar lo ocurrido.

Continuaron con su trabajo. Los meses iban pasando y un día, de repente, se presentaron en el monasterio el Comendador de la Orden del Temple en Huesca y un grupo de caballeros, preguntando por el Abad.

—Don Sancho —dijo el Comendador—, cuatro de mis hombres han desaparecido, y el nuevo Jefe de Espías ha encontrado un documento en el que se sospecha de vuestra casa. ¿Tenéis vos o vuestros monjes alguna responsabilidad en ello?

Afortunadamente, Andreas era demasiado ambicioso y no había relatado toda la historia para que nadie pudiese saber en qué estaba metido ni pudiese llevarse sus laureles. El nuevo Jefe de Espías se quedó mirando a Luño, pero enseguida lo descartó por su avanzada edad. Luego observó uno a uno al resto de los monjes, pero ninguno le pareció capaz de luchar contra sus hombres. Afortunadamente, Chuan estaba en aquel momento cazando. El comendador se dio cuenta de que poco podía hacer, excepto olvidar el asunto. El monasterio, al fin y al cabo, aunque relegado por el de Poblet, seguía siendo muy poderoso y mantenía muy buenas relaciones con el rey, con el que no quería enemistarse, así que el grupo salió del monasterio.

## 26. Biota

Por fin, un día acabaron las piezas de Huesca y, aprovechando que llegaba el final del invierno, Luño pidió permiso para volver a Biota a terminar la iglesia. El Abad se lo concedió, pero no sin antes hablarle en su estudio.

–Verás, Luño, mi mandato como Abad de la Casa acaba y mi sustituto es Don Fernando de Rada. Quiero que le conozcas.

Lo mandó llamar y con Luño le explicaron toda la trama de la gota, y al querer conocer más detalles, Luño contestó:

–Mi Señor, los detalles están en un pergamino que siempre llevo aquí, bajo mi jubón. Pero tened un poco más de paciencia. Queda sólo ultimar algunas cosas. No quiero entregároslo y descubrir luego que hay algo equivocado, pues sería entonces casi imposible encontrar la gota. Cuando volvamos de Biota, os lo cederé.

Los monjes tallistas con Luño, Nodio y Chuan, que había acabado por ser uno más del grupo, salieron del monasterio, bajaron al valle y siguieron su camino de regreso a Biota. Continuaron con la construcción de la iglesia. Esta vez, Luño ponía más cuidado en sus instrucciones para colocar los sillares. Quería que quedase lo más perfecta posible. En esa iglesia no solo estaba su obra y su alma como en todas las demás, sino que estaba él mismo y su paso a la vida eterna.

De repente, oyeron un gran revuelo en el pueblo. Acudieron a la plaza y encontraron un emisario dando la noticia de la muerte del rey Alfonso, a quien llamaban El Casto. El emisario ordenaba exequias, misas y oraciones por su alma y anunciaba que sería coronado nuevo rey el Príncipe Pedro.

Cuando partió el emisario, los habitantes de Biota se encaminaron al templo, aún en construcción, y oraron por el rey que había entregado su alma.

Al acabar las honras funerarias, el pequeño grupo comenzó a trabajar de nuevo. Chuan seguía decorando sus columnas y el resto de monjes iba subiendo los muros y contrafuertes de la nueva iglesia. Cuando llegaron a la altura prevista por Nodio, desmontaron el goat, los

andamios de madera y comenzaron a trabajar en el interior, donde añadieron las cimbras que sujetarían los arcos de la bóveda, y empezaron a montar las dovelas que las sustentarían. Esta era una parte del trabajo que siempre había preocupado a Luño, pues una sola dovela mal tallada podía hacer que toda la techumbre se derrumbase. Cada vez que colocaban la clave de un arco y retiraban la cimbra, Luño y Nodio contenían la respiración hasta comprobar que se sustentaba por sí mismo. Por fin, al acabar los arcos, colocaron la estructura de madera y cubrieron aguas.



Parroquia de San Miguel de Biota

Pero Nodio llevaba días que no se encontraba bien. Al parecer, había contraído fiebres y, ante el empeoramiento de su enfermedad, tuvieron que dejar la torre a mitad de su altura y regresar a San Juan. Acordaron terminarla más adelante. Recogieron sus herramientas y enseres, los cargaron en los rastrones y dejaron uno libre para llevar a Nodio. Nunca llegó a San Juan. Murió en el camino, a la altura de El Frago. Lo enterraron en la cripta dada su condición de monje. Luño sintió su muerte. Aquel hombre le había enseñado las claves de la masonería, con él había aprendido a repartir los pesos y las fuerzas de las construcciones. Luño sabía que sólo era un tallista, pero gracias a Nodio, se había convertido en un capomaestro, aunque ningún gremio quisiera aceptarlo.

Descansaron un par de días a las afueras de El Frago y continuaron el viaje. Por fin divisaron las montañas y, en solo dos días, llegaron al

monasterio. Allí se encontraron con otra mala noticia: El nuevo rey había vaciado lo que quedaba de los archivos de San Juan y los había llevado a Barcelona. Gracias a Dios, los mejores códices estaban a salvo gracias al plan de Luño y la previsión de Eximino.

## 27. Ultimando el plan

El rey Don Pedro había retirado la protección real al monasterio de San Juan y los dejaba a su suerte. Pasaba una gran parte de sus privilegios al de Poblet, por lo que se avecinaban tiempos duros para los monjes. Al parecer, el nuevo rey quería afianzar sus territorios al otro lado de los Pirineos, además de que había renovado el vasallaje al Papa y a San Pedro, en Roma, concediéndole una suma anual de dinero. Y necesitaría mucho. Parte de los diezmos y primicias que habían pertenecido a San Juan, pasaban a Poblet o al mismo rey. Había prohibido todas las nuevas construcciones y obras que no fuesen estrictamente necesarias para la conservación de las que ya existían.

A Luño no le preocupó. Su plan estaba ya cumplido. Solo les quedaba un último viaje para terminar el claustro de Huesca y faltaban pocas, muy pocas piezas para acabarlo.

Cuando todas estuvieron terminadas, prepararon el último viaje, pero surgió un inconveniente. Luño no se encontraba bien y habló con el Abad.

—Os pido dispensa para este viaje... Tengo fiebres, y siendo como soy tan viejo, me encuentro demasiado débil para realizarlo. Por otro lado, en Huesca queda muy poco para terminar y los monjes podrán sin duda hacerlo sin mí.

—No te preocupes, Luño —le contestó Don Fernando—, sé que Huesca está casi acabado. Quédate y descansa. Te hace falta.

Los monjes partieron, pero Chuan esta vez no fue. Decidió quedarse con Luño para no deshonorar la palabra que había dado a Eximino, y además, para pasar una temporada más larga con su familia. Luño pasó las fiebres con una de las pócimas que le había enseñado Ibdn y los cuidados de Alodia.

Cuando se hubo recuperado, acudió de nuevo al estudio del Abad.

—Don Fernando —le dijo—, me he fijado que de vez en cuando cae alguna piedra de la roca que cubre el nuevo claustro. Venía a pedirlo permiso para consolidarla, ya que si no lo hacemos, solo será cuestión de tiempo que el claustro desaparezca. Me gustaría que me dieseis el

permiso. De esta manera, el claustro se conservará.

El Abad inmediatamente comprendió el problema. Luño fue a buscar a su amigo el clavero.

Entre los dos idearon un ingenioso sistema por el cual, con cuerdas, descolgarían una gran cesta en la que se introduciría Luño con mortero, piedras y los materiales necesarios para consolidar la pared. Donde no fuese posible, habría que picarla y volver a hacerla, pero esta vez de forma más sólida, aunque disimulándola para que no hubiese diferencia con la roca natural. Estuvieron varias semanas trabajando, y aunque a Chuan le parecía bastante resistente, Luño no se daba por satisfecho y seguía con sus obras sobre la pared. Varias veces al día, salía del monasterio con un burro para buscar piedras similares a las de la pared de roca y regresaba a las dos o tres horas cargado con grandes sacos. Entonces, los metía en la cesta y se descolgaba por la pared sujeto por las cuerdas que Chuan hacía resbalar alrededor del tronco de algún árbol cercano. Al llegar a la altura que Luño deseaba en cada ocasión, su amigo ataba la cuerda al árbol y esperaba nuevas indicaciones. Entonces se ponía a picar la pared hasta desprender todo lo que estuviese suelto o en peligro y rellenaba los agujeros con las rocas nuevas y mortero. Muchas tardes paseaba con Alodia, Chuan y Erenia, que tenían que acomodar su paso al ya viejo, cansado y lento Luño. Charlaban y recordaban anécdotas. A veces, el tallista jugaba con Cristián, o más bien, era el chico quien divertía a Luño dejándose engañar cuando el tallista reflejaba con la hoja de su cuchillo, como cuando era pequeño, un rayo de sol sobre el zócalo o las columnas del claustro para que lo persiguiese, cosa que hacía encantado y muerto de risa.

Por las noches, Luño, en su estudio, se dedicaba a ultimar todos los detalles del pergamino que debía entregar al Abad, proporcionándole todas y cada una de las claves de la gota del monasterio. Cuando acababa de escribir cada fase de su plan, doblaba de nuevo el pergamino y lo introducía dentro de su jubón.

Otras veces, se dedicaba a acabar su pequeño modelo del pórtico perfecto, lo había colocado sobre una base de bronce pulido y le había construido incluso unas puertas, también de bronce, con unas

pequeñas bisagras que permitían su movimiento. Hasta hizo un pequeño agujero en el centro para, metiendo el dedo, poder abrirlas y cerrarlas, pero lo que más le apetecía era ir al claustro, pasear por él y recordar.

Algunas veces, los monjes lo veían solo en la iglesia del monasterio, orando, meditando o simplemente dormido. Otras veces, las más, Luño paseaba por el claustro con su maqueta en las manos, colocándola bajo los distintos arcos del lado exterior, donde había más luz, mirándola desde distintos ángulos y preguntando a los monjes que pasaban por allí en cuál quedaba más bonita. Ellos, conscientes de su edad, sonreían condescendientes con ternura y le daban su opinión, pero él seguía buscando arco tras arco el entorno más bello para aquel pequeño resumen de su obra.

Las noches se le hacían duras. Duras y largas. Los recuerdos no le dejaban conciliar el sueño y frecuentemente pasaba toda la noche terminando de enlazar los pequeños detalles que aún quedaban de su clave. Los escribía en el pergamino que guardaba bajo su almohada.

Una mañana, por fin, pidió ver al abad para entregarle el pergamino definitivamente acabado, pero le dijeron que había salido del monasterio para preparar los santos óleos con el Obispo de Jaca y regresaría en un par de días. Luño no se inmutó. Había pasado prácticamente toda una vida acabando esa obra, no tenían importancia un par de días más.

Estaba cerca de su fin el verano, y estando Luño en el claustro, sonó un trueno y comenzó a llover. Las gotas eran gruesas y caían con fuerza, de nuevo olía a tierra mojada, y de repente, vino a su mente aquel lejano día en el que retocó el capitel de su maestro y su vida cambió por completo. Se vio a sí mismo siendo casi un niño, refugiado de la tormenta bajo una vieja lona llena de agujeros y sonrió. Recordó la furia del maestro Vincent. Salió del centro del claustro y se fue a un rincón, bajo la roca, para refugiarse de la lluvia.

Luño miraba su obra, satisfecho. Recordaba las horas que había pasado tallando sus capiteles, recordaba a Eximino, a Ibdn, a Fruya; aquel lejano día en el que el Tribunal del Gremio le prohibió tallar. Pensaba en Pericho, Quissilo, Alodia, Aziz. Se miró las manos y las

vio ya arrugadas, viejas como él mismo. Repasó mentalmente su vida y le gustó. Había sido una existencia dedicada a la creación, a la talla, a embellecer las casas de Dios allí donde estuviesen. No había sido una vida cómoda. Su espalda, desde hacía años, se curvaba como un garfio y se sentía cansado, pero al igual que había encontrado encarnecidos y poderosos enemigos, también había disfrutado de amigos incondicionales que le habían ayudado tantas veces. Incluso, una vez, la reina Petronila le había hablado a él directamente. Era un balance justo, pero había podido plasmar su obra y, no sólo eso, sino que en los monjes había dejado su pequeño legado, que aunque sabía que no duraría mucho, a juzgar por los cambios estéticos que ahora buscaban los nuevos tallistas y capomaestros, al fin y al cabo, era suyo.

Miraba sus capiteles. Las historias que en ellos se contaban. Las relaciones que tenían con personas reales o con los hechos de su vida. Recordaba el motivo por el que reflejó esta o aquella escena de la Biblia. O por qué o quién puso esta o aquella cara a una de sus figuras. De repente, vio por el rabillo del ojo que uno de los personajes de esos capiteles se movía. Giró la cabeza, y como era lógico, sólo había sido una ilusión, pero al momento, se movió otro... y otro más. Luño, asombrado, vio que los personajes de piedra que vivían en los capiteles iban saliendo de ellos y se acercaban a él. Acabaron por rodearlo, le cogieron de las manos y lo llevaron al centro del claustro, mientras le decían:

— Ven con nosotros. A partir de hoy, tallarás nubes.

## 28. Una muerte inesperada

Al poco rato, entró en el monasterio el Abad Fernando de Rada, que llegaba antes de lo previsto. Al parecer, la ceremonia había sido más corta de lo que esperaba inicialmente y los monjes le dijeron que Luño había pedido hablar con él para entregarle un documento. Inmediatamente fue a buscarlo. Al fin lo encontró. Luño estaba en el claustro, tumbado boca abajo sobre uno de los grandes charcos que se había formado durante la tormenta. Muerto.

Alodia lloraba a su lado. Corrió hacia él, apartó bruscamente a la mujer del tallista y le giró llamándolo por su nombre, como si con ello pudiese resucitarlo. El Abad recordó que Luño le había dicho que el pergamino lo llevaba siempre consigo, en su jubón, así que metió sus manos bajo la prenda para cogerlo. Lo movió de lado a lado y al fin sus dedos notaron el pergamino. Lo sacó febrilmente y lo desdobló. Solo pudo ver las manchas que quedaban después de que el agua del charco en el que había caído muerto hubiese emborronado por completo lo escrito.

Inmediatamente, el Abad volvió a montar en su caballo y bajó a galope al monasterio de Santa Cruz. Cuando llegó, llamó a la puerta como un loco, y cuando al fin se abrió, preguntó por la Abadesa.

— ¡Hermana! ¡Hermana! ¡La gota de San Juan! ¿¡Dónde está la gota!? ¿¡La seguís teniendo en vuestra casa, no es así?!

— No, Don Fernando — contestó la monja —, hace unas semanas que Luño venía cada tarde en un burro y se la fue llevando en unos grandes sacos. Ya no queda nada...

El Abad Fernando subió de nuevo a San Juan y corrió al estudio de Luño. Allí encontró varios montones de legajos de documentos en el suelo, y sobre el pequeño escritorio, un pergamino. Lo cogió nervioso y leyó lo que había escrito:

«Las nueve hermanas lo guardan. Y lo ocultan. Pero también lo gritan a los cuatro vientos. Y el que sepa escuchar, escuchará. Y el que sepa ver, verá. Y verá las calendas, y verá los trabajos, y verá si es vigiliass o primas, laudes o tercias, *lectio divina* o nonas, completas o sextas, y serán siempre nueve, como nueve son las hermanas. Y pondrá el

número perfecto para tributar al padre, al engendrado, y al espíritu vivificante. Y tendrán diez puertas, y añadirán la del cielo, y la de la casa de Dios vivo, aunque ya esté cerrada. Y será de Dios y para Dios, no para hombres ni para reyes».

El Abad salió corriendo a buscar al clavero. Era la persona con quien más confianza tenía Luño, y si alguien sabía algo, tenía que ser precisamente él. Lo encontró en su cabaña.

— ¡Chuan, Chuan, Luño ha muerto! ¡Necesito tu ayuda! ¡La gota, se ha perdido la gota!

— Esperad, señor Abad. ¿Decís que Luño ha muerto? Olvidaos por un momento de la gota... ¿Dónde está mi amigo?

— Es verdad, disculpa... Está en el claustro.

Chuan salió corriendo y encontró allí el cuerpo de Luño. Alodia seguía llorando a su lado y los monjes estaban a su alrededor. Entre todos lo llevaron al interior de la iglesia. El clavero fue a hablar con el Abad.

— ¿Qué pensáis hacer con su cuerpo? —le preguntó angustiado.

— No lo sé... No puede ser enterrado en el monasterio, no es monje ni noble... Su viuda podrá seguir viviendo aquí, sin duda, y la ayudaremos, pero no sé qué hacer con él.

Chuan guardó silencio un momento.

-Señor, si me permitís, hacedle las exequias. Yo lo enterraré.

Cuando el funeral hubo acabado, el clavero pidió dos caballos al Abad. Envolvió el cuerpo de su amigo en un sudario, lo subió a uno de ellos y lo ató a la silla. Montó en el otro y, llevándolo de la rienda, salió del monasterio. Bajó hasta Santa Cruz y llegó al camino real. Luego se dirigió hacia Agüero. Cuando llegó a la primera iglesia que había tallado su amigo, se la quedó mirando. En ese paraje era donde él había empezado a tallar, donde Luño le había abierto un nuevo mundo hasta entonces desconocido, donde su amigo había conocido a Fruya, del que tanto había aprendido... No dejaba de ser irónico, precisamente de ahí había salido el cuerpo sin vida del caballero sobre un caballo, y ahora era el de Luño el que llegaba de la misma forma. Sí. Allí, en el bosque, bajo las estrellas que tanto le gustaban,

sería un buen sitio para su eterno descanso.

Con el tallista en los brazos se dirigió despacio hacia el pequeño claro que el propio Luño había escogido y del que él tantas veces le había hablado. No le costó encontrarlo. Aún se distinguía la pequeña choza, aunque el techo había caído y tenía algunas piedras sin tallar a su alrededor. Lo colocó en el suelo y subió de nuevo a por la pala y la bolsa de cuero que llevaba en su cabalgadura y regresó al lugar. Cavó una fosa y, con cuidado, como si temiera hacerle daño, depositó en ella el cuerpo de su amigo.

De la bolsa sacó entonces un cincel, una maza y una gradina y las puso a su lado.

Era cierto que no se trataba de terreno sagrado, pero también que no había nada más sagrado que la obra de Dios. Cubrió la fosa y sobre ella puso una cruz hecha con dos ramitas de pino. Sacó su daga y le hizo una simple inscripción: Luño.

Rezó una oración por su alma y subió al llano donde estuviera el observatorio de Fruya. Levantó la piedra que representaba la constelación de Cetus y cavó con su daga hasta que encontró las dos bolsas que le había mencionado Luño, las guardó y regresó a San Juan.

Al haber concluido su función al morir Luño, Chuan decidió viajar al país de Erenia con su familia para establecerse allí. Tenían una granja y el clavero estaba ya cansado de su vida de soldado. Tras todo lo que había vivido aquellos años, solo deseaba disfrutar de su familia en paz y apartarse de aquel mundo de intrigas. El Abad lo encontró cargando sus pertenencias en un carro:

— ¡Chuan! ¡Te necesito! ¡Ayúdame, por Dios! Hemos perdido la gota, tú eres quien más conocía y más confianza tenía con Luño... El pergamino con las claves se ha echado a perder y solo tenemos esto que he encontrado en su estudio.

Le mostró el escrito. Chuan lo leyó y releyó varias veces y de golpe abrió los ojos. Corrió al claustro y contó los arcos del lado exterior, en el que Luño se solía sentar para calentarse con los escasos rayos de sol que hasta allí llegaban.

— ¡Mirad, señor! ¡Diez! ¡Diez arcos, diez puertas!

— Pero faltan dos, Chuan. ¡Faltan dos!

El clavero miró alrededor y en el muro de la iglesia vio la *porta caelis*, la vieja puerta mozárabe sobre la que había una inscripción que decía: «Por esta puerta se abre el camino de los cielos a los fieles que unan la fe con los mandamientos de Dios».

— ¡La puerta del cielo! — exclamó Chuan señalándola con el dedo y, a continuación, lo desplazó hacia la izquierda, señalando la puerta tapiada que en su día comunicaba la iglesia con el claustro—. ¡La iglesia! ¡La casa de Dios Vivo! Señor, dadme un caballo.

Chuan salió al galope hacia la iglesia de Agüero, la más cercana al monasterio. Al llegar, estaba cayendo la noche, así que se envolvió en una piel de cordero y se dispuso a pasar la noche.

Serían las seis de la mañana, la hora de primas, cuando le despertaron los primeros rayos de sol. Inmediatamente, fue frente al pórtico. En aquel momento, el sol daba de lleno sobre uno de los capiteles, el de la bailarina. El resto, permanecía aún en la sombra. Se quedó mirando, esperando alguna señal que no llegó. Se centró entonces en el capitel. Lo recorrió con la vista, observando fijamente todos sus detalles. Sus personajes, sus instrumentos, su cornisa, una fila de hojas de parra. Y de repente, cayó en la cuenta. ¡La viña! ¡Llegaba el trabajo de la vendimia! Subió al caballo y regresó lo más rápidamente que pudo al monasterio. Buscó en el claustro un capitel que tuviese una cornisa de hojas de parra. Lo halló en el del sueño de San José. Se sentó frente a él y se lo quedó mirando junto al Abad. Buscaba de nuevo alguna señal. No halló nada. Entonces vino a su cabeza la imagen de Luño con su maqueta, fue corriendo a su estudio, la cogió y la llevó al arco en el que estaba el capitel. La depositó en el zócalo, centrándola con una vara jaquesa, como tantas veces había visto hacer a Luño, y esperó. Nada. Todo seguía exactamente igual.

— Dejemos todo así — le dijo Chuan al Abad —, probaremos mañana a la hora de primas a ver si se produce una revelación...

Pasó la noche y, cuando la campana del monasterio llamó a primas, el Abad y Chuan estaban hacía ya tiempo frente al tercer arco del claustro, con la maqueta en el centro del zócalo, y esperaron un buen rato a ver si tenían esa revelación. No sucedió nada.

—Lo siento, Don Fernando —dijo Chuan—, no soy capaz de llegar más lejos. Luño no me lo contaba todo, y yo no sé por dónde seguir... Y ahora, con vuestra dispensa, debo emprender un largo viaje hacia el norte con mi familia. Si me disculpáis...

—Sí, Chuan, puedes irte...

El clavero salió por última vez por la puerta del monasterio, reunió a su familia, terminó de cargar el carro y se dispuso a partir hacia el norte.

El Abad, por su lado, volvió al estudio de Luño, recogió todos los documentos que encontró y los llevó a su estudio para intentar descifrar las claves que no le había dado tiempo a darle o no había querido aclarar el tallista.

## Epílogo

El pequeño pórtico de barro había quedado donde lo habían dejado Chuan y el Abad, y entonces, la campana de San Juan tocó la hora de tercias, las nueve de la mañana. Todos los monjes dejaron sus trabajos y acudieron a orar a la iglesia y, en el ahora solitario claustro, tuvo lugar un curioso fenómeno que ninguno de ellos pudo ver. El sol incidió directamente sobre la base de bronce pulido del modelo, que inmediatamente trazó un ángulo y se reflejó sobre la puerta. Un rayo se coló por el agujero que Luño había hecho para abrir y cerrar las puertas de su juguete y fue a reflejarse sobre un punto concreto del monte Pano. Precisamente en uno de los muchos puntos en los que el tallista había estado consolidando la piedra suelta.

Por el camino, bajaba renqueando el carro de la familia del clavero hacia el valle, iba tirada por un buey, lo que no le daba mucha velocidad, pero sí les garantizaba resistir sin problemas el largo viaje.

De repente, poco antes de llegar a la última curva desde la que se divisaba la cueva, Cristián comenzó a reír. Era, como siempre, esa risa franca y limpia que tanto le gustaba a Luño y, señalando hacia la roca, comenzó a gritar:

— ¡Padre! ¡Padre! ¡Luño sigue con nosotros! ¡Sigue queriendo jugar conmigo!

— Chuan, extrañado, tiró de la rienda, paró al buey y se giró. Miró hacia donde señalaba el dedo de Cristián y pudo ver en la roca el punto iluminado. Calculó las horas. Cuando miraron la maqueta en el arco, era la hora de primas, que son las seis, y acababa de oír la campana del monasterio llamando a tercias, que son las nueve.

Seis más tres, el tributo a la Trinidad, sumaban nueve. Chuan sonrió en silencio, se giró de nuevo hacia el frente, azuzó al buey con las riendas y prosiguió su camino. Mientras, Cristián reía extendiendo sus manos para intentar coger el reflejo del sol sobre la roca del monte Pano.

La gota de San Juan de la Peña nunca fue descubierta.

**FIN**

# Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento a María Jesús Vidondo Lete, Rebeca Santolaria y Antonio Castillo.

A José Luis Solano por sus sabias indicaciones.

A todos los habitantes de los diferentes pueblos que aparecen en esta obra, que amorosamente conservaron la obra de este tallista a través del tiempo y las generaciones y que, con ello, contribuyeron a conservar nuestra memoria histórica, ayudando a hacer de Aragón y los aragoneses lo que somos.

A «Luño», sin cuyo genial trabajo este libro nunca hubiera sido posible.